

PELOT

10 MUJERES
YABA UN
OMBRER SOLO

La
Paloma

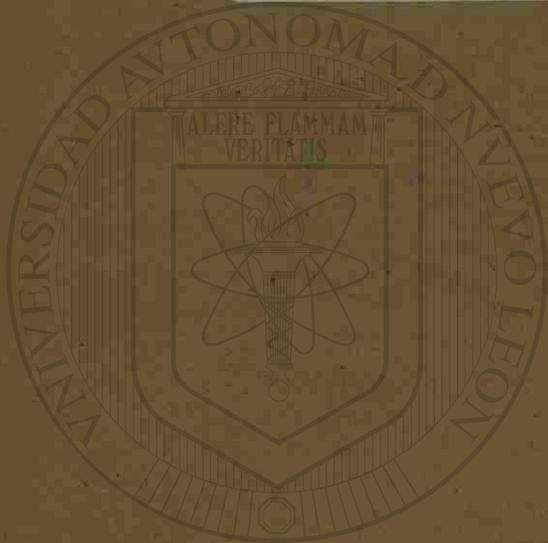
PC2193

.B7
C58

98159



1020026102



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

46-23-00
EXT =
Pob.
- 170 =
132

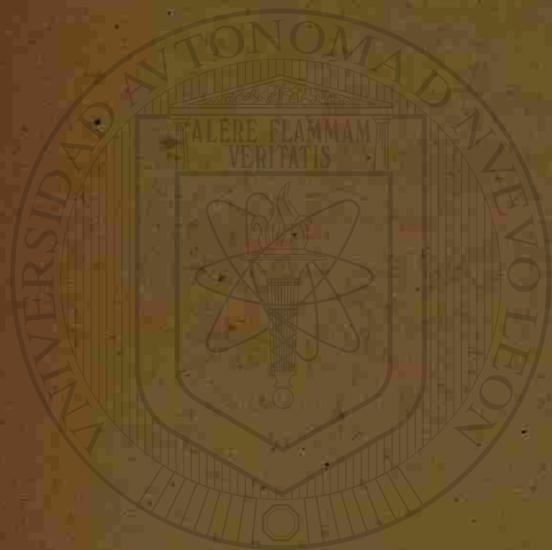


QUINIENTAS MUJERES

PARA

UN HOMBRE SOLO

Núm. Clas. N
Núm. Autor B4529
Núm. Adg. 29768
Procedencia -8-
Precio 2
Fecha 1954
Clas. ficó 29
Catalogo



ADOLFO BELOT

QUINIENTAS MUJERES

PARA
UN HOMBRE SOLO

VERSIÓN CASTELLANA

DE

EL COSMOS EDITORIAL



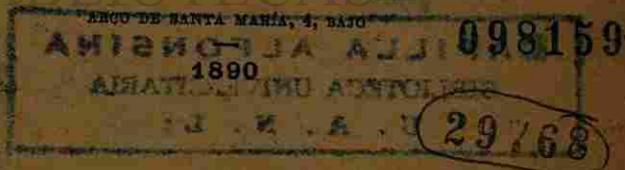
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RAYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID

EL COSMOS EDITORIAL



843
B

P02193
B7
Q58



*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REY"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

Madrid.—Imprenta de Fortanet, Libertad, 29.



QUINIENTAS MUJERES

PARA

UN HOMBRE SOLO

UN PROYECTO

*Isidoro, Clementina y Celestino Girodot en el país
de las Treinta-y-seis Bestias*

Tengo el propósito de narrar muy pronto mi viaje de París á Cochinchina, en forma nueva tal vez, dejando gran parte á la fantasía y al buen humor, sin apartarme, no obstante, de la verdad cuando se trate de pintar los países que he visitado y las costumbres de sus habitantes.

A fin de dar más interés á mi relato, me ocul-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. DE N. L.
"ALFONSO" No. 113
1940. 1625 MONTERREY, MEXICO

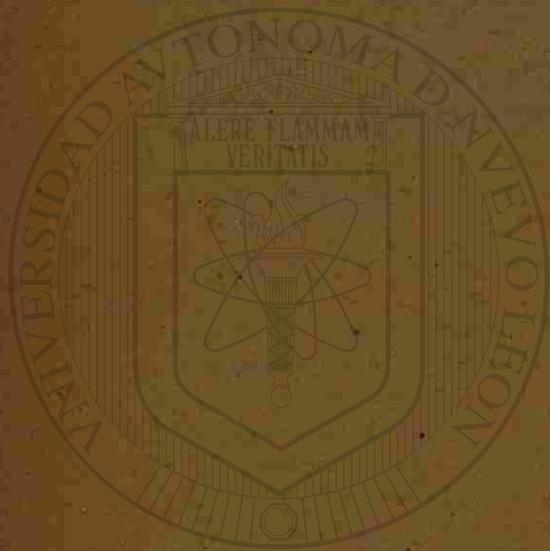
taré todo lo posible, y dejaré hacer y hablar á un hombre muy conocido en el barrio del Odeon y de la Comedia Francesa, á Isidoro Girodot, á quien el ministerio de Marina, para librarse de él, encargó el año pasado de una comisión en Cambodge, el país de las Treinta-y-seis Bestias. Acompañado de su esposa Clementina y de su hijo Celestino, Isidoro Girodot vió, á su manera, los mismos países que yo. Su manera debe ser la buena, y por eso le dejaré la palabra.

Actualmente viajo solo. El relato siguiente es de los más fieles y menos fantásticos. Si asombra á veces es porque Cambodge, del que voy á ocuparme, es asombroso.

Sólo se tratará aquí de este país. Pero me separan de él dos mil quinientas leguas marinas, y esto es una gran dificultad. No me encuentro con ánimos para vencerla, y además no quisiera usurpar sus derechos á Isidoro. Desde que conoció el testamento de su tío César Girodot, que le desheredó, su carácter atrabiliario ya, se ha hecho más irascible aún. Me buscaría querrela con el pretexto de que mermaré su éxito. Clementina y Celestino se pondrían de su parte. Tengo miedo, y voy á limitarme á consignar el itinerario de París á Saigon. Para ello me bastarán el cuader-

no de bitácora de á bordo y algunas notas que he tomado en el viaje.

En Saigon es donde comenzará el relato que lleva este título verídico, y aun inferior á la realidad: *Quinientas mujeres para un hombre solo.*

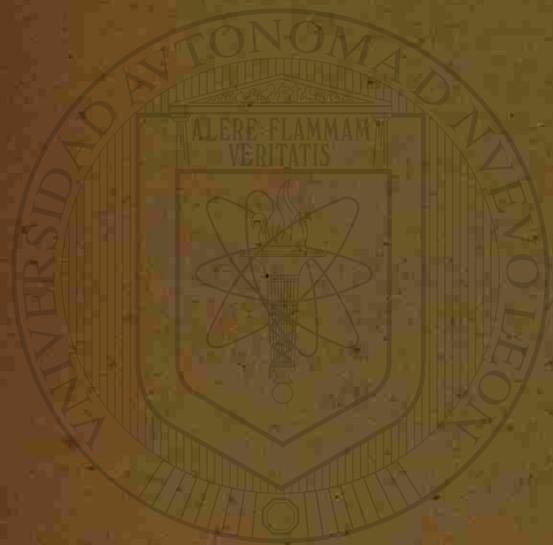


ANTES DE LAS QUINIENTAS MUJERES

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ANTES DE LAS QUINIENTAS MUJERES

Pase V. este capítulo: 1.º si está V. bien decidido á no ir jamás ni á Egipto, ni á las Indias, ni á Cochinchina; 2.º si le es á V. indiferente saber cómo se va; 3.º si le desagrada leer notas de viaje y un cuaderno de bitácora.

DE MARSELLA Á PORT-SAID, 1.568 MILLAS.

(La milla marina es de 1.852 metros.)

Salida de Marsella el miércoles 16 de Noviembre de 1887, al mediodía, en el *Salazie*. Este magnífico paquebot, de la Compañía de Mensajerías marítimas, se dirige á la Reunión, Sidney y Numea. Pero me dejará en el canal de Suez, veré de Egipto lo que pueda ver, y á las tres semanas, poco más ó menos, me embarcaré en Alejandría en el *Yang-Tsé*, correo de las Indias, de la China y del Japón.

Para empezar: tiempo nublado y lluvioso. Por la noche el tiempo mejora y la brisa sopla del Noroeste.

A las cuatro de la mañana del jueves 17 atravesamos los Sanguinarios, á la entrada del golfo de Ajaccio, y á las seis estamos en el estrecho que separa á Córcega de Cerdeña. Desde el puente, á donde me ha invitado á subir el comandante Boulard, veo el pueblecillo de Bonifacio, Pertusotó y la roca de Lavezzi, donde naufragó la fragata *Semillante*.

¡Espantoso drama! Nadie lo presencié desde la tierra próxima. Ninguno de los naufragos pudo contarlo. Todos perecieron: oficiales, marineros, soldados... mil hombres. Abrióse la mar y se cerró sobre ellos. Un grito de desesperación y luego... nada. Pero algunos indicios permiten reconstituir la escena terrible y grandiosa que debió ocurrir antes de la catástrofe. A bordo iba un obispo. Se ha encontrado su cuerpo revestido con las vestiduras sacerdotales. ¿Por qué? Porque sin duda á última hora los tripulantes, viéndose irremisiblemente perdidos, le pidieron su bendición. Considerad la mar furiosa, el buque destrozado, los hombres prosternados, y el sacerdote, revestido como si oficiase en una iglesia, extendiendo las manos, dando la absolución

y rogando á Dios que acogiese todas aquellas almas, mientras los cuerpos descendían poco á poco al abismo.

Hoy la mar está azul, asoleada, tranquila, y baña blandamente las rocas de Lavezzi. No se acuerda ya del mal que hizo. Como una loca que, después de matar á su hijo, le mece y le arrulla, sin tener conciencia de su delito.

Viernes 18.—Estamos frente á las islas de Lipari, tierras volcánicas cubiertas de viñedo, con graciosos pueblecillos de casas blancas y tejados rojos. El Estromboli y su penacho de humo.

A las once entramos en el estrecho de Mesina, entre Italia y Sicilia, Caribdis y Scila; Reggio en la costa de Italia. De frente Mesina, que se distingue con mucha claridad. Este tránsito en pleno día y con hermoso sol, merece señalarse.

Salida del Estrecho. El Etna cubierto de nieve. Pasamos cerca de la costa de Calabria.

Cuaderno de bitácora: Tiempo nuboso, brisa de NO. Mar bastante serena. Dos vapores en dirección contraria.

Sábado 19.—El islote de Gardo ó de Gozzo. La

isla de Creta ó de Candía. Montañas grises de forma pintoresca. Sopla la brisa.

Domingo 20.—No vemos tierra. Ejercicios á bordo, de incendio y de embarcación. Por la noche, el comandante me lleva á visitar las cámaras de fundición. Un hervidero donde no pueden vivir más que negros de Adén. ¡Pobres gentes! ¡Treinta ó cuarenta francos mensuales por llevar tal existencia! Cuando llego al centro de la cámara, á una señal del comandante ábrense todos los hornos á la vez. ¡Qué calor! ¡La temperatura sube de pronto 20 grados! Pero en cambio, ¡qué espectáculo más curioso! Brasas, fulgores rojizos; y los negros, completamente desnudos, con palas, con biendos, corriendo del uno al otro horno, saltando, cantando, gesticulando. Parece esto el infierno con sus demonios y todo.

Lunes 21.—Buen tiempo, calma, mar tranquila. Nos acercamos á la costa de Egipto. Divisanse durante todo el día veleros y vapores. A las nueve de la noche la máquina disminuye velocidad para recibir al piloto, y entramos en Port-Said.

Mientras el *Salavie* se surte de carbón, bajo á tierra.

En cierta ocasión desembarcó un inglés en Calais. Llegóse á él un pobre y le pidió limosna. El inglés cogió el cuaderno donde apuntaba sus impresiones de viaje y escribió: «Francia, pueblo de mendigos.» Luego, satisfecho, y seguro de conocer bien nuestras costumbres, se volvió á Londres. Si yo procediese del mismo modo, escribiría despues de dar un vistazo á Port-Said: «Este Egipto no tiene ningun carácter notable: barracas más bien que casas, aceras de madera, calles polvorientas, tiendas pobres. Ningún indígena; solo se ven griegos, italianos y algunos turcos falsificados. En todas las esquinas, mercados de fotografías obscenas, cafés-conciertos donde cantan de día y de noche, ruletas de dos ceros para veinticuatro números, verdaderas cuevas de ladrones», y me marcharía creyendo haber visto y juzgado bien el viejo Egipto de los Faraones y de las Pirámides. Por fortuna para él y para mí, pienso ir más lejos. Como me basta con media hora de paseo por Port-Said, para hacer tiempo entro en El Dorado, me voy á la sala de juego y pongo valerosamente dos francos al 23. Salió. He ganado. Pero los banqueros sostienen que he puesto mi dinero tardíamente. — «No dirían ustedes eso si hubiese perdido: se hubieran embolsado mis dos francos. ¡No faltaba más

sino que no me pagasen!» Grito tan fuerte, que me pagan y me vuelvo á bordo muy orgulloso por mi triunfo. He ganado cuarenta y ocho francos en la ruleta de Port-Said. ¡Cosa nunca vista! Pero poco despues, ya en marcha, cuando ruego al encargado del servicio que me cambie las dos monedas de oro con que me han pagado, me dice que son falsas. Son puntos fuertes los tales directores de garitos egipcios y muy estúpidos los que se acercan á semejantes ruletas.

A la una de la mañana se aparece en el canal, al resplandor de las luces eléctricas: curiosa navegación.

DE PORT-SAID Á SUEZ (88 MILLAS).

Martes 22.—Navegamos por el canal. Desierto, arenales, colinas en el horizonte. Efectos de espejismo. Una caravana de camellos que viene del Asia Menor. La casa construída por la emperatriz Eugenia al inaugurarse el canal. Entrada de lagos pequeños. Al mediodía divisamos, á nuestra derecha, á Ismailia, entre un bosque de palmeras. Aquí me despido del simpático comandante Boulard y de su hermoso bu-

que, que se detiene un instante para dejarme trasladar con mi equipaje al vapor de la Compañía del canal. M. Harel, yerno de M. de Lesseps, me acompaña, y, con la mayor amabilidad, me evita las molestias de la aduana, lo que me permite tomar inmediatamente el tren para el Cairo.

Presentación á Ibrahim-Pachá, gobernador del canal, y á Linan-Bey, que estuvieron muy atentos, y á Hubar-Pachá, primer ministro, en el tren.

Trayecto de los más pintorescos: el desierto, la soledad, el vacío, y luego, sin transición, el campo de un verde oscuro, que tira á azul, y pueblos, pueblecillos, donde hormigüea multitud de gentes, de las que no conozco todavía ni la posición, ni los diversos oficios, pero que me encantan por la variedad de sus trajes de todos colores.

Llego al Cairo á las siete de la noche.

Quince días en esta ciudad fantástica. Poco es, hasta para verla superficialmente. Pero se aprovechan cuando está uno acompañado, y acompañado frecuentemente, por el médico más conocido en el Cairo, y que mejor le conoce, el doctor Fouquet, y por un abogado tan notable como M. Carton de Wiart. Gracias á estos dos

inteligentes y amabilísimos compatriotas he visto mucho..., hasta cosas que no se ven de ordinario. Como ya he prometido, algún día las describirá Isidoro Girodot. Su mujer, Clementina, dirá cuáles fueron sus impresiones en un harem. Yo, fiel á mi plan, sin salir de mi sumario, me limito á la nomenclatura siguiente: La gran calle de Muski, la ciudadela con su espléndido panorama, las mezquitas, los bazares, el Cairo antiguo, el barrio de las mujeres, el Museo Boulac, Choubrah, el paseo á orilla del Nilo, las tumbas de los califas, las Pirámides, la Esfinge, el palacio de la princesa Fathma... No acabaría nunca, y cierro la lista, aunque sin poder resistir al deseo de hablar un instante de una fiesta que me ha llegado al alma.

Una fiesta religiosa, por supuesto: el nacimiento del Profeta, según creo. En Oriente, todas las fiestas tienen un carácter más ó menos religioso. Pero, ¡vaya una manera extraña y burlesca de festejar á Mahomet, á ese sublime reformador tan mal comprendido por los cristianos! al autor del Corán, donde se encuentran preceptos como los que voy á transcribir:

«El hombre, cualquiera que sea su culto, ya sea musulmán, judío ó cristiano, es agradable á Dios, que le considera digno de sus recompen-

sas si es justo y virtuoso y practica la caridad.»

Y este otro: «La virtud no consiste en dirigir vuestro rostro al lado de Levante ó al de Poniente, ofreciendo á Dios, solo y único, las adoraciones que le debéis. Nadie es virtuoso, sino á condición de socorrer por el amor de Dios á sus prójimos, á los huérfanos, á los pobres y á los viajeros; de redimir á los cautivos, de practicar la oración, de dar limosna, de mostrarse paciente en la adversidad, en los malos tiempos y en los tiempos de violencia.»

Y también: «Combatid, en el terreno de Dios, contra los que nos hagan la guerra; pero no cometáis injusticias atacándoles los primeros, porque Dios no ama á los injustos.»

Mahomet no olvida á las mujeres:

«¡Oh, hombres, respetad á las mujeres! Pensad que os han llevado en sus entrañas... Si teméis ser injustos, tomad pocas mujeres, dos ó tres á lo sumo entre aquellas que os agraden. Si aun así teméis ser injustos, casaos con una sola.»

«La mujer debe cubrirse púdicamente el rostro con un velo, á fin de evitar la calumnia y de conservar su honor.»

«Si vuestras mujeres cometen la acción infa-

me del adulterio, apelad á cuatro testigos; y si sus testimonios están conformes para acusar á la culpable, encerradla en una casa aislada hasta el día en que el arrepentimiento entre en su corazón y la misericordia en el vuestro... Dios ama el perdón, porque es misericordioso.»

Todo esto es muy cristiano. ¿No les parece á ustedes así?

Y vuelvo á lo de la fiesta celebrada en honor del hombre ó del semi-dios que dictó estas leyes, por cierto tan mal observadas.

Son las nueve de la noche. A dos kilómetros del Cairo, una gran planicie llena de pabellones, barracas y tiendas de tela, alumbrada con faroles de cristal de colores y candilejas. Parece el campo de una feria.

Los pabellones, adornados con arañas, hermosas alfombras, muchos amueblados con sillones y mesas, tapizados con ricos paños, pertenecen al kedive, á los pachás ó á elevados personajes. Cada uno tiene el suyo. Es un deber, un lujo y una distinción. Las tiendas están llenas de gente, de pequeños monumentos y de animales de azúcar. En las barracas, saltimbanquis, charlatanes y tragadores de brasas y de escorpiones vivos. Y agitándose en medio de todo esto, una muchedumbre compacta, oprimida, bulliciosa,

vestida de diverso modo, pintarrajeada de todos colores; aldeanos y mercaderes, europeos ó indígenas, casquetes, turbantes y sombreros. Los coches, que son muchos y forman varias filas, no pueden avanzar, á pesar de los gritos de los *sais*, magníficamente vestidos, que les preceden.

Con el pretexto de la religión, todas las mujeres del Cairo, hasta las más enclaustradas, están aquí, en carruajes cerrados, acompañadas de un eunuco sentado á su lado, y otro á cada portezuela. La familia del kedive, su mujer (en este momento no tiene más que una), y algunas favoritas pasadas ó futuras, se distinguen por la forma de sus carruajes: grandes berlinas negras tiradas por hermosos troncos. Llevan abrigos sin mangas que disimulan sus formas. La cabeza está cubierta por un velo blanco que no deja ver más que los ojos, preciosos ojos negros, rasgados, brillantes ó húmedos. Yo miro tanto como las conveniencias me lo permiten, mientras sus coches y el mío permanecen detenidos por una especie de *fantasia* (1) que pasa: hom-

(1) *Fantasias*. Carreras en las fiestas de los árabes. (Nota del T.)

bres con antorchas que gritan y se agitan como diablos: uno de ellos lleva el cuello y los brazos rodeados de serpientes. Es un domesticador, según me dicen.

Con mil apuros he llegado cerca de una de las tiendas de campaña, y gracias á mi acompañante entro en ella. Hay allí reunidos unos cincuenta derviches que giran y aullan. El de más edad permanece al frente de los demás, y les ayuda á cantar una larga letanía monótona, interrumpida de cuando en cuando por este grito: ¡*Alah hul*! Mientras cantan, balancean la cabeza é inclinan el cuerpo, y cada vez se acentúa más este movimiento y va siendo más rápido. Y siempre ¡*Alah hul*! Ahora, á los cánticos suceden gritos que no tienen nada de humano, rugidos de animales feroces. Se han juntado; sus brazos y sus hombros se tocan; forman una cadena, y toda esa cadena, al mismo tiempo, retrocede, se precipita hácia adelante y aulla su eterno grito: ¡*Alah hul*! ¿Cuándo se detendrán? Nunca. Su fanatismo les sostiene, y no cesan. Caen extenuados, espirantes, en una última convulsión y un último aullido: ¡*Alah hul*!

Todo esto es muy curioso, pero termino como empecé: debiera festejarse más inteligentemente á un legislador del mérito de Mahomet.

5 de Diciembre.—Salgo para Alejandría en ferrocarril. Trayecto interesante y precioso. Cuatro días en Alejandría bien empleados, gracias á la amabilidad de M. Psaty. Otra vez mezquitas y bazares, pero muy inferiores á los del Cairo. La plaza de los Cónsules, el paseo á orillas del canal, el puerto, la población turca y el palacio de verano del kedive: *Raz-el-Tin*, el harem.

Viernes 9 de Diciembre.—A las tres me embarco en el *Yang-Tsé*, correo de las Indias, la China y el Japón. Tiempo hermosísimo. Excelente camarote, donde iré solo durante toda la travesía. Débole á la recomendación de M. Ricard, agente principal de las Mensajerías Marítimas. Todos, en esta poderosa Compañía, han sido amabilísimos conmigo, desde los jefes más elevados hasta los agentes más subalternos, y en especial los comandantes y su estado mayor. Gracias á ellos no he hecho lo que se llama un viaje; me he paseado, con todas las comodidades que pueden desearse, por estos magníficos países.

Salimos de los canales de Alejandría, seguidos durante un rato por el vaporcito de la Compañía citada. Una cáscara de nuez comparado con el inmenso *Yang-Tsé*.

Costa de Egipto muy iluminada, pero lejana.

Sábado 10.—A las cuatro de la mañana, á la vista el faro de Port-Said. Desembarco por segunda vez en este pueblecillo, que ha despertado como por ensalmo desde que nuestro paquebot empezó á distinguirse. Las tiendas y los cafés se han abierto. Los cantadores mayan, las ruletas giran, los tahures roban.

Ya se ha provisto de carbón el *Yang-Tsé*. En marcha. Héme aquí de nuevo en el canal; pero ahora es el sol el que me muestra lo que antes me mostró la electricidad.

Estacion de El-Kantara, á 26 millas. Detenciones en varios puntos para dejar paso á grandes paquebots que marchan en dirección inversa, buques de guerra italianos que vuelven de Masowah. Por la noche Ismailia, donde me detuve hace tres semanas. Desde ahora, todo cuanto vea será nuevo para mí.

Encontramos el paquebot *Irraonaddy*, de la Compañía. Regresa á Francia y lleva encendidos todos los fuegos. Le saludamos haciendo algunos disparos, y contesta á nuestros saludos. Es un espectáculo precioso en la oscuridad de la

noche, y que conmueve cuando se halla uno ya lejos de su país.

Los lagos amargos, por donde caminamos á todo vapor durante ocho millas. Llegada á la segunda parte del canal. Disminuye nuestra marcha (cinco millas por hora, á lo más, que es todo lo que permite el reglamento).

Domingo 11.—A las cuatro de la mañana, Suez á la salida del canal, como está Port-Said á la entrada cuando se viene de Europa. No tenemos tiempo para saltar á tierra. Hay que contentarse con mirar con el antejo esa pequeña ciudad árabe, dormida todavía, y en frente, un ramillete de tamariscos, que indica el emplazamiento de la famosa fuente de Moisés.

A las siete volvemos á emprender la marcha, y penetramos en el estrecho que conduce primero al golfo de Suez y luego al Mar Rojo.

DE SUEZ Á ADEN (1.317 MILLAS).

Altas montañas á la parte de Asia. El monte Sinaí. Los *Hermanos*, tres islotes con un faro, á 90 millas de Suez. Dedalus á 102 millas.

Misa á bordo en la batería. Por altar, tambo-

res cubiertos con banderas. Oficia uno de los misioneros que llevamos al Tonkin. Los demás le ayudan. Gran recogimiento.

Cuaderno de bitácora: Buen tiempo, ligera brisa de NNO. Cala seca.

Lunes 12 á jueves 15.—Buen tiempo, ligera brisa Norte. Varios vapores á la vista. Ya hace calor, pero es muy soportable, aun en el Mar Rojo, en esta época del año. Sin embargo, los pasajeros lucen ya sus trajes de telas claras. Los chinos agitan durante las comidas el gran abanico fijo que se llama *panka*. Se empieza también á hacer uso de los baños y las duchas.

Algunos nombres de mis compañeros de viaje, de los que me han sido más simpáticos, y á quienes me ha parecido inspirar mayor simpatía. En primer lugar, mi antiguo amigo Sainte-Marie, un parisiense muy conocido, que se dirige á Calcuta para establecer allí un Instituto Pasteur; el comandante Lormier; el general de division Bégin, que va á tomar el mando de las tropas del Tonkin y Cochinchina; M. de Lidin, comisario general de Marina; Arrighi de Casanova, funcionario de Correos; Furby, comisario de á bordo; Melhi, médico; Guillot, otro comi-

sario; M. de Peyronny, tesorero general en Pondichery; señora y señorita Lacaze; dos oficiales del Estado Mayor del general Bégin, y los capitanes Guyonnet y Malhonnet. El lector exclamará: ¿Qué me importa esa lista?... ¿Y para qué la ha leído? Suya es la culpa. ¿No le recomendé que pasara este capítulo? Yo tengo gusto en consignar estos nombres. Me imagino así que me encuentro por algunos instantes entre todos estos amables compañeros, de los cuales uno, ¡ay! el último, va á morir al llegar al Tonkin.

Viernes 16.—Al ponerse el sol, la costa de Asia á la vista. Moka. El estrecho de Bab-el-Mandeb. El islote de Perim... de los ingleses, por supuesto. En este camino de las Indias, todo es de ellos. Les hemos dejado instalarse por todos lados, y si tuviese tiempo, contaría cómo tomaron posesion de Perim.

Nos acercamos á Aden. Montañas de gran altura magníficamente cortadas. A las tres, anclamos. Inmediatamente el *Yang-Tsé* se encuentra rodeado de piraguas de todas especies. Es curioso ver á los negritos. ¡Excelentes nadadores! Ocupo un puesto al lado de M. Arrighi en una de las embarcaciones de á bordo, el funcionario de Correos, y héme aquí entre grandes sa-

cos amarillos que contienen pliegos, en camino para Steamer-Point, el puerto ó ciudad que precede á Aden.

Luego viajamos en un carricoche del país, por un camino polvoriento, árido, donde encontramos negros medio desnudos, con los cabellos teñidos de encarnado... (es una coquetería); árabes cubiertos con sus albornoces y algunas mujeres, adornadas con cuentas de cristal y amuletos, á la puerta de sus cabañas; luego la ciudadela, los soldados ingleses, las cisternas que no merecen su reputación y la ciudad árabe sumamente pintoresca, con su marco de montañas.

La comida, en casa del principal negociante del país, el Sr. Tian, que acaba de hacer la travesía con nosotros. Por la tarde, paseo por los barrios excéntricos, adonde no aconsejo á todas que vayan.

Sin embargo, se ven en ellos hermosas sudanesisas de abultado pecho y anchas caderas.

Volvemos á bordo á las once de la noche, con mar bastante fuerte; la noche está muy oscura. Por fortuna, el *Yang-Tsé* está muy alumbrado y nos embarcamos sin accidente alguno. Se aparea á las dos de la mañana.

DE ADEN Á COLOMBO (2.100 MILLAS).

Sábado 17.—Travesía del golfo de Aden. Nos dirigimos hacia la costa de Africa.

Domingo 18.—Al amanecer, la tierra de los Somalis, arenosa, árida, un verdadero desierto. En el fondo, las montañas de Razfiló. A las diez, doblamos el cabo de Guardafuí, punto extremo del Africa oriental. Este cabo es célebre por numerosos naufragios, y entre ellos el de *Meikong*, de las Mensajerías Marítimas, perdido el 18 de Junio de 1877 al regresar de Sanghai. Tengo á la vista la narración inédita de uno de los pasajeros... y deploro que no pueda tener cabida en este ligero resumen.

Henos aquí ahora en pleno mar de las Indias, con una temperatura de 30 grados, poco más ó menos, muy tolerable en el puente á la sombra de nuestra doble tienda, pero un tanto penosa en los camarotes. Yo no duermo ya en el mío; me echo en el puente, como muchos pasajeros y pasajeras, en mi gran sillón de paja, una verdadera cama sin colchones.

Por la noche, á lo lejos, la isla de Socotora.

Del lunes 19 al jueves 22.—Nada á la vista. Buen tiempo. Mar tranquila. El viento NE. que reina en estos parajes desde Octubre á Abril es muy constante.

Jueves 22.—A la una de la mañana se divisa el faro de Minicoi, en el canal de los ocho grados, sobre las Maldivias, un grupo de islas muy bajas. Por convicción, sin informarme de ello, declaro que pertenecen á los ingleses, ó que sus habitantes les pagan algún tributo.

Por la tarde, nublado aclarando á ratos. A estribor un vapor camina á nuestro paso.

Viernes 23.—Mejora el tiempo. Nos acercamos á la isla de Ceylan. Al mediodía se distingue. A las dos entramos en el puerto de *Colombo*.

Desde hace muchos años estoy oyendo repetir que Ceylan es el paraíso terrestre. ¡Vamos de prisa al paraíso, puesto que se dignan admitirme vivo en él! Una barca del país me conduce, por un mar muy movido, por más que desde hace algunos años está Colombo protegido por un largo dique.

No me han engañado: esto es un paraíso, por las plantas, los árboles y las flores; un paraíso bañado por el mar, los lagos y los ríos... ¡Está

bueno! Arrebatado por el entusiasmo, iba á empezar una descripción. Volvamos al extracto: Paseo por la población, por los mercados, entre cingaleses con túnicas de algodón blanco, musulmanes con sus grandes gorros, malayos y naturales del Indostán con sus turbantes, una mezcla inconcebible de pobladores... una infinidad de trajes y de colores.

Como en el *Oriental Hotel*, con algunos de mis compañeros de pasaje. Es para mí una novedad esta comida en un salón inmenso, que los *panhas*, siempre en movimiento, ponen casi fresco.

Por la tarde, paseo bajo los soportales del hotel, llenos de tiendas. Los vendedores de juguetes y de objetos de concha y de marfil son los que más abundan. Cuidado con dejarse robar.

Me acuesto en una espaciosa habitación del *Oriental Hotel*, y como no tiene ventanas, sino que el aire entra por todas partes, consigo dormirme.

Al día siguiente, á las seis, salgo con *Sainte-Marie*, en coche, para *Mont-Lavinia*, linda población á la orilla del mar.

Y lo más bonito es el camino, rojo, de color de ladrillo, como todos los caminos del país, y también sus aldeas, sus casas, sus cabañas, entre cocoteros, palmeras, enredaderas gigantescas, flo-

res inmensas de brillantes colores, y el continuo ir y venir por este camino de tantos indígenas, pintorescamente vestidos, á pie, á caballo y en carros de bueyes.

Parecen mujeres, con las caras casi siempre imberbes, sus grandes ojos lánguidos, sus facciones finas, y el moño de sus cabellos prendido con una gran peineta de concha con muchas labores.

Después de desayunarnos en el hotel de Mont-Lavinia, regresamos por ferrocarril: á la izquierda el Océano Indico; á la derecha bosques de cocoteros atravesados por ríos y arroyos.

Este paseo me hace entrar en ganas de llegar hasta Kandy, antigua capital de Ceylan, y atravesar una parte de esta isla maravillosa. Pero necesitaría un día, y el *Yang-Tsé* sale dentro de una hora. Tenemos el tiempo tasado.

Se apareja á las dos de la tarde.

Ha disminuido el número de pasajeros. Muchos nos han abandonado para tomar otro barco de la Compañía que les llevará á Pondichery, á Madras y á Calcuta.

Con gran sentimiento me he separado de mi amigo Sainte-Marie y de M. de Peyronny.

DE COLOMBO Á SINGAPOORE (1,580 MILLAS).

Durante todo el día, del sábado 24, costeamos la isla; cocoteros, siempre cocoteros, bajo un cielo azul, y en el horizonte elevadas montañas. Me enseñan el pico de Adan, porque los cingaleses sostienen que Adan y Eva habitaron aquel país. No lo discuto y felicito á nuestros primeros padres por haber elegido tan bien el punto de su naturaleza.

Del domingo 25 al martes 27.—Tiempo nublado, fuerte brisa de Oeste.

Miércoles 28.—Tiempo nublado, lluvia, brisa ligera. A las nueve de la mañana tenemos á la vista la punta de *Atchin*, á la extremidad Norte de la isla de *Sumatra*; entramos en el estrecho de *Maluca*.

Jueves 29.—Horizonte cargado, calma. De madrugada, á la vista varias islas, verdaderos ramilletes en el mar.

Viernes 30.—Estamos en el estrecho de Sin-

gapoore, una maravilla; á la derecha, islas muy bajas que parece que van saliendo del Océano á medida que nos aproximamos; á la izquierda, la extremidad de la península de Malaca, sobre la que se extiende Singapoore.

Al mediodía, en la rada, y á las dos, en tierra. Por la vegetación, Ceylan acaso sea superior á este nuevo país; pero como ciudad, Singapoore vale más que todos los Colombos del mundo.

La nueva capital de Ceylan es una pequeña población inglesa y cingalesa, encantadora, graciosa, perdida, anegada en el agua y el verdor; Singapoore es una gran ciudad cosmopolita donde se han dado cita todas las razas del Asia y todas las sectas religiosas: malayos, chinos, malabares, Parsis de Bombay, naturales del Indostán... Se hablan todos los idiomas; se ven todos los trajes... y también todas las desnudeces: como en Ceylan, la cuarta parte de la población lleva el tronco y las piernas desnudos, y otra cuarta parte se contenta con una montera en la cabeza y una corbata entre las piernas. Iba á decir unos calzoncillos, pero estos son muy grandes para dar idea de mi pensamiento.

Un arrabal malayo constituye un arrabal de la ciudad. Templos indios, pagodas chinas, un amontonamiento de casas, de edificios, de igle-

sias, una rada inmensa, y por todos lados grandes y floridos árboles.

M. Villeroy, que tiene actualmnte á su cargo el consulado de Francia, es tan amable conmigo que me acompaña al Jardín Botánico. Es maravilloso. La naturaleza es extravagante en todos estos países. Nada la contiene, ni las duchas que diariamente le arroja el cielo.

Por la tarde, después de comer en el hotel de Europa, una carrera á gran velocidad en pequeños cabriolets tirados por malayos (1). Atravesamos el barrio chino, la calle de los Pájaros y la de las Flores, donde aquí rumanas, más allá chinas y más lejos lindas japonesas, nos dirigen sus más graciosas sonrisas. Una parada en el Barrio de los negros para dar un vistazo á las danzas de las que se dicen bayaderas. Estas son falsificadas. Ya veré despues las verdaderas. Y como en Singapoore hay para todos los gustos, al pasar veo una especie de concierto ó baile público, donde unas vienasas muy agradables

(1) Como los *pousse-pousse* de la Exposición, sólo que los malayos de allá tienen el busto desnudo, mientras que los anamitas de aquí visten trajes caprichosos, sumamente caprichosos, desconocidos en las Indias, en Cochinchina y en el Tonkin.

cantan y bailan polkas y vales, con gran contento de los indígenas.

La noche calurosa, á pesar de la inmensidad de mi cuarto. Por la mañana, después de tomar la ducha, visito el jardín Wampóo, una de las curiosidades de Singapoore. Es la casa de recreo de un chino riquísimo. Gracias á la recomendación del señor Himekindt, pasajero del *Yang-Tsé*, me reciben muy bien, en ausencia del dueño, muchos de sus servidores. El interior es curiosísimo: profusión de objetos de arte chinos; en el jardín, árboles rarísimos. Algunos están podados de modo que representan formas humanas. Me gusta más lo natural. Ha llegado el momento de volver á bordo.

DE SINGAPOORE Á SAIGON (645 MILLAS).

Sábado 21.—Nos hacemos á la vela con rumbo á Saigon. También nos han abandonado algunos viajeros para ir á Batavia (isla de Java). Otros se han dirigido á Baugkok, capital del reino de Siam. Esta Compañía de Mensajerías se comunica con todo el Oriente y extremo Oriente.

Cuaderno de bitácora: Tiempo nublado, brisa

fresca. Un vapor á estribor en dirección contraria. Cambio de saludos con un vapor austro-húngaro. Estamos ahora en el mar de la China.

Del domingo 1.º de Enero de 1888 al lunes 2.—Fuerte brisa del NE. Mar gruesa. Cala seca.

Lunes 2.—Poco oleaje. Costeamos la isla de Poulo-Condor, donde Francia ha establecido una penitenciaría annamita.

A las ocho y media de la noche divisamos el cabo de Santiago (más allá del río de Saigon). Recogemos el piloto y anclamos en la bahía de los Cocoteros.

A las diez, se apareja y gobierna en el río con arreglo á las indicaciones del piloto.

Martes 3 de Enero.—A las seis de la mañana llegamos á Saigon.

Nuestra llegada está anunciada desde la víspera por la tarde, por dos despachos enviados desde el cabo de Santiago, concebido el primero en estos términos: «Correo á treinta millas», y el segundo: «Correo ancla.» Así es que, á pesar de lo matinal de la hora, Saigon nos espera. Las barcas annamitas, los *sampans* rodean al *Yang-*

29768

Tsé, y en el muelle los carruajes del país (Isidoro y Moblé) nos ofrecen sus servicios.

Saigon á vista de pájaro.—Si se viese uno transportado de pronto de Francia á Cochinchina, habiendo permanecido siempre en alta mar, creo que quedaría encantado á primera vista por el aspecto de Saigon y sus alrededores; pero el recuerdo de los países visitados ya perjudica á nuestra colonia.

En vez de la frondosa vegetación de Ceylan, sólo se encuentra una copia. Es parecida, pero no es lo mismo. Se busca la vida, la animación de Singapoore, y Saigon parece adormecido. Si se trata de la variedad de trajes y de la riqueza de colores, la decepción es aún mayor. Los anamitas van vestidos con el *sampot* nacional, gris, uniforme, y hasta los chinos, en vez de sus preciosas túnicas de seda, usan ropajes de algodón azul poco vistosos. Hecha esta crítica, vamos á los elogios.

Es todo lo gracioso que se puede imaginar el pueblecito de Saigon, muy alegre, con inmensos muelles y un magnífico puerto fluvial, que proporciona albergue á los buques de más porte. El palacio del gobernador y las plazas que le rodean, extensos y con hermosos jardines. La

calle Catinat, el teatro y la iglesia, bastante espaciosos. El paseo de la Inspección, muy fresco y muy tranquilo, con sus aldeas annamitas que esmaltan el campo, el canal y el río que lo bañan de trecho en trecho; y la gran llanura de las Tumbas, muy pintoresca. Pero en mi calidad de *turista*, lo que prefiero de Saigon es Cho-Sen, una pequeña población chinesca, puramente chinesca, á dos kilómetros de la grande, y que parece destinada á englobar, á tragarse á su rival, sin confundirse con ella... por fortuna.

Hago aquí punto. Este resumen ha resultado más largo de lo que yo quería; y paso á las *Quinientas mujeres para un hombre solo*.



QUINIENTAS MUJERES PARA UN HOMBRE SOLO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

I

Encuentro con un parisiense en Saigon, en la calle Catinat.—Conversación sobre Cambodge; un misionero tolerante; el bautismo fracasado.—El rey Norodom I.—Sus quinientas mujeres.—Las esposas legítimas, las favoritas y las esclavas.—Su residencia.

—Si quiere usted estar bueno (me dijeron al llegar á Saigon), levántese usted muy temprano, pasee hasta las diez, vuélvase usted á su hotel, y bajo ningún pretexto ponga los pies fuera, y menos la cabeza, á no ser cubierta con un casco ó una sombrilla, hasta después de las cinco de la tarde.

Yo seguía á la letra estas prudentes recomendaciones, y todas las mañanas, antes de encerrarme por el resto del día, recorría la calle Catinat, única donde á ciertas horas se nota algo de

actividad: el movimiento de una calle principal en una capital de provincia de segundo orden.

Algunos días después de mi llegada tuve el placer de encontrar en uno de estos paseos matutinos á M. de X..., un parisiense muy parisiense, convertido en administrador de los negocios indígenas en Cochinchina.

Al poco rato me decía:

—¿No piensa usted aprovechar su estancia aquí para visitar el Cambodge?

—Bien quisiera, respondí; pero me dicen que hay ya sobrada agua en los lagos y ríos que conducen á las ruinas de Ang-Kor.

—Es muy probable. La estación de las lluvias, ó mejor dicho, según la pintoresca expresión annamita: «la época en que el cielo baja,» ha terminado hace tiempo, y las vías fluviales, únicas verdaderamente practicables en este país, son algo peligrosas. Lo siento por usted; esas ruinas son maravillosas desde todos los puntos de vista. Belleza de situación, impenetrable virginidad de los bosques inmediatos, arquitectura espléndida y los recuerdos que esta evoca. ¡Qué pueblos habrán construído tales monumentos! ¡A qué grado de civilización habrían llegado!... Pero volvamos al Cambodge. Convenido; no puede usted llegar hasta las ruinas, que, no está

usted equivocado, forman parte del reino de Siam; pero nada hay que le impida visitar la capital del reino cambodgiano: Phnom-Peuh.

—¿Y qué hay allí de notable?

—En primer lugar, su situación sobre el Mekong, uno de esos ríos gigantescos desconocidos en Europa; luego su población, ciertamente superior desde el punto de vista del tipo y de la forma á los annamitas; y, por último, Norodom, el rey de Cambodge.

—¿Un monarca asiático?

—Muy asiático, por más que á veces intenta vestir á la europea.

—¿Y habla francés?

—No, pero se puede conversar con él por medio de intérpretes.

—¿Cuál es su religión?

—El budhismo.

—¿Y no han procurado convertirle?

—Sí, el padre Guédon, un misionero muy particular; pero tropezó desde el principio con una gran dificultad: el rey no quería renunciar á sus mujeres.

—¿Tiene muchas?

—Nadie lo sabe con precisión, ni aun él. Los familiares del palacio sostienen que contándolas todas, las de la víspera, las del día, y las del

día siguiente, las que no esperan ya y las que esperan, las que se deforman y las que se forman, se llegaría próximamente á la cifra de mil á mil y quinientas.

—¡El efectivo de un regimiento!

—Pero no hay más que cuatrocientas ó quinientas en servicio activo.

—Para un solo hombre debe bastar.

—Esa era la opinión del padre Guédon, que propuso un arreglo. El rey no quiso avenirse con él y el bautismo fracasó.

—¿Y qué arreglo proponía?

—Que se redujesen las quinientas mujeres á ciento.

—Pero eso era incompatible con su religión. El cristianismo no admite la pluralidad de mujeres. Sólo autoriza la unidad.

—Justamente, pero cien mujeres es la unidad de la centena. Se puede jugar con las palabras y hacerle trampas al cielo, cuando se trata de bautizar á un rey cambodgiano.

—¿Y Norodom no aceptó la transacción? Cien mujeres es una cosa razonable.

—Pues á él le pareció poco para sí. «Pues para eso ser soltero, célibe,» contestó en cambodgiano..., y se quedó con todas sus mujeres.

—No está mal pensado, si es que no le moles-

tan! En París se vería uno algo apurado para alojar tanta gente. Norodom tendrá, sin duda, más anchuras; un palacio...

—Un pueblo más bien, de quinientos metros de largo por trescientos de ancho, rodeado de elevados muros ó de una espesa empalizada. Dos casas de piedra, algunas de adobes, y luego cabinas, chozas, *gergones*, como las llaman aquí, construídas con tierra y hojas de palmera.

En esta morada, que nada tiene de regia, pero sumamente original, es donde vive la familia femenina de Norodom; madre, hermanas, parientas y todas sus mujeres, las viejas, las jóvenes, las activas y las pasivas.

—¿Debe ser difícil vigilar á semejante batallón? ¿Quién es el guardián? ¿Eunucos, sin duda?

—No. El eunuco, tal como nosotros entendemos esta palabra, el eunuco completo, ó mejor dicho, incompleto, no existe ni en Cambodge ni en los reinos limítrofes. Es un producto del Oriente, pero no del extremo Oriente. Los maridos vigilan por sí mismos á sus mujeres, y esto es tanto más fácil cuanto que, por lo general, usan de la poligamia con moderación, y se conforman con una ó dos esposas. Sólo en los años buenos, cuando los negocios marchan bien, lle-

gan hasta tres, que es el número autorizado por la ley. Los príncipes, los altos personajes, los ricos suelen tener muchas más. Pero esas mujeres auxiliares, que generalmente se compran ó que se regalan, no tienen la categoría de *propon* (esposa). Son simples concubinas, mejor dicho, esclavas, llamadas *mi-khás*... ¿Le interesan á usted acaso estos detalles?

—Sí; lo confieso. Ya sabe usted, lo relativo á mujeres...

—Pues bien, continuaré. Pero son las diez, el sol empieza á calentar y la calle tiene ya pocos atractivos; entremos en casa de Hermencio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UTAN
"ALFONSO A. 183"
Avda. 1625 MONTERREY, MEXICO

II

El café de Hermencio.—Diversas ocupaciones de las mujeres en el harem.—La paliza.—Los monstruos reemplazando á los eunucos.—Precio de una mujer salvaje.—El adulterio y las penas aplicadas á los culpables.—El empalamiento considerado bajo diferentes aspectos.

Al poco rato, en el café que hace esquina al muelle y á la calle Catinat, decía yo á mi querido administrador de negocios indígenas:

—¿De modo que las quinientas mujeres del rey Norodom son concubinas, *mi-khás*? No tendrá, en realidad, más que tres mujeres legítimas, como previene la ley.

—¡Oh!—me respondió M. X.—las leyes no se han dictado para un monarca asiático, un rey absoluto como Norodom, un autócrata, por no decir un déspota. Y además, ¿para qué había él

de observarlas? Su pueblo, sus ministros, sus mandarines, siempre prosternados, arrastrándose ante él, repiten en todos los tonos que es de esencia divina, «que desciende de los ángeles y del dios Vichnu.» Este estado de cosas le autoriza para proporcionarse tantas mujeres legítimas como quiera, y aun hay que agradecerle que no quiera más.

—¿Y cuántas se ha proporcionado?

—Durante mucho tiempo una sola le bastó. Era la hija del rey de Siam; pero éste, disgustado al saber que Norodom se había sometido al protectorado de Francia, le reclamó su hija.

—¿Y desde entonces?...

—Norodom compensa la calidad por la cantidad: en poco tiempo, los iniciados afirman que han contado once mujeres legítimas ó que se dicen tales.

—¡Cómo! ¿No ha completado siquiera la docena? Eso no es razonable.

—Pues ha llevado la razón hasta dar ocupación á cada una de estas grandes favoritas. Una dirige los almacenes dependientes del palacio, otra cuida de las cocinas, esta del teatro, la otra de poner en orden el guardarropa del rey. Ya ve usted que esto está bien entendido. Norodom es hombre muy práctico.

—Sí, sabe mezclar lo útil con lo agradable. Pero encuentro una dificultad. ¿Cómo se arregla con tantas para reconocerlas? Debe confundir con frecuencia sus nombres.

—Para no confundirlos, se los ha suprimido y los ha sustituido por números.

—Como en los baños. ¿Y no se quejan ellas de que las numera de ese modo, tratándose de mujeres legítimas, de elevadas damas?

—¡Oh, pueden quejarse cuanto quieran! El rey no haría caso ni de sus quejas ni de su categoría, y para enseñarlas á mostrarse siempre contentas haría que trabasen conocimiento con el vergajo.

—¿El vergajo?

—Sí, la paliza que representa un gran papel en Annam, Siam y Cambodge.

—¿Y es grueso el vergajo?

—No; es bastante delgado y flexible: parecido á las varas con que se sacude la ropa entre nosotros.

—¿Y las pega fuerte?

—Eso depende de la vieja que sacude... Las viejas son las que ejercen estas funciones. Ya se lo he dicho á usted; Norodom sabe emplear á toda su gente... Cuando se entiende con ellas, tiene la mano más ligera y sabe elegir los sitios mejores.

—Pues qué, ¿hay sitios buenos para recibir vergajazos?

—Los hay más ó menos: en los hombros ó en los riñones, es cosa pesada; más abajo, ya es tolerable.

—No diga usted más; porque acabaría usted por decir que las agradaba.

—No; pero no estaría usted en lo justo si juzgase mal de la paliza. Es útil, necesaria, cuando se trata de mantener el orden y la disciplina entre tantas mujeres. Por más que se procure ocuparlas...

—En dar vergajazos. Y las que, en vez de darlos, los reciben, ¿qué hacen de ordinario?

—Un poco de cada cosa. Las unas, las esclavas... que son las más numerosas, sirven á las otras. Las otras cantan, estudian música, forman una orquesta. Por último, otras, en número de más de doscientas, son bailarinas... ¡Un magnífico cuerpo de baile!

Apoyándome sobre la mesita que me separaba de M. de X..., le dije:

—De modo que todas esas mujeres, de las cuales muchas son jóvenes y bonitas, ¿no es verdad?...

—Sí, tipos originales; Norodom es muy inteligente.

—Todas esas mujeres que no tienen más que un marido, y un marido de cincuenta años, según creo, ¿decís que se guardan por sí solas?

—No, no he dicho eso. He dicho solamente que Norodom no tenía eunucos. Pero ha puesto á sus mujeres bajo la vigilancia de los *crommowangs*, guardianes que desempeñan las funciones de los eunucos sin ser eunucos.

—Eso es una imprudencia.

—No, el rey los elige entre sus mónstruos.

—¿Sus mónstruos?

—Sí. Todos los jorobados, los patizambos y los mancos del reino le pertenecen. Los padres de un contrahecho ó de un inválido le educan hasta los diez ó doce años y luego se le envían á Norodom, que se encarga de su manutención y elige entre todos ellos los mejores ejemplares de mónstruos para hacerlos guardianes del serallo.

—Ya comprendo. Confía en el desagrado que sus imperfecciones han de inspirar á las señoras. Hace de ellos, por decirlo así, enucos morales... Pero, ¿podrá confiar en ellos como en verdaderos enucos?

—No siempre. El año pasado, una muchacha lindísima agregada al servicio de la Prea-Neang-Sucheat-Bopha...

—¡Por Dios, qué está usted diciendo! ¡Me va usted á volver loco con semejantes nombres!

—Cuestión de costumbre: yo los digo de corrido. La Prea-Neang-Sucheat-Bopha es la directora del teatro, sus trajes y accesorios.

Decía á usted que el año pasado, una de las mujeres que estaban á sus órdenes se escapó con un mónstruo.

—¡Un mónstruo realmente! ¡Pobre mujer! Para obrar así debía tener mucha necesidad... de ser infiel. ¿Sería algún jorobado? Los hay encantadores.

—No; era un gemelo.

—Pero los gemelos no son mónstruos.

—Sí. En Cambodge, toda extravagancia de la naturaleza se considera como una monstruosidad.

—Por fortuna, en Francia no pasa lo mismo. Yo he conocido dos hermanas gemelas adorables. ¡Quién había de decir que eran mónstruos!... ¿Y qué fué de los dos infieles?

—En vez de traspasar la frontera y de refugiarse entre nosotros en Cochinchina, cometieron la imprudencia de ir á ocultarse cerca de Sambor, entre los salvajes Phnongs.

—Pues qué; ¿incurrió Norodom en la falta de delicadeza de perseguirlos? Cuando tiene uno

tantas, paréceme que una mujer más ó menos...

—Está usted en un error. Cuantas más se tienen más se guardan... Así es que el rey puso en campaña á toda su policía.

—¡Ah! ¿Tiene policía?

—¡Ya lo creo! Y un ministro de Justicia, y un Código de leyes, muy completo, que se titula el Prea-Thomma-Sat.

—¿Y encontró la policía á los fugitivos?

—Los salvajes los entregaron por cuatro búfalos y un saco de sal.

—No me parece caro el precio, tratándose de una mujer de la corte.

—Bien pagado está tratándose de una mujer desflorada. Ya sé que en París á veces suben los precios en relación con el número de amantes, y que las que han tenido muchos se cotizan más alto. Los salvajes piensan de otro modo: una linda virgen vale seis búfalos. Una viuda ó divorciada no vale más que uno... y muchas veces el dueño tiene que quedarse con ella por no tener salida.

—Muy interesante es eso, muy instructivo; pero, ¿y los prisioneros?

—Los llevaron ante Norodom, que, naturalmente, ordenó en seguida que los decapitasen.

—¡Naturalmente! ¡Penar con muerte el adulterio!

—El adulterio cometido por una mujer del rey. Esto es mucho más grave; crimen de lesa majestad, ó más bien de lesa divinidad. Una mujer del pueblo, de un funcionario, y hasta la de un mandarin, libra mucho mejor.

—¿Cómo?

—Si se trata de la primera falta, le cubren la cabeza con un cesto, le ponen flores silvestres tras de las orejas, y la pasean por el pueblo al son del tambor, entre dos filas de soldados.

—No es muy terrible el castigo.

—Las reincidentes incurrían en penas más severas. Les afeitan la cabeza, las fustigan con disciplinas de cuero, y las empalan.

—¡Las empalan! ¡Eso es la muerte!

—No, si se procede con moderación; si el instrumento de suplicio, el palo, está bien entendido.

—¿Pues no es un madero terminado en punta?

—Sí; pero á unos quince centímetros de la punta tiene una tablita que impide que el palo penetre muy profundamente donde ha de penetrar. La paciente monta en el palo, se desliza poco á poco tres ó cuatro pulgadas y queda de-

tenida por la tablita, sobre la cual se encuentra pronto sentada bastante sólidamente.

—Y hasta muy cómodamente. Ha estado usted á punto de decirlo. Por mi parte, me parece un suplicio cruel, bárbaro.

—Cuestión de gustos. Los orientales y los extremo-orientales no tienen el mismo modo de pensar y de sentir que los europeos.

—Sin embargo, estoy seguro de que si le pregunta usted á una empalada, aunque sea del extremo-oriente...

—He hecho más que preguntar: he seguido durante todo un día por una aldea de Cambodge á una mujer puesta en el pico de un palo.

—Y qué, ¿lanzaba terribles gritos?

—No; parecía dormir, con los ojos medio cerrados, las ventanillas de la nariz dilatadas, la boca entreabierta. Estaba muy bonita así, fija en el palo, y yo absolvía á su amante.

—Y la ley cambodgiana ¿le había absuelto como usted? ¿Acaso no se castiga al cómplice?

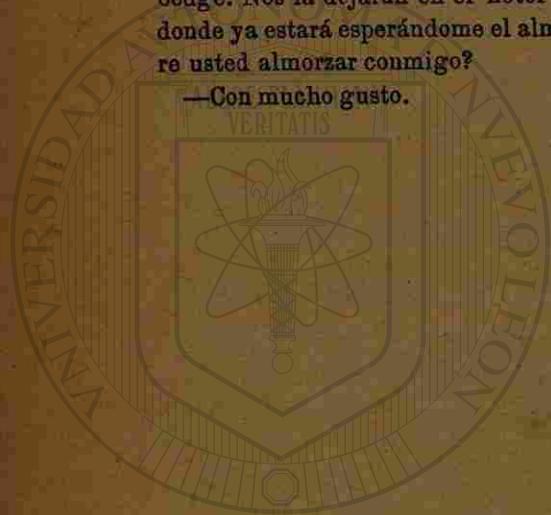
—Sí; pero mucho menos severamente que á la mujer. En general, sólo se le impone una multa. Y para eso todavía el Código, el Prea-Thomma-Sat, hace una porción de distinciones.

—¿Usted las conoce?

—Muy imperfectamente; pero se hallan con-

signadas con extensión en la obra que el lugar-teniente de navío Moura ha escrito sobre Cambodge. Nos la dejarán en el hotel del Universo, donde ya estará esperándome el almuerzo. ¿Quiere usted almorzar conmigo?

—Con mucho gusto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE TRUJÍA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

III

En casa de Olivier.—El Código cambodgiano.—El adulterio en familia.—Los hijos del rey y sus numerosas mamás políticas.—El segundo rey.—Una favorita condenada á palizas á perpetuidad y su cómplice á prisión y cadena.—La señora Constans obtiene el indulto de dos prisioneros que habían engañado á su padre.—El gato y el conejo.

Tres minutos nos bastaron para ir de casa de Hermencio á la de Olivier. Pero estos tres minutos me parecieron horriblemente largos, tanto me abrasaba el sol, á pesar de mi casco y mi sombrilla... sol de invierno, no obstante. ¡Esto promete para el verano!

Como me había dicho M. de X... he encontrado en el libro de Moura los datos que deseaba. Acaso me los hubiera suministrado más interesantes, desde el punto de vista de la arqueología, de la religión y de la literatura; pero lo re-

lativo á las mujeres me ha interesado siempre vivamente, y como no se las puede conocer ni aun de un modo superficial sino á costa de los más profundos estudios, sacrifico la literatura y la arqueología para estudiarlas mejor.

Segun Moura, la gravedad de la falta cometida por el hombre adúltero depende de la situación de su cómplice. Si ha tenido comercio ilícito con la primera de las esposas legítimas, con la que llaman la esposa mayor, paga una multa considerable; si se trata de la segunda esposa, la mediana, la multa se rebaja á la quinta parte. El adulterio con la tercera mujer, cuesta aún más barato. Esta multa queda en favor del marido, y si no puede obtener el cobro, la ley le entrega á su deudor como esclavo.

Pero el Código cambodgiano hace otras distinciones, todavía más curiosas, entre el adulterio consumado y el comenzado, en vías solamente.

«Si alguno—dice el Código—coge las manos ó palpa el pecho de la mujer de otro, la abraza, la besa, va á buscarla á su casa ó á un lugar aislado; si entra en su alcoba en ocasión de estar solo con ella, paga una multa crecida. Pero si no ha hecho más que dirigirle palabras melosas, si no ha pasado de tener intenciones libertinas, pagará sólo la mitad de la multa.»

—Todo eso me parece justo y razonable—dije á M. de X...—pero me extraña que el rey Norodom se permita mandar que decapiten á sus mujeres, cuando la ley sólo le autoriza para hacer que las empalen, y que corte también las cabezas de los amantes, cuando debiera conformarse con imponerles una multa. ¿Cómo es que el protectorado francés no le dirige sobre este particular advertencias y reconvenciones?

—Ya se las hemos dirigido. Ha contestado que él no obraba á impulsos de los celos ni por crueldad, sino por sistema: que sus mujeres y sus servidores gozaban de grandes ventajas, y debían ser castigados más severamente que los demás súbditos: que perdería todo su prestigio si aboliese en su harem la pena de muerte, que es una prerrogativa regia. Por último, como uno de nuestros plenipotenciarios insistiese, predicándole indulgencia, humanidad y perdón, él, impacientado, exclamó en cambodgiano: «¡Quisiera yo ver cómo os manejabais si tuviérais que guiar á quinientas mujeres!» El diplomático, que no tenía más que una, y le guiaba á él, no insistió.

—Me parece excesiva su discreción. Bien sabemos intervenir cuando se trata de cuestiones de dinero, de percibir algún impuesto que hu-

biese de cobrar el rey; lo mismo podríamos mezclarnos en sus asuntos cuando acuerda con sobrada ligereza una decapitación.

—Y nos mezclamos en ciertos casos, cuando los culpables valen la pena. Hace dos ó tres años salvamos la vida al hijo mayor del rey, y poco despues al hijo mayor del segundo rey.

—Pues qué, ¿hay dos reyes en Cambodge?

—Sí; el que reina, y el que está en turno para reinar. El segundo es el hermano del primero, porque la sucesión va de hermano en hermano, por orden de edad. El rey... expectante, no desempeña función alguna; no goza de ningún poder. Bebe, come, duerme y se pasea de mujer en mujer..., porque tienen también unas cuantas para ayudarle á esperar pacientemente el trono..., y eso es cuanto tiene que hacer.

—¿Y qué falta habían cometido los dos príncipes salvados por Francia?

—Habían hecho el amor en familia. Esto es cosa muy común por allí. El hijo mayor de Norodom era amante de una de sus numerosas mamás políticas, la favorita del día precisamente, lo cual agravaba la falta.

—¿Según eso, los hijos del rey viven en el harem?

—Sólo hasta los trece años, hasta el día en que les cortan los cabellos, ceremonia importantísima entre los cambodgianos.

—¿Y ese jóven precoz engañó á su padre á los trece años?

—No, más tarde: cuando ya no habitaba en el palacio, volvió á encontrar á su mamá política.

—¿Y los sorprendieron juntos?

—No; sólo sospechas, que Norodom se guardó bien de dar á conocer. Hizo llamar á su favorita, y le declaró que no la amaba ya, y que pensaba casarla con uno de sus mandarines.

—«¡Qué desgracia! exclamó estúpidamente la señora.—¡Un simple mandarín para mí! Si he tenido la fatalidad de desagradaros, si no debo ya perteneceros, dadme al menos por marido á vuestro hijo mayor.»—¡Desgraciada—gritó Norodom—acabas de venderte!

—¿Y mandó que la decapitasen?

—No; solo cien vergajazos... por aquel día.

—¡Cómo por aquel día! ¿Ha vuelto á repetir?

—Frecuentemente y durante mucho tiempo...

Siempre que pensaba en ella, que le acometían los celos, ordenaba que la fustigasen. Pasados algunos meses, su amor se debilitó, sus celos decayeron y desde entonces los vergajazos son también menos numerosos, menos frecuentes...

Nunca mujer alguna ha estado tan contenta por verse menos amada.

—Pero no me habláis de su amante, el hijo del rey.

—Voy á ello. Para evitar el mismo castigo, la paliza, que deshonra á los hombres y puede incapacitar para reinar á un príncipe cambodgiano, recurrió al protectorado francés y obtuvimos la conmutación de la pena: la prisión, en vez del vergajo.

—¿Ha estado preso?

—Sí, en el interior del palacio, en el primer patio á la izquierda, frente á la sala del trono. Como todos los condenados, llevaba una cadena al pié y otra más delgada adherida á un collar. Por favor especial, el collar era menos grueso que el de los demás prisioneros, y forrado de casca para que no le hiriese en el cuello.

—¡Los cuidados paternales!... ¿Y duró mucho la prisión?

—Dos años, desde 1886 á 1888, hasta en que la señora Constans, movida á compasión, solicitó el indulto del culpable.

Norodom no podía negar nada á la esposa del gobernador de Cochinchina y del Tonkin, y la señora Constans tuvo la satisfacción de

ver caer ante ella las cadenas del prisionero regio.

—¿Pues no han dicho los periódicos que libró á dos príncipes en un mismo día?

—Sí; al hijo y al sobrino de Norodom, hijo del segundo rey de que os hablaba hace un momento.

—¿Por el mismo delito?

—Precisamente el mismo, no; pero también por el amor en familia. Engañado por su primera mujer y su hermano menor, el joven príncipe hizo asesinar á la alcahueta... también las hay en Cambodge, y en abundancia, que favorecía sus amores... De aquí su prisión.

Todos estos detalles, estas costumbres asiáticas, este semi-salvajismo acabó por interesarme, y estaba ya casi decidido á seguir el consejo de M. de X... y á emprender mi viaje á Cambodge.

—Pero no merece los gastos del viaje—dije—si no he de ver á Norodom. ¿Está usted seguro de que me recibirá?

—Sí, atendida la cualidad de artista; porque también él es artista... No se sonría usted. ¡Usted lo verá!... pero será preciso que solicite la audiencia nuestra plenipotenciario. Ya le he dicho á usted muchas veces, y además usted lo

sabe, que Cambodge está bajo el protectorado de Francia.

—Sí, pero ignoro en qué consiste, con precisión, ese protectorado.

—Se lo explicaré á usted en pocas palabras... Pero antes déme usted su opinión sobre este guiso.

—Riquísimo. No he comido nada mejor.

—¿Y usted cree que esto es conejo?

—¿Pues qué es?

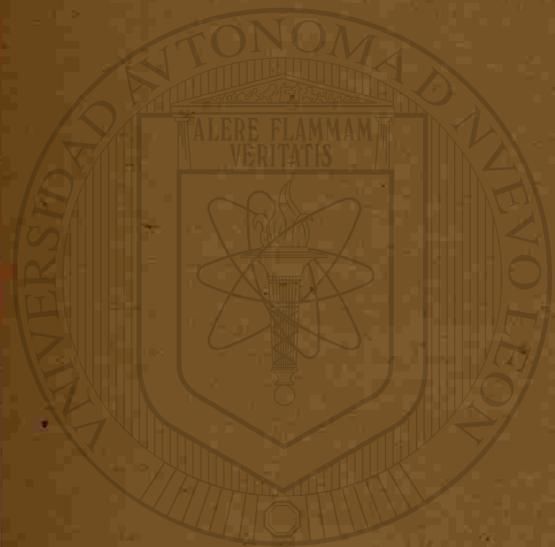
—Gato, mi querido amigo... un plato chino que tenía encargado á Olivier, que ha cumplido muy bien el encargo... Aquí, el gato, como alimento, no tiene mala reputación.

—¡Bah! ni en Francia tampoco. Nuestras señoritas le han rehabilitado con su aversión al conejo.

A cuatro mil leguas de Francia, cualquier cosa sirve con facilidad de broma, y nos reimos de esto, como quince días antes me había yo reído cuando la alegre banda de jóvenes subcomisarios de marina que iba al Tonkin, cantaba sobre la cubierta del *Yang-Tsé*.

«Es un chino de la China
el que del barco salió
buscando una mandarina
en casa de la Moreau.»

En el mar de China esto tenía casi sabor local... y era al mismo tiempo un recuerdo para la patria ya lejana, para nuestro querido París, para nuestro buen barrio Latino de otros tiempos.



IV

De qué manera protege una gran nación á una nación pequeña.—La convención del 17 de Enero de 1884.—La lista civil del rey.—M. Piquet, ministro plenipotenciario.—Lo que cuesta el sostenimiento de las mujeres del harem.—Decididamente voy á ver á Norodom I.

—Vea usted,—me dijo el administrador de asuntos indígenas,—lo que en el lenguaje internacional se ha convenido en llamar protectorado; un pueblo pequeño llama en su auxilio á uno grande para librarse de que se lo coma un vecino peligroso. Llega el gran pueblo, se instala en el pequeño, y en vez de dejar que se lo coma el vecino, se lo come él.

—¿Desde cuándo protegemos ó nos comemos á Cambodge? ®

—Desde 1863, época en que Norodom pidió al gobernador de Cochinchina, al almirante La

Grandière, que le defendiese contra Siam y Annam, dispuestos á devorar á Cambodge.

Accedió á ello el almirante; pero nuestro concurso era entonces desinteresado. El emperador Napoleón III protegía gratuitamente. Durante algún tiempo también se mostró generosa la república. Las Ordenanzas de 1877, inspiradas al rey por el almirante Duperré y por el alférez de navío Moura, autor del libro que consultaba usted hace un momento, no contienen disposiciones que tiendan á otro fin que al de mejorar la suerte de los cambodgianos: prohibición de vender como esclavos á los prisioneros cogidos en los montes, procedentes de hordas salvajes; abolición de la esclavitud sin derecho á rescate; reglamentación de la justicia, etc. Pero después de todo esto, el nuevo gobernador de Cochinchina, Le Myre de Vilers, impuso al rey una contribución anual de 60.000 piastras, con destino á gastos del protectorado. Norodom trató de pagar, pero no pudo conseguirlo. ¡Hay tan poco orden en su Hacienda y le cuesta tan caro su harem!...

Bajo pretexto de sacarle del apuro, Le Myre de Vilers se ofrece á percibir, en lugar del rey, las contribuciones indirectas, es decir, el opio, los alcoholes, los juegos, etc. Norodom se ve obligado á aceptar, y todo marcha bien durante

un año. Pero en Cochinchina los gobernadores no duran más que lo que duran en Francia los ministros. Thomson sucedió á Le Myre de Vilers, y queriendo hacerse notable y contraer más méritos que sus predecesores, preparó la convención de 17 de Enero de 1884, que es una verdadera toma de posesión de Cambodge por Francia. Según ella, en adelante nos pertenecerá exclusivamente la administración del país; tendremos plenipotenciarios en todas las provincias, percibiremos los impuestos, y el rey no tendrá más que una lista civil. Norodom, herido en su dignidad, negóse á firmar. Rodeóse entonces su palacio, derribáronse las puertas del mismo, y, bajo la amenaza, firmó. Ya conocéis esa historia: hizo mucho ruido en Francia y en el Parlamento. Sin embargo, los cambodgianos no ratificaron la firma real: se sublevaron contra Norodom y contra nosotros. Atacaron los puestos militares que Thomson había establecido por todas partes. Mataron al oficial que mandaba en Sambor. Sitiaron al plenipotenciario de Baphnam. Podría haberse sofocado la sublevación; pero nos faltaban tropas, y sobre todo, dinero.

Nuestras vacilaciones nos perdieron, y en Mayo de 1885 los insurrectos penetraron en Phnom-Penh y atacaron al protectorado. Nuestros sol-

dados los rechazaron, pero sólo de Phnom-Penh. Continuó la guerra en todo el reino hasta que el Gobierno tuvo la buena idea de nombrar á M. Piquet plenipotenciario general en Cambodge (1). Muy diplomático, muy enérgico, muy justo, y sobre todo, muy valiente, éste antiguo oficial de Marina comprendió que lo más importante era pacificar el país, y para conseguirlo, solo, sin escolta, le recorrió en todas direcciones, conversó con los insurrectos, ordenó á nuestras tropas que estuvieran tan sólo á la defensiva, y suprimió la mayor parte de las guarniciones.

Habiendo vuelto sano y salvo á Phnom-Penh, creyó deber hacer, por su parte, algunas concesiones al rey: no volvió á hablarle de la famosa lista civil, tan humillante para un autócrata, y le dejó percibir por sí mismo una parte de los impuestos.

—¿La parte mayor?

—No, la más pequeña. En Cambodge se recauda próximamente un millon de piastras, ó

(1) En el mes de Mayo del año 1889, mientras escribía yo este libro, M. Piquet fué nombrado gobernador de la Indo-China en reemplazo de M. Richaud.

sea cuatro millones de francos. Nosotros nos hemos quedado con el opio, los alcoholes y los derechos de exportación, que nos producen dos millones ochocientos mil francos. Es lo que nos cuesta el sostenimiento de las tropas y los gastos del protectorado.

—¿Y qué hace Norodom del millón y doscientos mil francos restantes?

—Lo que quiere. Sin embargo, puedo asegurar á usted que no los ahorra. Desconoce la economía, y una corte como la suya cuesta cara.

—¡Ya lo creo! ¡Alimentar á quinientas mujeres!

—¡Ah, si no fuera más que alimentarlas! La alimentación de cada mujer no le cuesta más que unos treinta francos al mes. Pero los regalos, las alhajas, los perfumes, los trajes...

—¡Se visten con este calor sofocante!

—Muy ligeramente, convengo en ello; basta el *sampot* nacional. Pero... todavía hay un pero... Norodom se arruina con los trajes de sus bailarinas, trajes antiguos, de un lujo inaudito... ¡Ya los verá usted!

—¡Cómo que los verá! ¿Usted cree que el rey va á dar una funcion para mí?

—Pienso, como ya he dicho, que el rey es un artista y que procurará complacer á otro artista.

—Perfectamente. Hace usted que me decida; iré. ¿Cómo se hace el viaje?

—¿En qué día estamos?

—En sábado.

—Esta noche, á las diez, puede usted embarcarse enfrente del hotel en el *Attalo*, paquebot de las Mensajerías fluviales. Le llevará á usted directamente á la capital de Cambodge, á Phnom-Penh, á donde llegará usted el lunes á las ocho de la mañana. Puede usted también ahorrarse una noche de viaje, durmiendo hoy en Saigon y tomando mañana el ferrocarril, que le dejará en Mitho, donde se embarcará usted á las once de la mañana...

Yo, en el lugar de usted, me embarcaría esta noche, para admirar, al sol naciente, la entrada en Me-Kong.

—Seguiré su consejo. Gracias.

V

El *Attalo*.—El gran río.—La montaña y la mujer gorda.—La llanura y la mujer flaca.—La boca de las mujeres de la Indo-China.—Argucia de los maridos celosos.—Frialdad de la mujer india, comparada con la europea.—Superioridad del hombre con relación á la mujer.—Costumbres femeninas.—Depravación masculina.—Llegada á Cambodge.

Gracias al director de las Mensajerías fluviales, M. Arand, y al comandante inglés del *Attalo*, me alojo, no en un camarote, sino en una verdadera habitación á popa, en el puente.

Un lecho provisto de su mosquitero, y enfrente otro que me servirá de sofá, un tocador y... dos annamitas para servirme.

El *Attalo* sale á la hora reglamentaria.

Bajamos primero por el río de Saigon y luego entramos en el Suarap, otro río—¡lo que es ríos

no faltan en Cochinchina!—que nos lleva al mar á las cinco de la mañana.

Dejamos el cabo de Santiago á la izquierda, es decir, al Nordeste; seguimos la costa, y al sol naciente, como me habían dicho, entramos en el gran río del Cambodge, el Me-Kong ó uno de sus afluentes, porque se pierde uno entre tantos ríos y arroyos: ¡agua, agua por todas partes... y estamos en la estación seca!... ¿Qué ocurrirá en Setiembre, época de las inundaciones?

Y en todos estos países tan bien regados, en las riberas de todos estos grandes ríos y canales, ¡qué vegetación, qué verdor, qué suavidad de colores! Aquí, inmensos arrozales entre bosques de arecas y bananeros. Más allá, una plantación de cafetales, cuyas blancas flores se parecen al jazmín de España. Luego, en primer término, junto al río, cocoteros enanos y bambús inmensos de suma elegancia, de cuyos troncos mismos brotan verdes hojas; la ortiga de China, que se cría en estado silvestre en los terrenos húmedos y produce á los que saben recolectarlas preciosos tejidos; las palmeras de agua, que sirven para la construcción de chozas, de esas casas primitivas, tan conocidas en toda la Indo-China. En segundo término, plantaciones de morales y de tabaco, y al abrigo del sol, á la

sombra de los bananos, de un ramillete de arecas y de una teca gigantesca, el betel que sigue todo á lo largo la empalizada y trepa por todo lo que encuentra á su paso. El consumo del betel está más extendido en el extremo Oriente que el del tabaco entre nosotros. El hombre, la mujer y hasta el niño masean constantemente su hoja, cubierta de cal viva y mezclada con fragmentos de nueces de area. ¿Qué placer puede producir esa masticación? Los indígenas la encuentran agradable y hasta útil; les procura una salivación abundante que calma la sed, conserva la dentadura y favorece la digestión. Aunque así sea, dejando aparte estas ventajas íntimas y absolutamente personales, ¡qué desagradable es para el europeo ver abrirse esas grandes bocas pintadas de encarnado tras de unos labios deformados por la acción de la cal! Y menos mal si los dientes estuvieran sólo teñidos de encarnado; pero los cambodgianos elegantes y muchas mujeres á la moda, se sirven de un barniz negro, especial, y nos muestran dientes del más puro ébano.

Nuestra repulsión en caso tal es invencible; los indígenas lo saben, y M. Raul Postel, en un interesante volumen que trata de Cochinchina, afirma que los maridos celosos obligan á sus

mujeres á masticar betel y á barnizarse los dientes para preservarlas de las audacias francesas. ¡Qué revolución se armaría en París si los maridos tratasen de emplear tales medios para asegurar la fidelidad de sus mujeres! Y después de todo, no sabemos lo qué ocurriría. Antes de decidir, habría que verlo. Dientes bien colocados, de un buen negro, tras de unos labios sonrosados, que dejasen paso de cuando en cuando á una lengüecita roja y biza afilada, quizá no fueran desagradables; y si una de nuestras más lindas mujeres elegantes quisiera introducir la moda del barniz... Se pintan los ojos, la cara, y hasta ciertas partes del cuerpo, según se dice. ¿Por qué no pintarse los dientes? Cuestión de costumbre y de latitud. A las mujeres de aquí les inspira un profundo desprecio la blancura de nuestros dientes, y los llaman dientes de perro.

He consignado los nombres de los árboles y de las plantas que me nombraban mientras el *Attalo* subía lentamente el río. Los escribía con mano distraída é insegura, porque no quería perder nada del delicioso espectáculo que se desarrollaba ante mí. Sé muy bien que se menosprecian las riberas del Me-Kong, en la parte que baña la Cochinchina, por ser bajas, unifor-

mes, sin ondulaciones del terreno. Nada más cierto. Pero ya se trate de las bellezas de la naturaleza ó de las de la mujer, yo me acomodo á lo que me dan: un monte, una colina, una montaña seducen mi vista, lo mismo que la seduce una mujer en buenas carnes, de hombros redondos, caderas pronunciadas y pecho saliente. Sin embargo, una hermosa llanura ó una mujer que parece delgada, y aunque lo es en realidad, cuando no es exageradamente, tampoco me desagradan. Hace falta algo de eclecticismo en viaje como en amor... Por eso admiraba, por el momento, las llanuras que se extendían ante mí, los ramilletes de árboles que las cortaban ó las cerraban en el horizonte y las plantas que se bañaban en el Me-Kong y venían á reflejarse en él.

De vez en cuando, cada tres ó cuatro horas, una población á la orilla del río.

En primer lugar, *Mitko*, unido á Saigon por otra vía fluvial y un camino de hierro.

El administrador de este hermoso país, M. Nicolai, sabe ya desde por la mañana, que recibió aviso, que voy á pasar por su pequeño reino; viene en persona á buscarme á bordo para llevarme á almorzar á su residencia. ¡Ay! no puedo aceptar. No había previsto tan buena for-

tuna, y he al almorzado en el *Attalo*. Gracias, no obstante, estimado señor, y crea que recordaré la atención.

Después de Mitho, á las dos ó las tres de la tarde, Vinh-Long, que debe administrar actualmente un hombre sumamente simpático, M. Bocquet, si es que no ha sido ya destituido por el versátil Gobierno de Cochinchina, donde todos se tienen envidia y se despellejan unos á otros.

A las seis, *Sadeo*. Estas estaciones, estas paradas, acortan la jornada y son interesantes. Los annamitas, los malayos, los chinos y los malabares que van á bordo abandonan precipitadamente el buque y dejan sus puestos á otros malabares, á otros chinos y á otros malayos, eternos emigrantes que se encuentran á cada paso desde las Indias hasta el Japon. Se ha dicho, y aun se ha escrito, según creo, que los orientales no viajan. ¡Qué error! Viajan mucho; emigran continuamente á los lugares donde sus industrias ó su comercio pueden prosperar. Solo que es de un país de Oriente á otro país de Oriente á donde se trasladan; Europa y la misma América les inspiran una especie de horror y aversión. El indio, á pesar de su aparente respeto, nos desprecia en secreto. La mujer india

siente hasta aversión hacia el europeo, y prefiere siempre á un hombre de su casta al *gentleman* más apuesto y al más parisiense, al más escogido de los parisienses. Los hombres aficionados á galanteos y que andan siempre en busca de aventuras, de intrigas y de sucesos, deben borrar de su itinerario las provincias del extremo Oriente, desde Aden, Bombay ó Ceylan hasta el Japon... exclusive.

En primer lugar, lo que entre nosotros hemos convenido en llamar bello sexo, es, en el extremo-Oriente, incontestablemente el sexo feo: las mujeres annamitas, malayas, cingalesas ó indias, por más que las haya bonitas, no valen ciertamente lo que sus maridos, desde el punto de vista plástico. Como ocurre en la mayor parte de los animales, el macho es, en estos países, indudablemente superior á la hembra. Solamente en China la mujer puede luchar con el hombre, y hasta vencerle; pero la victoria es fácil: á pesar de nuestra afición á lo chinesco, no otorgaremos jamás un premio de belleza á un chino.

El verdadero aficionado hará, pues, mejor en quedarse en su casa que ir tan lejos á buscar tipos de mujeres hermosas: un día bueno, de tres á seis, en el espacio comprendido entre el boulevard de los Italianos y la alameda de las Aca-

cias, encontrará, seguramente, más lindas cabezas, y sobre todo caras más variadas que en diez años en la Indo-China.

¿Es acaso que el Asia no produce muchachas bonitas? Nada de eso. Pero los reyes, los príncipes, los rajahs y los mandarines se apoderan de ellas, las hacen sus esposas, sus concubinas ó sus esclavas y las ocultan mientras son jóvenes y bonitas. Por exceso de prudencia, nunca las sacan, y cuando ellas salen, por casualidad, se encapuchan y se esconden tras de la cortinilla de un palanquin ó de un coche, más por costumbre que por timidez, y sobre todo temiendo que las tomen por mujeres del pueblo ó de mala vida.

Estas se hallan á disposición del que tenga buena suerte, triste buena suerte sin ilusión posible; porque por aquí, excepto en el Japon, no existen entre esta gente las clasificaciones y categorías que en Occidente, y todas las mujeres venales, sea el que quiera su precio, en piastras, en rupias ó en sapecas, no tienen más que una denominación que difiere según el idioma del país, pero que siempre tiene el mismo sentido.

Verdad es que á veces tratan de realizarse haciéndose pasar por bailarinas, como algunas, entre nosotros, por artistas dramáticas; pero si se

las pide que den una muestra de su habilidad, queda uno desencantado. Y, al menos, ¿son bonitas, como parece natural, dado su oficio? Muy pocas. Diría que ninguna, si no temiese agraviarlas. ¿Corrompidas, sin duda? El clima las induce á serlo: las hace indolentes y fáciles; pero en el ejercicio de su culto amoroso permanecen siempre naturales, por ignorancia ó por falta de afición á lo no natural... Se ha calumniado, pues, al extremo Oriente. ¡Ignora muchos de los vicios europeos!...

¡Ah, perdonen ustedes! Hablo de las mujeres, no de los hombres. Estos lo han acaparado todo, lo mismo la hermosura que la depravación, y el que ha viajado mucho por la China, por ciertas partes de la India, por el Tonkin y entre los annamitas, entre estos últimos sobre todo, no puede menos de reirse al oír hablar de la depravación de los franceses. Europa, ténganlo ustedes por seguro, es una buena persona comparada con Asia.

Ruego que se me dispense esta larga digresión. En algo hay que entretenerse en viaje cuando se navega por un río tan poco accidentado como el Me-Kong. Sus aguas siguen bañando á Cochinchina. Pasamos ante Kau-Tan y Tan-Thao, iluminados por grandes hogueras que

encienden los indígenas para preservarse de los insectos, de las serpientes, del chacal y del tigre. Ya son las tres de la mañana cuando llegamos á Vinh-Hua, la primera aldea cambodgiana. Al salir el sol, Banam se dibuja en la ribera derecha del río. Por último, á las ocho anclamos en el inmenso cauce que forman los cuatro brazos del Me-Kong. Una chalupa de vapor, perteneciente á la Compañía, viene á recoger la correspondencia y los pasajeros, y algunos minutos después me encuentro en tierra, en la capital de Cambodge.

VI

Dos malas noticias.—En casa de Felicidad.—El doctor Ham.—Mi petición al rey.—Dificultad de despertarle.—Manera de hacerlo.—Vaga esperanza.—M. Orsini.—El Ayuntamiento (Hotel de Ville) y el error de dos ingleses.—Paseo en la chalupa del protectorado.—La flota del rey.—El faro sin fanal.—En las calles de Phnom-Penh.—Una boncería.—El paraíso cambodgiano y el nuestro.—La decapitación oriental y el cadalso en Francia.—Buena noticia.

Dos malas noticias me esperan á la llegada: el plenipotenciario M. de Champeaux, hombre muy simpático y que seguía tan parisiense como antes á pesar de su larga permanencia en Indo-China, y cuyos buenos oficios pensaba utilizar, acaba de salir para Saigon en un paque-

encienden los indígenas para preservarse de los insectos, de las serpientes, del chacal y del tigre. Ya son las tres de la mañana cuando llegamos á Vinh-Hua, la primera aldea cambodgiana. Al salir el sol, Banam se dibuja en la ribera derecha del río. Por último, á las ocho anclamos en el inmenso cauce que forman los cuatro brazos del Me-Kong. Una chalupa de vapor, perteneciente á la Compañía, viene á recoger la correspondencia y los pasajeros, y algunos minutos después me encuentro en tierra, en la capital de Cambodge.

VI

Dos malas noticias.—En casa de Felicidad.—El doctor Ham.—Mi petición al rey.—Dificultad de despertarle.—Manera de hacerlo.—Vaga esperanza.—M. Orsini.—El Ayuntamiento (Hotel de Ville) y el error de dos ingleses.—Paseo en la chalupa del protectorado.—La flota del rey.—El faro sin fanal.—En las calles de Phnom-Penh.—Una boncería.—El paraíso cambodgiano y el nuestro.—La decapitación oriental y el cadalso en Francia.—Buena noticia.

Dos malas noticias me esperan á la llegada: el plenipotenciario M. de Champeaux, hombre muy simpático y que seguía tan parisiense como antes á pesar de su larga permanencia en Indo-China, y cuyos buenos oficios pensaba utilizar, acaba de salir para Saigon en un paque-

bot con el que nos hemos cruzado hace una hora (1).

El mismo barco se ha llevado también, en dirección á Cochinchina, á la dueña del único hotel de Phnom-Penh, llamada Felicidad, á quien las malas lenguas del país, quizá los pretendientes desairados, han dado el apodo de Felicidad.

Algunos minutos de reflexión bastan para tranquilizarme. M. de Champeaux, al abandonar á Phnom-Penh debe haber dejado en pos de sí buenas tradiciones de hospitalidad, que sus sucesores no dejarán de seguir.

Respecto á Felicidad, al marcharse, no es probable que haya cerrado su hotel.

Está abierto, y en él me instalo. El piso bajo puede pasar: la sala de un café y dos piezas que sirven de comedores. Pero ¡valiente camino hay que seguir para llegar á las habitaciones! ¡Un portal lleno de gallinas y patos! Se han alojado por todas partes, hasta en la escalera, ó más bien la escala que conduce al primero y único piso. La escalera sustituye á los palos de un ga-

(1) Despues de escritas estas líneas, M. Champeaux ha muerto en Marsella, al desembarcar del buque que le llevaba á Francia.

llinero, y para subirla hay que empezar por echar de allí á las aves á bastonazos. Los cuartos son grandes, pero desaseados: las aves tienen allí sus nidos. Junto al río, y entre todos estos volátiles, los mosquitos deben ser aquí los dueños del campo, y me apresuro á reconocer el mosquitero. ¡Ay! lo primero que veo son dos ó tres enormes agujeros que pueden dar paso á una legion de insectos.

¡Bah! ¿Podía yo tener esperanza de encontrar en Phnom-Penh un hotel de primera clase? ¿No debó darme por satisfecho con semejante posada? Listo, á cepillarme un poco, y al protectorado. Son las nueve, el sol abrasa ya, y dentro de poco estarán cerradas todas las puertas y enclaustrados todos los habitantes.

Mi buena estrella hace que me encuentre con un compatriota, quiero decir, con un criollo como yo, á M. Orsini, secretario general del protectorado. En cuanto le dije mi nombre, me contestó que su casa era la mía; rehusé: que comería siempre con él; acepté: y que para el día siguiente iba á organizar un paseo en elefante, en elefantes reales, que Norodom tenía á disposición del plenipotenciario.

—Los elefantes. Perfectamente. Gracias. Pero ¿y el rey? pregunté.

—¿Cómo el rey?

—Tengo mucho interés en verle.

—Lo creo, pero él no lo tendrá en dar audiencia en este momento.

—¿Por qué?

—Está cansado. Estos días ha jugado mucho al Ba-Quan, una especie de ruleta, sin ruleta, que le llevaré á usted á ver esta noche.

—Con mucho gusto iré. Pero ¿y el rey?

—Dirijase usted al jefe del despacho del plenipotenciario, al doctor Ham. Es muy querido y estimado de Norodom, y acaso obtenga lo que usted desea.

Dos minutos después me presento ante el doctor, un alsaciano que, habiendo venido á Camboche con ánimo de pasar unos días, le habita desde hace diez años; habla la lengua del país como un indígena, y nos ha prestado grandes servicios que tal vez no se le recompensarán jamás.

Le expreso mi deseo, que ha llegado á ser una idea fija.

—¿Cuánto tiempo me da usted? me pregunta el jefe del despacho

—Veinticuatro horas. Me vuelvo á Saigon pasado mañana temprano.

—Es muy poco. Para obtener la audiencia es

preciso que la pida por escrito y que el rey lea mi carta, lo que no siempre es fácil, tratándose de un original que come cuando tiene hambre y duerme cuando tiene sueño, sin cuidarse de las horas de comida ni de descanso.

—¡Muy bien entendido!

—Convengo en ello. Pero mi carta no llegará á manos de S. M. ni hoy ni mañana, si le ha dado el capricho de acostarse.

—¿No se le puede despertar?

—Imposible. El sueño de un rey cambocheo es sagrado. A no ser en caso de un asunto urgentísimo de suma importancia, nadie se arriesgaría á ello.

—Pues bien: mi petición es urgente y de suma importancia... para mí... Sólo que, para el buen éxito de mi pretensión, desearía que Norodom no se despertase de mal humor.

—Respecto á eso, esté usted tranquilo. Cuando se decide despertar al rey, lo cual es cosa rara, no se encarga de ello el primer advenedizo. Tan delicada misión se confía á la favorita del momento.

—¡Ah! ¿Y cómo se las compone?

—Trepa dulcemente hasta el lecho donde el señor está tendido y le pone la mano sobre un pie.

—¿Y eso basta para despertarle?

—Si es muy favorita acaso cuente con otros recursos.

Su talento de despertadora consiste en evitar que el rey monte en cólera al abrir los ojos.

—Pues bien, doctor; dirjase usted á una verdadera favorita, de gran talento, que trasmita al rey la súplica de usted, ó mejor dicho, la mía.

—¡Usted siempre con su idea!

—Ya le he dicho á usted al empezar que es una idea fija. Me han vuelto la cabeza con Norodom y sus quinientas mujeres. No he de volver á Francia sin haberlas visto.

—¿A las quinientas?

—Quinientas me bastarán, si son bonitas; pero tengo en ello mucho empeño, y, sobre todo, al cuerpo de baile.

—¡Ah! ¿También las bailarinas?

—Todas.

—Entonces no es una audiencia lo que usted desea, sino una fiesta.

—Una buena fiesta no me desagradaría.

—Permítame usted que le diga que usted no es uno de esos personajes oficiales á quienes Norodom se considera obligado á hacer los honores de su corte.

—No; pero soy un artista, y me han asegurado que este título me sería de utilidad cerca de

—Norodom, que, en su género, es también un artista muy original como rey absoluto, gran propietario de mujeres, maestro de baile y director de escena.

—Verdaderamente, murmuró el doctor, tal vez tenga usted razón.

Esta declaración aumentó mi audacia, y continué:

—Norodom, según usted me dice, se cree en el deber de dar fiestas á los que hemos convenido en llamar elevados personajes, gobernadores ó subgobernadores. ¡Buen precedente! ¿Le desentreda por eso de las ligaduras en que le hemos envuelto poco á poco? ¿Le permiten que perciba por sí los impuestos? ¿Le es menos oneroso nuestro protectorado? No, ¿verdad? Al contrario. Todo gobernador de la Indo-China que visita Cambodge admira este espléndido país y sueña en convertirlo en anejo de Cochinchina. Nosotros, los artistas, ya es otra cosa. Se nos puede recibir y festejar sin peligro... y con provecho. ¿No fué el periodismo francés quien se indignó el día en que los franceses abusamos de nuestra fuerza para invadir el palacio del rey y obligarle á firmar las famosas convenciones? Esa indignación ocasionó la de la Cámara, y si Norodom reina todavía, á nosotros nos lo debe. Si, como

se dice, viene el próximo año á nuestra gran Exposición (1), ¿quién le presentará á los parisien- ses? Los periodistas, los literatos de Francia. Que nos dé, pues, fiestas, y mejores fiestas que á todos esos gobernadores que pasan y repasan por su reino, más variables y más numerosos que sus mujeres... y con menos atractivos.

Decía yo todo esto con tal calor, que llegué á convencer, no al jefe del despacho del protectorado, sino al doctor Ham, que nada tiene de oficial, y á quien los diez años de Cambodge no han hecho perder nada de su ingenio.

—Voy á hacer que despierte al rey su favorita más linda y más hábil, me dijo, y cuando S. M. se digne recibirme le traduciré en cambodgiano su discurso de usted, que acaso le con- venza.

Ya había yo conseguido un primer triunfo. El asunto estaba en buen camino. No quedaba más que esperar.

Almuerzo en familia en casa de M. Orsini, en

(1) No viene; creyó poder obtener del Gobierno francés que le trasportase á Francia en un buque del Estado y le alojase durante su permanencia en París. El Ministerio no creyó que debía hacer este gasto tratándose de un rey que se halla bajo nuestro protectorado. ¡Ah, si no hubiese sido protegido

el Ayuntamiento, porque mi huésped une á las funciones de secretario general las de alcalde. Este último cargo apenas le da que hacer: los indígenas no comprenden la necesidad de un Registro civil; y en cuanto á nuestros compatriotas, se guardan bien de hacer que se inscriban los matrimonios que contraen en Asia: aquí se casan sin publicidad ni requilorios, y así les basta. Pero no por eso deja de haber en la calle mayor de Phnom-Penh una casa de dos pisos, lo que es raro, con muros que parecen verdaderos muros, sobre los cuales sé lee: *Hotel de Ville* (Ayuntamiento).

Esta inscripción dió origen hace poco á un error divertido: dos ingleses que venían de Siam y de las ruinas de Ang-Kor, llegaron á Phnom-Penh, empezaron á buscar una posada, y leyeron esta palabra: *hotel*, seguida de esta otra: *villa*. «Hotel de la Villa. Perfectamente; ya encontramos lo que buscábamos,» dijeron para sí, y entraron inmediatamente en la casa, con sus maletines á la mano. En el piso bajo, entrando á la derecha, hay una puerta abierta que da acceso á una habitación. Instaláronse allí tranquilamente. Después de haberse lavado, pensaron en almorzar. Debía ser la hora de la comida en mesa redonda, porque en un comedor que da al vesti-

bulo vieron muchas personas sentadas y comiendo, servidas por chinos y cambodgianos, mientras otros agitan el *panka* por encima de sus cabezas. Los ingleses, siempre impasibles, se sentaron el uno al lado del otro, en un extremo de la mesa, é hicieron signos tan expresivos, que los entendieron y se decidieron á servirlos.

Después de almorzar durmieron la siesta, luego salieron á paseo, y después volvieron á comer á la misma mesa, donde esta vez estaban ya puestos sus cubiertos, y, por último, se acostaron en el cuarto en dos camas que ellos mismos habían elegido.

Pero al día siguiente, á la hora de marcharse, cuando quisieron pagar su cuenta, supieron que no debían nada, porque habían comido en el Ayuntamiento, en casa del secretario general del protectorado, con funciones de alcalde, y no en la de Felicidad.

El primer día que pasé en Phnom-Penh lo aproveché bien: paseo en chalupa de vapor, en ese gran álveo, esa magnífica rada de agua dulce, ante la cual está edificado Phnom-Penh, mitad en tierra, mitad sobre agua, con pilares, porque en la estación de las lluvias ese río, inmenso ya, invade la ciudad y todo el país.

Me enseñan, á lo largo del río, piraguas, gran-

des barcos dorados y una especie de aviso en bastante mal estado. Según me dicen, es la flota del rey. Efectivamente, necesitaba una flota para explicar su ministerio de Marina. ¿Habrá sido el ministro, ó más bien un europeo arruinado, plaga de este país, quien ha aconsejado á Norodom que construyese un faro en la proximidad del río? Quien quiera que fuese, ello es que el faro se ha edificado con piedras magníficas. Pero falta á todos sus deberes de faro: no luce ni ha lucido jamás. Consiste sin duda, y esta razón basta, en la imposibilidad de encenderlo: no tiene fanal... y un faro sin fanal... Sin embargo, Norodom había encargado uno grandioso á Francia. Llegó á Phnom-Penh; pero por negligencia... ¡oh, la negligencia asiática!... tardaron en colocarlo en su sitio... y cuando por fin se decidieron á ponerlo, ya no estaba allí. ¿Qué ha sido de él? ¿Lo han robado? Así se dice. Por mi parte, lo dudo: he visto robar muchas cosas, pero el fanal de un faro... Después de todo, en trozos, y tomándose el tiempo necesario...

Cuando el sol, ya muy bajo en el horizonte no puede jugarne malas pasadas, salgo de la chalupa de vapor, y bajo la dirección de mi huésped, M. Orsini, doy un paseo por la ciudad. Una gran calle recta, con casas ocupadas

por comerciantes. Más lejos el protectorado, que tiene buen aspecto, los cuarteles de nuestra infantería de marina, barracones de tablas, la demarcación cedida al obispo y á los misioneros, una iglesia de adobes encarnados, la casa del segundo rey, y luego cabañas y chozas rodeadas de bananos, de palmeras, de árboles frutales y de flores. Por todos lados malayos, chinos, annamitas é indios, más numerosos ya en Cambodge que los cambodgianos. Túnicas, vistosas fajas y algunos turbantes resaltan entre los cenicientos trajes del Tonkin y de Annam. Los sacerdotes de Budha, los bonzos, con su gran túnica amarilla, son los que más animación prestan al cuadro. Recorren las calles, pidiendo, porque no sólo no les está prohibida la mendicidad, sino que es oficial, religiosa: no viven más que de las limosnas. Y por cierto bien se las ganan: cuando terminan sus ejercicios religiosos, cuando han rezado á Budha, ó á Brahma, porque para nosotros, gentes superficiales, las dos religiones se confunden—el budhismo de los cambodgianos se parece al brahmismo de los indios, degenerado ó perfeccionado á su manera—cuando terminan sus ejercicios religiosos, decíamos, los bonzos dan lecciones á los niños de lectura, escritura y astronomía. Reemplazan

aquí á los maestros de primeras letras, y á veces, en su género, á los catedráticos de nuestros Institutos.

Me llevan á una de sus boncerías. Casa pobre, de madera, elevada sobre largos maderos á dos metros del suelo, con un gran tejado en declive. Una estrecha escalera conduce á ella. Dos perrazos flacos hacen la guardia al pie de la escalera. En el interior de la cabaña, esteras en vez de sillas; una especie de arca reemplazando á los armarios, vestiduras colgadas y algunos libros religiosos y de estudio, de largas hojas de tallipot, especie de palmera que sirve para la escritura como el papyrus del antiguo Egipto.

Junto á la boncería, las ruinas de un monumento construído, según dicen, hace diez siglos por una viuda llamada Penh, en descargo de los pecados de su marido, á quien ella esperaba encontrar sin duda en el paraíso, ó mejor dicho, en uno de los innumerables paraísos de Budha. En efecto, se pasa de un paraíso á otro, después de diversas existencias terrestres y transformaciones físicas para entrar, si se ha merecido, en el *Nirvana*, lugar de placeres y goces sin fin, y sin cansancio: mujeres hermosísimas, innumerables, de las que se puede usar y abusar sin decaimiento. Este es siempre el paraíso de Ma-

homet, es decir, el paraíso material, carnal, que promete al hombre los placeres que él conoce y á que está apegado. Por eso ve llegar la muerte indiferente, y á veces gozoso, y la recibe con soberano desdén y valor.

Compárese una ejecución capital en la plaza de la Grande-Roquette con una decapitación en el extremo Oriente. Entre nosotros el miedo y el embrutecimiento, y alguna que otra vez no el valor, sino la fanfarronada. Aquí la sangre fría, la tranquilidad completa, sin la menor afectación. Y, sin embargo, ¡qué muerte!... ¡Lenta, terrible!... Un mal cuchillo, mellado, en vez de guillotina, y frecuentemente aprendices de verdugo que no saben su oficio... ¡Ni un grito, ni una protesta!...

Se ven dos, tres ó cinco, tendidos en tierra, alineados sobre un estrado, esperando á que el sable suba y baje. Nada de aparato; nada de preparativos. El verdugo se lleva un dedo á la boca, le humedece con saliva que enrojece el betel, y luego, con ese dedo mojado, traza una línea sobre el cuello del paciente: allí es donde debe herir el sable ó el cuchillo, para que la degollación sea completa. Si se pega fuera del punto marcado, hay que volver á empezar, y la víctima, siempre arrodillada, nada dice, no protesta, no puen-

sa en pedir gracia. ¿Por qué tanto valor aquí y debilidad tanta entre nosotros? ¿Por qué sus asesinos saben expiar y morir? ¿Por qué los nuestros no saben más que matar? ¿Acaso son más valerosos los hombres en Oriente que en Occidente? No.

Pero la religión musulmana, la religión india, la mayor parte de las religiones asiáticas y africanas, prometen, para después de la muerte, recompensas materiales conocidas.

La muerte se convierte así en continuación de la vida: no hay más que pasar un mal rato, un suplicio de algunos instantes y viene luego una nueva vida en la que cada cual vivirá según sus gustos como le acomode. Por el contrario, el paraíso de los cristianos es inmaterial; nadie sabe con precisión lo que allí pasa; ningún sacerdote se atreve á definirlo. ¿Dónde está situado? ¿Qué se hace allí? ¿Cuáles son las delicias prometidas? Esta vaguedad, esta ignorancia, nos hacen menos indiferentes respecto á la muerte. Nosotros conocemos la tierra; pero no conocemos el cielo. Lo que hay de encantador en todos estos paraísos asiáticos es que cada fiel, cada creyente puede forjarse uno á su capricho, según sus gustos.

No se crea que Buda y los demás no prome-

ten más que mujeres. El que no es aficionado á ellas no está en modo alguno obligado á tenerlas: no se les dan más que á los que las piden. Puede escogerse otra cosa, y aun no escoger nada absolutamente, vivir en absoluto reposo. Para éste, el *Nirvana*, que los cambodgianos designan más frecuentemente con el nombre de *Níp-peau*, ó sea el paraíso, es un palacio de oro y de cristal: para estotro, un salón de concierto, donde constantemente se oye música: por último, para otros el aniquilamiento, la nada; no más dolores físicos, no más dolores morales. Cada cual fabrica de antemano su correspondiente paraíso, se prepara para vivir bien en él, y esto le decide á bien morir.

Vuelvo para almorzar con mi huésped, al Ayuntamiento, donde me espera una buena noticia.

VII

Tendré mi fiesta.—No toquéis... al rey.—El operado contra su voluntad.—Una casa de juego.—El *Ba. Quan*.—La *mona* de un monarca polígamo y la de un clubista parisiense.—Las *Treinta-y-seis-Bestias*.

La buena noticia es la siguiente: el rey Norodom me recibirá mañana á las nueve de la noche y me obsequiará con la tan deseada fiesta, no bajo el inmenso cobertizo situado en el primer patio del palacio, destinado á las grandes recepciones oficiales y á los regocijos públicos, sino en una sala menos vasta, dependencia de su morada particular, y donde de ordinario su cuerpo de baile danza únicamente para divertirse á él solo.

Según el deseo mío, que tan galantemente le ha expresado el doctor Ham, y que él ha com-

prendido muy bien, se me tratará como artista y asistiré, más bien que á una representación, á un ensayo general. No todas las bailarinas vestirán sus correspondientes trajes; pero veré los de más importancia, y podré así darme cuenta de los demás.

—No esperaba semejante éxito, sin precedentes, dijo, para concluir, el doctor Ham. No he encontrado ninguna dificultad grave más que en lo tocante á despertar al rey. No se había dormido hasta la madrugada, después de haber pasado la noche jugando y de haber perdido cinco mil piastras. Se temía que el despertar sería malo, y en palacio nadie osaba penetrar en su cuarto.

—¿Y se arriesgó la favorita?

—Sí... después de muchas vacilaciones. ¡Oh, á no ser por ella, todavía estaría Norodom durmiendo!

A mí no me asombraba ya que el sueño del rey inspirase tal respeto. En el salón de M. Orsini, antes de comer, había encontrado el libro de Moura, y recordaba haber leído las siguientes líneas:

«En Cambodge es donde puede decirse que la persona del rey es sagrada é inviolable. Ningún indígena, de cualquier clase social, se atrevería

á poner la mano en él, fuera para lo que fuese, sin orden ó autorización suya.

»Este exagerado respeto hacia la persona del soberano, tiene sus inconvenientes; hé aquí un caso: en Julio de 1874, el rey volvía en coche á su morada, cuando, al llegar á la puerta, los caballos se espantaron y giraron rápidamente, escapados, en el primer patio del palacio. Los caballos, el coche y los que iban dentro, arrastrados por la fuerza centrífuga, cayeron por tierra, y S. M. quedó tendido en el suelo sin conocimiento, y con graves contusiones. Encontrábase allí varios mandarines, con sus secretarios y servidores, pero nadie se atrevió á acercarse á recoger á Norodom. Un europeo fué quien, avisado al efecto, condujo al herido á sus habitaciones.

»¡Considérese lo que ocurrirá cuando se trata de tocar á la cabeza del rey! Cortarle el pelo es un asunto de Estado: los sacerdotes ponen al peluquero en los dedos gruesas sortijas antiguas, con grandes piedras que encierran genios favorables. Durante la operación, la música de los brahmas produce un estrépito infernal, á fin de alejar á los espíritus malos.

»Para dar una idea de la sumisión de los cambodgianos á la voluntad real, citaremos un

ejemplo muy característico y del cual hemos sido testigos. Un día, al oír Norodom al médico de marina de la comandancia de Phnom-Penh hablar de operaciones quirúrgicas seguidas de rápidas curaciones, manifestó deseo de presenciar una operación de este género. Como se tratase de encontrar á quién operar, el rey se acordó de que el mandarín encargado de las construcciones de madera, el *luc etti rut*, tenía en una mano dos pulgares superpuestos casi del mismo tamaño. Mandó que le trajesen en seguida; para decirle que era absolutamente preciso que consintiese en dejarse cortar uno de los dos dedos. ¡Ni un rayo que hubiera caído á sus pies hubiera causado á aquel pobre hombre tan profundo terror como la brusca proposición del rey! Alegó que aquella deformidad no le impedía, ni poco ni mucho, para servir á S. M. Pero Norodom le interrumpió diciéndole: «Poco importa. Deseo que se haga ante mí una operación, y á tí te la han de hacer.» El mandarín se resignó en el acto, y al día siguiente le cortaban el dedo. Pocos días después, le vimos curado y contento.»

Después de comer, cerca de las nueve, me proponen que vayamos á la principal casa de juego de Phnom-Penh, el Monte-Carlo del país. Acepto con mucho gusto.

En la calle mayor, cerca de mi hotel y en la misma acera, una casa de dos pisos... por excepción.

Paso por delante de un pequeño mostrador, una oficina donde hay que darse á conocer, y entro en una sala bastante espaciosa, mal alumbrada, triste.

En un extremo, una mesa cuadrada muy baja, una especie de camilla cubierta con esteras, ante la cual están agrupados los jugadores. Algunos de estos están sentados en la mesa. ¡Oh! ¡En el extremo Oriente no se estorba en ninguna parte! La compostura, la corrección, dejan mucho que desear. A lo mejor se tumban, ó bajo pretexto de que hace calor, se desnudan, sin que á nadie le parezca mal.

En la sala donde acabo de entrar no es tan completo el desorden, gracias á la presencia de algunos europeos: negociantes, agregados al protectorado, empleados de Aduanas, de Correos, y otros.

¡Pobres gentes! ¡Ir tan lejos, exponerse al mareo y á los ciclones, á las insolaciones, á las fiebres y á la disentería para enriquecer á los chinos, entregándoles la mayor parte de sus asignaciones tan penosamente ganadas! Porque los chinos son, por supuesto, los que tienen el ar-

riendo de los juegos en Cambodge y los que han establecido en Phnom-Penh el *Ba-Quan*, un juego como el bacarrat, la ruleta y el treinta y cuarenta, en los que todos pierden, todos se arruinan, á excepción de los banqueros.

Al menos, ¿es limpio el juego del *Ba-Quan*? ¿Se presta al robo? No me atrevo á asegurarlo; pero á primera vista, por la primera impresión, prefiero las cartas y el cilindro de la ruleta á esas *sapecas* (1) esparcidas por la mesa, ocultas luego bajo un tazón, y contadas con varitas.

Sobre todo, desconfío de los chinos, que son los banqueros. Instintivamente, no puedo creer en la honradez de los ciudadanos del Celeste Imperio. Hago mal, evidentemente; son rudos trabajadores, y el trabajo es casi siempre sinónimo de honradez. ¿Para qué quiere trabajar el que se dedica á robar?

Después de ver el piso bajo, mis amabilísimas guías me conducen al piso principal, y me encuentro en otra sala de juego, desierta en este momento, pero mucho mejor amueblada que la de abajo, hasta con cierto lujo, con grandes mesas barnizadas, camas, sillas, un conjunto

(1) *Sapeca*, moneda de escaso valor. (N. del T.)

muy chinesco. Es la sala reservada á Norodom cuando le da gana de jugar al *Ba-Quan*. En este caso, manda avisar á los arrendadores del juego, y le preparan una partida bastante cara, en la que las pérdidas de cinco á diez mil piastras son frecuentes. El rey es buen jugador, y se rie aunque pierda; pero, según dicen, cuando regresa á su palacio no está tan contento. Sus mujeres tienen que andar sobre un pie. ¿No ocurre lo mismo entre nosotros? El jugador que viene de coger una *mona* en su círculo suele no tratar bien á su mujer. Los desahogos de Norodom tienen una ventaja: la de recaer sobre quinientas mujeres. No tiene que soportar cada una más que una quinquagésima parte de su mal humor. El cálculo prueba claramente que la poligamia tiene algunas cosas buenas.

Al salir de la casa donde se juega al *Ba-Quan*, rogué que me llevasen al establecimiento destinado al juego de las *Treinta-y-seis-Bestias*. Imaginábame yo una especie de ruleta, en la que los treinta y seis números estarían reemplazados por animales; pero pronto me convencí de que estaba en un error. Las *Treinta-y-seis-Bestias*, que tanto habían de dar que hablar á nuestros diputados á mi regreso á Francia, es una lotería, una especie de apuesta, más bien que un

juego. Se toman billetes en los cuales están representados los treinta y seis animales más conocidos en Cambodge, y en días determinados se verifica el sorteo. Si sale, por ejemplo, el elefante, el que tiene el elefante gana una suma en relación con su postura y la de los demás jugadores.

Ya es tiempo de que vaya á acostarme, y mis nuevos amigos son tan amables, que me acompañan á mi posada, con la que yo no hubiera dado seguramente. La encuentro herméticamente cerrada, y á no ser por un peluquero europeo, cuya casa es medianera con este hotel adormecido, y que tuvo á bien dejarme pasar por su trastienda, me hubiera quedado en la calle. Esto es lo que nunca me permitirá comprender el por qué los europeos de Phnom-Penh han puesto á la dueña de esta posada, á la hermosa Felicidad, el apodo de Facilidad... ¡Hay tanta dificultad para entrar en su casa!

VIII

Los mosquitos y su afición á mí.—Uno de nuestros puestos en Cambodge.—Caza dramática del elefante.—Los misioneros láicos.—El patio de Felicidad.

Y cuando se entra, ¡qué trabajos para llegar á las habitaciones entre la oscuridad, y para subir la escalera que durante la noche sirve de dormitorio á las gallinas!

Gracias á una lámpara de petróleo que hay en mi cuarto, colocada sobre una mesa, consigo orientarme. El petróleo está muy en boga en nuestras posesiones del extremo Oriente. Algunas personas sostienen que su olor ahuyenta los mosquitos. Yo creo, sin embargo, que están en un error, y en Cambodge, al menos, esos insectos se habitúan al petróleo y hasta llega á agradarles.

juego. Se toman billetes en los cuales están representados los treinta y seis animales más conocidos en Cambodge, y en días determinados se verifica el sorteo. Si sale, por ejemplo, el elefante, el que tiene el elefante gana una suma en relación con su postura y la de los demás jugadores.

Ya es tiempo de que vaya á acostarme, y mis nuevos amigos son tan amables, que me acompañan á mi posada, con la que yo no hubiera dado seguramente. La encuentro herméticamente cerrada, y á no ser por un peluquero europeo, cuya casa es medianera con este hotel adormecido, y que tuvo á bien dejarme pasar por su trastienda, me hubiera quedado en la calle. Esto es lo que nunca me permitirá comprender el por qué los europeos de Phnom-Penh han puesto á la dueña de esta posada, á la hermosa Felicidad, el apodo de Facilidad... ¡Hay tanta dificultad para entrar en su casa!

VIII

Los mosquitos y su afición á mí.—Uno de nuestros puestos en Cambodge.—Caza dramática del elefante.—Los misioneros láicos.—El patio de Felicidad.

Y cuando se entra, ¡qué trabajos para llegar á las habitaciones entre la oscuridad, y para subir la escalera que durante la noche sirve de dormitorio á las gallinas!

Gracias á una lámpara de petróleo que hay en mi cuarto, colocada sobre una mesa, consigo orientarme. El petróleo está muy en boga en nuestras posesiones del extremo Oriente. Algunas personas sostienen que su olor ahuyenta los mosquitos. Yo creo, sin embargo, que están en un error, y en Cambodge, al menos, esos insectos se habitúan al petróleo y hasta llega á agradarles.

De todos modos, parece que se encuentran bien en mi cuarto. Revolotean, zumban y me pican en cuanto entro. Para que medie un obstáculo entre ellos y yo, me desnudo apresuradamente y me meto bajo el mosquitero; pero ellos me ven, huelen mi carne fresca de europeo, y se dicen entre ellos que el clima no me ha puesto aún enflaquecido, anémico; que mi sangre corre todavía viva, ardiente, y que la saborearán con gusto y muy pronto. Con prudencia al principio uno á uno, y luego por compañías, por escuadrones, por legiones, penetran bajo mi mosquitero, gracias á los muchos agujeros que ya observé por la mañana. Yo me vuelvo, me revuelvo, agito los brazos y las piernas y grito para asustarlos, como si me entendiesen. Nada consigo. No tienen miedo á nada los muy bribones. Vencido, extenuado por el cansancio, me extiende, quedo inmóvil y cierro los ojos. Quizá acabe por venir el sueño. Pero no viene. ¿Cómo ha de venir con este calor, con este zumbido constante y estando acometido por las hostilidades de tantos enemigos? ¡Ah, yo los ahuyentaré! No daré á los mosquitos cambodgianos el placer de beber por más tiempo la sangre de un parisiense. Salto de la cama, me visto, enciendo un cigarro, y renunciando á dormir, me siento ante

la mesa y me pongo á ordenar mis papeles... ¡Calle! una tarjeta de visita: «Hayn de Verneville, jefe de escuadrón de artillería de Marina, encargado principal de negocios indígenas en Cochinchina.» Tuve, últimamente, en Saigón el placer de conocerle, y nos hemos dirigido algunas cartas.

Ahora me acuerdo de que M. de Verneville es célebre en Annam, Cambodge y Cochinchina por sus cacerías de elefantes... y el elefante me interesa, puesto que he sido invitado á pasearme, por la mañana, en un elefante real. Si hubiese previsto el caso, ya hubiera hecho que me hablase de esto el gran cazador que me hubiera instruído acerca de los hábitos y costumbres de mi montura. Pero ahora recuerdo que me ha dado, autorizándome para publicarla, una carta que acababa de escribir á uno de sus amigos, á M. Mercier, administrador auxiliar en Cambodge, y, como él, cazador de elefantes en los días de despedida ó de vacaciones, como entre nosotros hay pescadores de caña en los domingos.

Copio esta carta, tal como fué escrita, sin cambiar nada de su estilo, en toda su sencillez.

Acaso algunas personas censurarán las faltas que en ella encuentren. Tanto peor para ellas. Otras más inteligentes, y para ellas publico la

carta, se complacerán leyendo ese relato sin pretensiones, sencillo, escrito en país agreste, lejos, muy lejos de nosotros, á la vuelta de una carcería terrible.

«El mes pasado los elefantes venían todas las noches á pernoctar cerca de nosotros; y esta noche se han acercado tanto, que les oímos chapuzar en el agua, bajo los árboles que limitan la abertura que he hecho practicar frente al puesto. Empiezo á temer por la seguridad de éste, tanto más, cuanto que está construído en el emplazamiento mismo de la aldea de Tan-Linh, abandonada á consecuencia de las visitas sobrado frecuentes de los tigres y de los elefantes. Motivos tengo para temer que á estos últimos les dé el capricho de visitarnos en número considerable la noche próxima, y decido salir á su encuentro el mismo día, con una escolta compuesta de mi cocinero, del miliciano Lâm y del alcalde de Tan-Linh; total, cinco ó seis personas.

»Nos trasladamos en seguida á Dong-Mé, un villorrio cham (1) situado en el camino de Bac,

(1) Los chams son los antiguos habitantes del Sur de la Indo-China. Después de largas guerras con los annamitas, que

del otro lado del valle. Deseo que me faciliten datos acerca del camino seguido por los elefantes, porque principalmente por este lado es por donde han producido más estruendo la noche pasada.

»Los chams de Dong-Mé deben ser gentes honradas, porque duermen el sueño de los justos; no han oído nada. Los dejo después de almorzar; pero en vez de seguir el sendero que atraviesa el monte que usted conoce, mi querido Verneville, tomo el camino de los carros de bueyes y llego hasta el valle, en gran parte inundado y cubierto de altas hierbas. Sólo descubro huellas abundantes de los enormes animales.

»Fatigado por esta caminata, me vuelvo con mi escasa tropa (aumentada con un cham, rico propietario de Dong-Mé que nos rogó que le permitiéramos acompañarnos) á la ladera del monte, donde hacemos alto bajo los árboles. Una hora después, volvemos á emprender la marcha... Apenas empezamos á andar, distinguimos en el valle, á cien pasos de nosotros, dos mons-

los vencieron, se retiraron á Cambodge, donde se les respetaron sus costumbres y sus prácticas religiosas.

treros elefantes que pacen tranquilamente, sin sospechar nuestra presencia.

»Como estábamos rodeados de grandes árboles entrelazados y gruesas enredaderas, donde podíamos refugiarnos en caso de peligro, mando que toda mi gente se suba á un montículo de termitas, que nos permite dominar las altas hierbas, y doy la señal de fuego, mientras apunto al elefante más corpulento. Mi puntería fué certera; el elefante cae como una mosca, y su compañero se aleja lanzando alaridos. Saludamos su retirada con dos ó tres disparos bien dirigidos, que le alcanzan indudablemente. Camina penosamente y le vemos caer repetidas veces, y luego levantarse y esconderse entre las altas hierbas, que pronto le ocultan á nuestra vista.

»Nos dirigimos entonces hacia el elefante que se desplomó á nuestros primeros tiros. No hace movimiento alguno. Por prudencia le enviamos otras dos balas á la cabeza. No se menea; está bien muerto. Muy gozosos, nos abalanzamos á él y le examinamos. Es un admirable elefante adulto, que tiene magníficas defensas de un metro veinte centímetros de longitud y treinta y tres centímetros de circunferencia por la base, según averigüé más tarde, midiéndolas.

»Antes de los dos últimos tiros, disparados para mayor garantía cuando ya estaba muerto, sólo había recibido dos balas, pero ambas le habían herido mortalmente. La primera, mía, le había herido por debajo de los ojos, en el nacimiento de la trompa, atravesándosela, así como la mandíbula inferior, por debajo de la cual había salido. La segunda, del miliciano Lám, puesto que es bala de fusil Gras, había penetrado por el oído en el cerebro, donde habíamos de encontrarle después. Son los dos puntos que usted me había ya desigrado como los más sensibles. De aquí, indudablemente, la muerte y el desplome instantáneo del monstruoso animal.

»El miliciano Lám dice que debemos perseguir sin tardanza al segundo elefante, y mi escolta toda no desea otra cosa. Pero es tarde, estamos ya cansados, y me parece imprudente seguir por esa inmensa llanura, recorriendo grandes distancias sin encontrar siquiera un árbol para refugiarse en caso de peligro. Creo, pues, deber ordenar la retirada. Muy satisfechos de nuestro triunfo, nos volvemos á nuestro puesto, dejando sobre el terreno á nuestra víctima, por no contar hoy con medios de trasportarla, y que pensamos venir á recoger mañana por la mañana.

»Durante la noche, estrépito infernal á nues-

tro alrededor. Son los elefantes todos de las montañas próximas. Bajan á la llanura para visitar al muerto y socorrer al herido. A pesar de nuestro cansancio, nos es imposible pegar los ojos.

»Al día siguiente, al amanecer, salgo con la misma escolta que la víspera, pero seguido de nuestros carros y de toda la población de Tan-Linh, hombres, mujeres y niños: quieren ver al animal, y llevan consigo cuantos carros y cestos poseen para llevarse la carne.

»Al llegar, nos encontramos también con los habitantes de Dong-Mé, que llegan de la dirección opuesta.

»Mientras la gente se dedica á quitar la piel al animal, busco con mis tiradores la pista del otro elefante, y la sigo hasta un macizo de bambús próximo á Dong-Mé. Debe estar peligrosamente herido: en tan corto trayecto cayó en cuatro sitios distintos. Desgraciadamente, en el cuarto sitio, donde pasó la noche junto á un montículo de termitas, se han juntado á él otros elefantes para socorrerle, y sus huellas son tan numerosas, que tomamos una pista falsa.

»Después de dos horas de una marcha inútil, volvimos á nuestro punto de partida y almorzamos alegremente á la sombra de copudos árboles en compañía de las gentes de las dos aldeas

próximas. Se dan un festín: les he regalado toda la carne del elefante muerto la víspera, reservándome sólo la cabeza y los piés. Cabeza y piés tienen tal peso, que pasamos los mayores trabajos para cargarlos en nuestros carros y llevárnoslos triunfalmente á nuestro puesto, adonde no llegamos hasta el anochecer.

»El día siguiente lo empleamos en arrancar los colmillos, en limpiar y preparar los piés y en despellejar la cabeza, lo que no es floja tarea, como sabe usted muy bien.

»Por la tarde recibo la visita de un cham de Dong-Mé. Viene á participarme que se ha dado con la verdadera pista del elefante herido ayer. Le han visto entre un espeso arbolado próximo á unos arrozales.

»Como al día siguiente es domingo, reuno toda mi gente y decidimos, de común acuerdo, salir al amanecer.

»Durante la noche, los elefantes continúan dando muestras de su furia en las cercanías.

»Al despuntar el alba nos ponemos en camino. Para no llegar cansados vamos en carros, por lo que, y por ser muy dificultoso el tránsito por el valle en la presente estación, no llegamos á Dong-Mé hasta las nueve de la mañana. Después de almorzar comienza la cacería. Durante

muchas horas andamos desesperadamente entre un insondable laberinto de plantas acuáticas, enredaderas y hierbas inmensas, y sobre un suelo inundado, donde nos hundimos á cada paso, á veces hasta la cintura. Muy penoso es esto, pero encontramos continuamente huellas del paso reciente de numerosos paquidermos.

»Salimos, por fin, de estas espesuras, para entrar en un llano menos húmedo y menos poblado de hierba, donde al cabo podemos hacer pie. Llegamos luego, cerca del Song-Cat, á un plantío de árboles y bambús, y á poco de llegar oímos al que desde hace tanto tiempo buscamos.

»Por fin le levantamos y le vemos alejarse, á unos veinte metros de nosotros, á través de los árboles y los bambús. Como el lugar ofrece muchos asilos para casos de apuro, doy la señal de fuego y durante media hora hostilizamos á tiros al animal. Cae dos veces, vuelve á levantarse, continúa su marcha, y, por último, se decide á tomar el camino de la llanura. Seguimos persiguiéndole y le enviamos una nueva descarga. Detiéndose entonces bajo un árbol, á unos cincuenta metros de nosotros, y nos mira.

»Es un elefante monstruoso, de enormes colmillos, y es el que herimos el otro día, porque re-

paramos que era casi blanco... lo cual es raro.

»Atacado de nuevo, se aleja más apresuradamente y se dirige á la parte arbolada y espesa de la ribera. Seguimos sus ensangrentados pasos durante más de una hora, y ya creíamos que íbamos á alcanzarle, cuando se lanzó al río y le atravesó á nado.

»¿Qué hacer? El río tiene cerca de treinta metros de anchura y de quince á veinte de profundidad, y las lluvias le han convertido en torrente. Nos es imposible atravesarlo á nado como el fugitivo, sobre todo á mí, que no sé nadar. Afortunadamente, uno de los chams que nos sirven de guías nos ofrece ir á buscar barcas á Bacninh, del otro lado.

»Vuelve dos horas después. Pasamos al fin el río, y seguimos la huella sangrienta. Sigue todavía por las hierbas y las gigantescas plantas acuáticas que bordean todas las corrientes de agua de esta región, y luego atraviesa un admirable ramillete de elevadísimos árboles. Al salir de este bosque, el animal ha ido á arrojarle á un lago negruzco, tanto más sombrío cuanto que el sol empieza á ocultarse, y la tempestad que se aproxima oscurece el cielo.

»Creo, pues, prudente dar la señal de retirada y volvernos á nuestras piraguas con una lluvia

torrencial. Nuestro pequeño ejército llega á la aldea de donde salió esta mañana. Todos están mojados hasta la médula de los huesos, transidos de frío, rendidos y muertos de hambre. Pero los buenos habitantes del país, que me conocen por haber ido á trabajar al puerto, y que están avisados de nuestra próxima llegada, nos tienen puesta lumbre y nos preparan sus gallinas más gordas, ó mejor dicho, las menos flacas, y nos ceden también los mejores sitios de sus pobres cabañas. Mis compañeros logran dormirse. Por lo que á mí toca, después de haber combatido todo el día con el elefante, tengo que pelear toda la noche contra los mosquitos.

»Llegamos á la trágica jornada del 29 de Agosto.

»Mal presagio; me despierto con un enorme forúnculo sobrevenido á consecuencia de las marchas por lagares húmedos de los días precedentes. Observo luego que no me quedan cartuchos de bala. Gasté ayer los diez últimos. Me decido á volver á mi casa. Pero todos opinan que el elefante ha debido morir, durante la noche, en algún lugar ignorado del bosque, por lo que envió en su busca al miliciano Lám con algunos de nuestros hombres. Salen muy animosos á las diez de la mañana, mientras yo me dirijo á mi

puesto, al que llego sin novedad al anocheecer. ¡Ay! Antes que yo ha llegado una triste nueva: el miliciano Lám ha sido muerto.

»Pasado el primer momento de emoción pido que me den detalles, y hé aquí lo que dicen:

»Al separarse de mí, á las diez, volvieron á encontrar la pista de ayer, que siguieron durante algún tiempo y que les condujo á un montículo de termitas, al pie del cual dormía el elefante por tanto tiempo perseguido y que creíamos ya muerto. Enloquecidos por nuestro triunfo anterior, no vacilan en subir al montículo, ante el que yacía su enemigo, le apuntan á la cabeza y le alojan tres balas á boca de jarro. Pero el animal se levanta aún y emprende la fuga á través de las elevadas hierbas, entre las que cae al poco rato. Persíguenle todos y Lám le dirige un último tiro.

»Apenas acaba de disparar, el elefante, en vez de huir, como siempre había hecho hasta entonces, se vuelve bruscamente, se precipita sobre Lám, le coge con la trompa por mitad del cuerpo, le arrebató, y cargado así, sigue lentamente su marcha por las crecidas hierbas.

»Lám, cuya situación es desesperada, pide auxilio. Sus compañeros hacen una nueva descarga que sólo sirve para aumentar la ira del

elefante. Se detiene, se apoya en un árbol, y luego, lanzando á su enemigo al aire como una pelota, le deja caer ante sí y comienza á patearle furiosamente. Al mismo tiempo levanta la cabeza por encima de las hierbas para buscar á sus demás enemigos. Estos entonces, viendo que su compañero es hombre perdido, se refugian apresuradamente en los árboles próximos. Desde allí ven cómo el terrible animal, loco de ira, patea á Lám durante largo rato todavía, le clava luego los colmillos y gira á su alrededor. No se aleja hasta después de haberse asegurado bien de su muerte.

»Al volver de su espanto, los cazadores bajan de los árboles y tratan de recoger el cuerpo de su compañero. Recogen su carabina, su cartuchera, de la que pende todavía la mitad del cinturón partido en la lucha, y se disponen á llevarse en hombros el cadáver sangriento y mutilado, cuando uno de ellos, que estaba en observación desde un árbol, les grita que el elefante vuelve sobre sus pasos y se aproxima á ellos. Pierden el valor y la serenidad, y huyen hacia el río.

»Durante esta huida por un estrecho sendero que costea un estanque, dos rinocerontes enormes les cierran el paso. Completamente aturdi-

dos, todavía tienen ánimos para abalanzarse á unos árboles, y desde ellos hacen algunos disparos que ponen en fuga á sus nuevos enemigos.

»Mis pobres cazadores se hallaban en tal estado de estupor y de emoción cuando al volver al puesto me refirieron estos detalles, que no vacilé en creerlos, y con más motivo ahora que ya he recorrido estos parajes.

»Pronto los verá usted, usted que nada teme, y podremos dedicarnos á hermosas cacerías, gracias á su arsenal, que debe usted traer completo y bien provisto de municiones.

»Conociendo el respeto que inspiran los muertos á las gentes del país, decido ir á buscar al día siguiente el cuerpo de Lám, sin ocultar, sin embargo, á mi pequeño ejército los peligros de esta nueva expedición. En efecto, parece que todos los elefantes del país han jurado vengar á sus hermanos, el muerto y el herido; durante la noche, bajan al valle, y tanto se acercan á nuestros caseríos, que temiendo que los invadan, mando cargar las armas.

»No se confirman estos temores. Se limitan á patear en el agua, en derredor de nuestras empalizadas y á dar con sus trompas esos famosos golpes que tantas veces habrán resonado en sus oídos de usted.

»Por la mañana salimos en gran número, dejando el puesto custodiado tan sólo por dos ó tres hombres.

»Las riberas del Langa, que pronto atravesaremos, están literalmente deshechas por el paso de nuestros enemigos. Han destrozado todas las plantas, y en algunos sitios anchos espacios de más de ocho metros indican que caminaban de frente, unos al lado de otros. Desde ayer han debido pasar por aquí centenares de elefantes.

»Cuanto más nos aproximamos al lugar donde quedó el cuerpo de nuestro compañero, más aumentan las huellas. Las sendas y los caminos están variados; nadie puede reconocerlos. A cada paso temo que nos ataquen. Pero no es así, y al cabo de dos horas de marcha yo mismo descubro el cadáver del pobre Lám. El terreno está furiosamente pisoteado á nuestro alrededor, y cinco ó seis grandes vías nuevas, trazadas por los elefantes, terminan en aquel punto.

»Apresuradamente dispongo que coloquen entre las mantas y esteras que llevamos el cuerpo de nuestro amigo, y le conducimos piadosamente al puesto.

»En cuanto al elefante herido, no he vuelto á tener noticias de él, á no ser que sea el que es-

taba hace un momento junto á nuestra empalizada, porque le escribo á usted durante la noche. Mi larga epístola ha sido interrumpida por dos alarmas: el golpe de la trompa de un elefante y el alarido de caza de un tigre, á algunos metros del puesto. La presencia del tigre en estos parajes no me extraña. Gracias á la caza que obtuvimos el primer día, aquí todo el mundo está curando al humo carne de elefante en vez del pescado seco que nos habían prometido y que no llega. Hay que añadir que el cadáver del miliciano Lám, recientemente enterrado cerca del campamento, atrae á todas las fieras de las cercanías.

»Ya ve usted, querido amigo, que nos está usted haciendo mucha falta; así es que la noticia de su próxima llegada me regocija muchísimo. Si el director del Interior, que tan aficionado es á la caza y es tan inteligente en la materia, le acompaña á usted á Cambodge, ¿no podría unirse á usted para visitar este puesto debido á su iniciativa? Me complacería mucho poderle demostrar que no he perdido el tiempo desde que salí de Saigón.

»Nuestra instalación está casi terminada, y, cuando usted venga podrá alojarse en la caseta principal. Sin embargo, debo confesar que está

completamente desamueblada. Por todo mobiliario tiene la camita de hierro donde duermo desde hace cuatro meses. Quizá sea ésta la mejor ocasión de amueblarla, para que pueda usted encontrar en ella, después de las jornadas de marcha y de cansancio, á que sin duda va usted á estar condenado, el reposo necesario.

»Resulta también de lo que acabo de escribirle, que estamos insuficientemente armados contra los peligrosos huéspedes de estos parajes. Como usted sabe, al crearse las inspecciones forestales de Cochinchina, fué preciso dotarlas de armas de grueso calibre (carabinas para tigres y elefantes). Más necesario aún que en aquellos lugares es aquí estar provisto de ellas, pues nuestras dos últimas jornadas de caza han demostrado la insuficiencia de la tercerola Gras, y hasta la de mi fusil (calibre 12) contra los enormes animales que nos rodean, y que son mucho más numerosos de lo que lo eran antes en Baria y en Bienhoa.»

Al transcribir esta carta, he estado á punto de extractarla ó darla por terminada desde la muerte del miliciano Lám; pero he reflexionado que todos estos detalles merecen ser conocidos por las personas que se interesan por nuestras leja-

nas posesiones del extremo Oriente. Así se darán cuenta exacta de lo que por aquí se llama un puesto, es decir, un caserío, apenas una aldea, compuesta de algunas chozas, y cuyos escasos habitantes—un francés y algunos soldados indígenas—se hallan expuestos á todos los peligros y á todas las privaciones. Y no son poco dichosos cuando sólo tienen que luchar contra el calor, la humedad, la fiebre, los devoradores mosquitos, los elefantes y las fieras. Basta que nuestros gobernantes cometan cualquier falta, un tributo demasiado oneroso ó una debilidad, para que todos esos pueblecillos imperfectamente sometidos, y que en el fondo nos detestan, se subleven y los asesinen.

A pesar de esto, hombres jóvenes, llenos de salud, inteligentes, están dispuestos siempre á ocupar esos puestos ignorados, tan lejos del mundo civilizado. Son como misioneros láicos, sostenidos por la idea de que lejos, muy lejos, enseñan á amar y á respetar á Francia, como los otros, los verdaderos misioneros, enseñan á conocer y á amar la religión cristiana. Los olvidamos con frecuencia. Sí, sucede que nuestra administración ni siquiera se acuerda de enviarles unos miserables muebles, armas, municiones, lo poco que piden. Ellos no nos olvidan; piensan

siempre en la patria, tan lejana, que acaso no volverán á ver jamás. El autor de esa carta, M. Mercier, no ha vuelto á Francia. Al corregir las pruebas de este libro llega á mi noticia que ha muerto en Tan-Linh, en la frontera de Annam. ¡Honremos su memoria!

.....

.....

Decididamente, vencido por el cansancio, iba al cabo, á pesar de los mosquitos, á dormirme en mi sillón, cuando de pronto llega hasta mí un gran clamoreo procedente del patio situado bajo mis ventanas. Es el gallinero de Felicidad, que despierta á las primeras claridades del alba. Cuestión de costumbre, porque yo apenas distingo, hacia el Este, por encima del río y de la llanura, una raya blanca en el cielo todavía de un azul oscuro; pero no por eso dejan los gallos de dar los buenos días á las gallinas y los gansos á las gansas, y esos cumplidos, esas ternuras ruidosas, me demuestran que toda nueva tentativa de conciliar el sueño sería inútil. Nada me queda que hacer más que procurar curarme las heridas que me han causado los mosquitos, mudarme é ir á casa de M. Orsini para que nos demos el paseo matutino que convinimos ayer.

IX

Los elefantes del rey.—Sus amores.—Mis temores.
—Dos lindas francesas.—El príncipe Enrique de Orleans y su libro.—Bonzos y sacerdotisas.—Mandamientos de Budha respecto á las mujeres, y su Manual de urbanidad.

Cuando llegué al Ayuntamiento, ya nos esperaban nuestras cabalgaduras: cinco hermosísimos elefantes del país de los *Tonorey Phluc*, muy grandes, muy costosos y muy estimados, según me aseguran, á causa de sus magníficos colmillos. Sobre su inmenso lomo hay una albarda, ó mejor dicho un colchón, sobre el que descansa el palanquín ó jaula; es decir, un pequeño diván estrecho, cerrado en el fondo y cubierto por una especie de toldo hecho de estera. La capota de nuestras victorias, á medio alzar, da de ello una idea bastante exacta. Entre la jaula y la

cabeza del elefante á horcajadas sobre su potente cuello, el cornac (*ó mahut*, como le llaman en las Indias), con su túnica de seda, sus largos cabellos anudados atrás, según la moda annamita, y llevando en la mano una varita con gancho, que hace las veces de riendas, látigo y espuelas, y sirve, cuando la palabra no basta, para dirigir, detener, hacer que vaya al paso ó que marche al trote su colosal cabalgadura. El jefe de los cornacs, un mandarín, según tengo entendido, debe precedernos á caballo. Está esperándonos, y nos invita á montar. ¿Cómo? Hay dos maneras: ó bien se apoya en la cabeza del animal una escalerilla móvil, ó bien el mismo elefante le sirve á uno de escalera: dobla su pata derecha, que forma así un escabel, y á veces le ayuda á uno con la trompa. Escojo la escalerilla, y todavía pensando que el menor movimiento del coloso hará que caiga de bruces..., y héme aquí arriba un tanto inquieto, lo confieso, sin duda por la falta de costumbre. No obstante, me tranquilizo al ver á mis compañeras de paseo: la preciosísima y encantadora hija de M. Orsini, y la lindísima esposa del jefe de la aduana, Mad. Giafferi. Sin vacilación alguna se han subido cada una á su elefante, y parecen estar tan á gusto en su jaula, sobre el movable

lomo del animal, como pudieran estarlo en su salón, tendidas sobre un diván.

Ellas son las que dan la señal de salida. Mi coloso las sigue gravemente. Los otros tres vienen luego, no menos gravemente, uno tras otro, en formación india.

¡Demonio, qué traqueteo! Pero me he balanceado tanto durante mi vida por todos los mares, que me acostumbro pronto al movimiento. Y además, me encuentro aquí más firme de lo que yo creía: si me caigo será por un accidente.

¿Qué accidentes? ¡Ah! pueden ocurrir de varias clases. Me acuerdo de algunos relatos, de ciertas lecturas: en primer lugar, el elefante no siempre tiene buen carácter. A veces toma ojoriza á su jinete, le arroja al suelo... le pisotea... ¿Y quién puede responder de que ha de serle simpático al elefante? Precisamente el que monta da señales de irritabilidad nerviosa, ó al menos de originalidad; si sus compañeros toman por la derecha para evitar algún mal paso, él se apresura á irse por la izquierda. Sus enormes orejas golpean el aire, su trompa se balancea, se agita, se repliega, se prolonga continuamente. Arranca de raíz cuantos bambús encuentra en su camino, bambús de seis pies que hace trizas, gracias á su magnífica dentadura. Por último,

en vez de pasar tranquilamente junto á los cercados y empalizadas, se complace en derribarlos y desmenzarlos. ¡Si me habrán dado un elefante de combate ó un elefante verdugo de aquellos que los cornacs ejercitan, ó mejor dicho, ejercitaban no hace todavía veinte años, en espachurrar á un condenado con las patas ó en atravesarle con sus colmillos!

Puede también ocurrir que mi cabalgadura, sin tener mal carácter, sea sencillamente enamoradiza. No les pasa esto á los elefantes más que una vez al año, y les dura una semana. Pero nada me prueba que no estemos en la semana de los amores. En tales épocas, se vuelven indóciles, intratables, y si no pueden enamorar á una jóven y linda elefanta cautiva como ellos, se escapan á veces á los bosques en busca de aventuras. Por un instante, mi imaginación me ha transportado, sobre el lomo de mi elefante, á través de las llanuras, las montañas, los lagos y los ríos de Cambodge. Esta delirante carrera había durado ocho días, y... mi elefante seguía enamorado. En cambio yo no lo estaba. Norodm hubiera podido confiarme el empleo de guardián, ó de monstruo, en su harem.

El amor del elefante á su hembra me lleva á pensar en la simpatía que pueden inspirar estos

inteligentes animales, cuando se vive en su intimidad, y no resisto al deseo de tomar algunas líneas del libro *Seis meses en las Indias*, que acaba de publicar el príncipe Enrique de Orleans. Es un libro delicioso: nuevo, verdadero, escrito con sencillez. Sólo me permitiré hacerle una objeción bien nimia: el autor, al final del libro, se embarca el 11 de Marzo de 1888 en el *Yang-Tsé*, con rumbo al Japón. Evidentemente equivoca la fecha, y hé aquí por qué: en 3 de Enero de 1888 el *Yang-Tsé* me ha dejado en Saigón, y no tenía tiempo para volver de Saigón á Yokohama, pasar allí doce días lo menos, volver á Marsella, permanecer en el puerto una semana próximamente, volver á salir y encontrarse el 11 de Marzo en Colombo, para recoger allí al príncipe. Creo que no tomará á mal esta ligera rectificación, que sólo prueba la minuciosa atención con que he leído *Seis meses en las Indias*, y me permitirá citar este corto pasaje tan bien estudiado:

«El elefante no se contenta con hablar, razona y calcula; y pronto he de considerarlo también desde otros puntos de vista. Así es que profeso afecto á ese buen coloso, de cráneo bicornudo, erizado por algunos pelos derechos, como si fuese un anciano sabio... con sus grandes ore-

jas, movidas constantemente á compás, y sus maliciosos ojillos ocultos bajo espesas cejas. Si se para uno á examinar su boca... que abre y cierra apretando los labios á la manera de los viejos que se han quedado sin dientes... y su larga nariz, siempre en movimiento, husmeando por todos lados, con disimulo, no puede uno menos de echarse á reir. Y mucho más si se le mira por detrás. Parece que lleva anchos pantalones arremangados que le molestan para andar. Se le figura á uno que le sobra piel al ver la multitud de arrugas que se forman entre la primera articulación de las patas y el nacimiento de la cola. ¡Y qué cómica resulta la tal cola con el plumerito de largos pelos que la termina: una verdadera escoba sujeta al extremo de una larga caña!

»Comprendo perfectamente que los indios hayan deificado á este admirable animal: su gigantesca estatura, de una parte, y de otra su ojo inteligente, casi humano, han debido dar á un pueblo sencillo la idea de un «dios maligno» que reúne todas las fuerzas de la materia y del espíritu.»

Nuestro paseo por el campo, que debía ser corto, va prolongándose. Atravesamos una aldea, y luego un juncal donde las hierbas son tan es-

pesas y elevadas que cubren nuestras cabalgaduras. Mad. de Giafferi quiere llevarnos á un bosque que dice saber y donde podremos tener un descanso; pero el bosque no parece. ¿Estará más lejos, lo habrán cortado, ó le habrá consumido el fuego, lo cual no es raro? Tenemos que regresar, sin detenernos, y el sol abrasa en el juncal, á pesar del toldo y las cortinillas de nuestra jaula. Nada tiene de particular: montado en un elefante, está uno más cerca del sol.

Al volver, tenemos un encuentro para mí muy interesante: el de algunos bonzos que vienen de pedir limosna en Phnom-Penh. Su traje gris contrasta con el verdor del campo. Se compone de una especie de túnica ó camisa, de una banda que va sobre el hombro izquierdo y de una capa del más puro amarillo, que les sirve para emborsarse arrogantemente y les da muy buen aspecto. Con la cabeza rapada, muy derechos, muy graves, caminan silenciosamente uno tras otro, llevando bajo el brazo la escudilla de las limosnas. Los fieles pobres se la llenan de arroz, de frutas ó de pescados salados. Los ricos de té, de azúcar, de tabaco y de betel. Nadie piensa en darles vino, ni licores, ni opio; cosas todas que les están absolutamente prohibidas.

Deploro no haber encontrado ningún grupo

de sacerdotisas. Se dice que en el país las hay lindas, entre las víndas que han renunciado á casarse... y no están enclaustradas. Habitan cerca de las pagodas y de las bonzerías de hombres; pero viven en un estado subalterno, una especie de servidumbre, preparando, condimentando los alimentos para los sacerdotes, limpiando sus habitaciones, cosiendo sus ropas. ¿Son acaso más íntimas alguna vez las relaciones entre bonzos y sacerdotisas? Nadie ha podido darme datos sobre el particular, y se comprende: es tanto más difícil obtener de ellos confidencias sobre este punto, cuanto que su religión prohíbe á los hombres buscar á las mujeres, y á éstas tratar con los hombres. Los mandamientos de Budha relativos á sus religiosos son terminantes:

«No sigáis jamás el mismo camino que una religiosa, á no ser porque haya necesidad de protegerla.»

«No descanséis nunca bajo un árbol á cuya sombra se encuentre una mujer.»

«Si os veis precisados á hablar á una mujer, no habéis de pronunciar más de cuatro ó cinco palabras.»

«Jamás tocaréis á una mujer. Nunca le estrecharéis la mano. No rozaréis siquiera sus cabellos.»

Y Budha tiene para sus sacerdotes otros doscientos veinte mandamientos que me guardaré bien de citar. No he tomado nota más que de los citados y los siguientes:

«No habléis cuando tengáis arroz en la boca.»

«No debéis producir ruido al masticar los alimentos.»

«Procurad no mancharos los dedos.»

Como se ve, Budha tenía idea de las conveniencias y de la corrección.

.....

.....

Ya estamos de vuelta en Phnom-Penh á la hora de almorzar. Lo hago bien: el elefante abre el apetito.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

X

Pedidos de entradas para la función de esta noche.

- En busca de una chaqueta.—El palacio del rey.
- El salón del trono.—Cachivaches y obras de arte.—La justicia en Cambodge.—Los salvajes.
- Diferentes clases de esclavos.—El ojo de buey.
- Los lunares.

Durante el almuerzo hablamos de la fiesta que Norodom va á dedicarme esta noche: parece que la gente se ocupa mucho de tal función, no solamente en la... corte, sino también en la ciudad, y que muchas personas, residentes en Phnom-Penh, ó de paso por Cambodge, desean asistir á ella y se agitan para conseguirlo, tanto, que algunas se han dirigido directamente á mí. A pesar de mi vivo deseo de complacer á los europeos, respondí que creería faltar á todas las conveniencias si me permitiese

repartir invitaciones, y remito á los solicitantes al doctor Ham. Este, á su vez, les declara que el rey ha decidido que la fiesta sea íntima en absoluto y que no recibiría conmigo más que á mi huésped, M. Orsini, que, como nuevo que es en el país, no ha sido presentado á él todavía.

De pronto, á los postres, se me corta la palabra á la mitad de una frase.

—¿Qué tiene usted? me pregunta M. Orsini. ¿Es que hace mucho calor, verdad? ¡Nuestro criado agita tan suavemente el *panha!*

—No es eso, respondí, sino que acabo de acordarme de que he venido á Cambodge con mi saco de noche nada más, y me he dejado en Saigón el frac. ¿En qué traje me voy á presentar al rey?

—De levita.

—No la tengo.

—¿Pero tendrá usted una americana?

—No tengo más que otra chaqueta blanca como esta, otro pantalón de cutí y mi casco. Pensé que bastaría esto para un viaje de cinco días, por un país que creía bárbaro, y que no lo es, bien lo veo.

Nadie me respondió. Mi declaración había caído como un jarro de agua fría sobre los concur-

rentes. Por último se decidieron á decirme (lo que no me tranquilizó en modo alguno):

—Es que el rey, conocemos sus costumbres, vestirá de etiqueta para recibirle á usted... y, en Cambodge, el traje claro no se usa más que para visitas de confianza. Además, el color blanco es de luto, y para una fiesta...

—¿Y qué hacer?

—Le prestaremos á usted cualquier cosa. No se apure usted.

Mi huésped y sus vecinos me trajeron fracs, levitas negras, americanas; pero, ¡ay! todo me estaba muy ancho, muy estrecho ó muy corto. Por último, ya á las cinco, el doctor, que decididamente es mi salvador, encontró en su guardarroba una chaqueta de alpaca que casi me estaba bien. ¡Pensar que se me presentaba tan buena ocasión para utilizar mi traje negro, que no había usado desde que salí de París y que me lo he dejado en el camino! Siempre pasa lo mismo.

Subo al coche con el doctor. Quiere que visite el palacio del rey... el palacio exterior... mientras llega la hora de penetrar en su residencia privada.

Hémos aquí, en el Sur de la ciudad, en el barrio aristocrático, por decirlo así, exento de todo comercio y de toda industria, y habitado, según

me dice mi guía, por mandarines, príncipes de la familia real, personas que tienen frecuentes relaciones con el palacio real y cambodgianos de pura raza y de buena posición.

A lo largo de la calle, casi alineadas, algunas casas aisladas de piedra y ladrillo, cubiertas con tejas adornadas con trompas de elefante; y otras, las más, esparcidas, hechas con tierra, con bambús ó con paja.

—¿Me dejarán visitar una de esas casas? pregunté al doctor.

—Sí, si en ello tiene usted gusto. Conozco á casi todos estos propietarios.

Preveré á uno de ellos y...

—Espere usted; no es eso lo que quiero. Si el propietario espera mi visita hará preparativos para recibirme. No le sorprenderé... al natural, y mi estudio se resentirá de ello.

—¿Y qué interés tiene eso? ¿No va usted á perder aquí un tiempo precioso? El palacio del rey es muy superior á todas estas casuchas.

—Convenide; pero estas casuchas, como usted dice, me mostrarán mejor las costumbres cambodgianas que la morada real, que es una excepción.

—Pues bien; ¿dónde quiere usted entrar? ¿En casa de un mandarín?

—No; también sería una excepción. Preferiría alguna de la clase media...

—Aquí tiene usted la casa de un cambodgiano que tuvo la buena idea de asociarse con un chino para comerciar en té, y ha hecho una bonita fortuna.

—¿Y vive con el chino?

—No; se disolvió la sociedad. Vive solo, con su familia.

—¿Y le encontraremos en casa?

—Probablemente. Deben ser las cuatro, y es la hora de la segunda comida.

—¿Cree usted que me recibirá?

—Sí. Estamos en muy buena armonía. El año pasado le libré de ir á presidio.

—¿Pues qué había hecho?

—Nada grave: una disputa con un sobrinito del rey.

—¿Por qué está alzada su casa sobre grandes maderos, edificada sobre esos postes? No me lo explico estando lejos del río y libre de inundaciones.

—Sí; pero esa construcción preserva también de la humedad del suelo, de las serpientes y de las fieras.

—¡Fieras en Phnom-Penh!

—Sí; á veces, por la noche, se ve un tigre dándose un paseito por la ciudad.

Mientras conversábamos, examinaba yo la casa.

—Es de aspecto pobre, dije. Un solo piso, y sin embargo, según usted dice, el dueño es rico.

—Y aunque fuera cien veces más rico, no por eso tendría más pisos la casa. Un verdadero cambodgiano no admite sobre su cabeza más que el cielo ó el tejado... Nuestras inmensas casas europeas no tendrían aquí ninguna probabilidad de éxito. No habría medio de alquilar más que el sexto piso.

—¿Y hay alguna razón para ello?

—Simple superstición... ¡ah! y no es la única. En la morada de un cambodgiano todo debe ser impar: una puerta ó tres puertas... una ventana ó tres ventanas... Ciente usted... Esa escalera que se alza ante nosotros tiene siete escalones... esa escala móvil nueve pasales.

—Efectivamente... pero no me parece menos desatinada la superstición del martes entre nosotros.

—Sin duda... sólo que el cambodgiano, cuando se trata de construir su morada, comete un verdadero abuso de supersticiones... Se pasa sin arquitecto, pero necesita un hechicero ó un adivino para que designe el día en que deben comenzar los trabajos, elija el emplazamiento, indique

la orientación, trace sobre el suelo signos mágicos, evoque al *guardian de la tierra*, vigile después en las inmediaciones de la casa que empieza á edificarse ó impida que penetren en ella mujeres.

—¿Por qué las mujeres?

—¿Por qué en Francia, todavía en nuestros tiempos, se teme el reunirse trece á la mesa?

En Cambodge se tiene la persuasión de que si penetrase una mujer en un edificio sin concluir, atraería la desgracia sobre los futuros habitantes... ¡Y con qué cuidado se elige, y cómo se alza con todo miramiento la columna, la viga maestra, que ha de sostener el techo, en medio de aclamaciones y al son del tambor!...

¡Y el gato!... Olvidaba el gato, que se introduce en seguida en la casa, en cuanto está concluída, para preservarla de ratas y reptiles. Instalado el animal, el propietario puede al fin pensar en introducirse en su vivienda. Pero todavía tiene que llenar algunas formalidades. Los adivinos y los bonzos, que desempeñan tan importante papel en este asunto, colocan junto á la puerta á un hombre de confianza, encargado de preguntar al recién venido:

—«¿De dónde vienes, viajero?»

La respuesta del dueño está ya marcada:

—«Vengo de *Lanca* (así es como designan los cambodgianos á la isla de Ceylan). Al atravesar los mares, mi navío ha perecido.

»He perdido todos mis bienes, ya no tengo asilo, y vengo á establecerme en esta casa inhabitada, á la que traigo lo que he podido salvar del naufragio.» Después de esto es cuando puede entrar é instalarse en su casa... Ahora va usted á ver el interior de una casa... El dueño de ésta, mi amigo Ta-Po, se pasea allá en su jardinillo... Voy á anunciarle su visita de usted.

Un momento después, Ta-Po se acercaba y mí, se inclinaba profundamente á la moda del país, una genuflexión más bien que un saludo, y, por signos, me invitaba á que le siguiese. Háblele yo sorprendido como deseaba... al natural: por todo ropaje llevaba el *tangutté*, especie de calzón muy ancho que sólo cubre los muslos y el centro del cuerpo; las piernas, el tronco y la cabeza, desnudos.

Subimos por la escalerilla portátil, de nueve pasales, y ya estamos en la casa... Delante de la puerta de entrada, una especie de terrado de tablas que sirve de antesala y también de cocina, y á veces de retrete... Abrese la puerta empujada por una muchacha bastante linda, una esclava probablemente; lleva el pecho casi

desnudo, como su amo, pero toda la parte inferior del cuerpo oculta por un paño de color vivo.

Un salón cuadrado, de regulares dimensiones. Colgadas de las paredes algunas piezas de telas, vestidos, sin duda. Por aquí, más que vestirse, se envuelve la gente: el arte de costura es casi desconocido. El techo tiene claraboya, para que pueda renovarse el aire. En el fondo hay un pequeño estrado para el dueño de la casa y las visitas de cumplimiento. Ta-Po me invita á que descanse; pero yo tengo deseo de verlo todo, y ruego á mi acompañante que le diga que prefiero... la continuación.

A la izquierda del salón hay otras piezas, separadas por delgados tabiques de bambú, que no llegan hasta el techo, con objeto también de que penetre mejor el aire... Si allí dentro disputan, ó estornudan, ó roncan, resuena toda la casa, lo oye todo el mundo... Esas diversas celdas están habitadas por la familia del dueño, y sirven también de almacenes para las provisiones. Al otro lado del salón, á la derecha, está el departamento de las mujeres, de los niños y de las criadas. Comunica con el terrado. No hay una ventana, por la que entraría el sol; únicamente unas aberturas cuadradas, parecidas á las de los buques.

Por mobiliario, algunas camas de madera, perfectamente resguardadas por mosquiteros, con un colchón muy delgado y una almohada muy dura. Los colchones están divididos en tres partes, que se repliegan una sobre otra; así es que frecuentemente viaja cada cual con su colchón, de muy fácil transporte. Ninguna butaca, ninguna silla: en su lugar bancos adosados á los tabiques, y taburetes de bambú. Por armarios, grandes arcas de madera de alcanfor, excelente preservativo contra los insectos.

Pero todo esto parece que está deshabitado. ¿Dónde estarán las mujeres de Ta-Po? Siendo rico, como lo es, debe tener por lo menos mediadocena.

—Están en una sala que no le han enseñado á usted, me dice el doctor.

—¡Oh, si pudiese echar por allí una ojeada!

—Es difícil. No están las mujeres tan encaustradas como en Oriente...; pero un extranjero, que sólo se halla aquí de paso...

—Pues precisamente por eso. No tendría tiempo para ser indiscreto y referir lo que vea... Además, considere usted que su amigo Ta-Po puede todavía merecer alguna vez ir á presidio y recurrir á la protección de usted.

—Sí; eso es lo que más le conmovirá... Voy á hacerle presente su deseo.

—No lo olvide usted: tan sólo un vistazo.

Ta-Po, á quien mi amigo habla aparte, párceme que al principio pone gesto avinagrado; pero como debe tener algún nuevo pecadillo sobre la conciencia, acaba por dejarse convencer por los razonamientos del doctor. Se acuerda que yo las vea, pero que no me vean ellas. El señor teme, sin duda, las censuras de su harem. Su timidez favorece mis deseos: oculto invisible, no molestaré á esas señoras y las veré más al natural. Siempre con mi manía.

Ta-Po me lleva por un pasillo, me coloca tras de un tabique y me muestra una estrecha abertura entre dos tablas mal unidas. Pronto ha dado con esta abertura: acaso hará tiempo que la utiliza para vigilar á sus mujeres.

Desde mi observatorio, las veo á las cinco,— porque son cinco—perfectamente. Una de ellas tendrá unos venticinco años. Es casi la vejez en este país, donde el sol madura las mujeres tan rápidamente como las frutas. Las otras cuatro son jóvenes, agradables, ya que no bonitas, y formadas ¡ya bien formadas!... Fácilmente se advierte gracias á su descuido en el vestir, descuido que nada tiene de indecente y que es muy admisible con este calor, en casa y entre amigas.

Así como los vestidos son escasos y ligeros, las alhajas son muchas y pesadas: á lo largo del brazo, por encima y por debajo del codo, anillos, argollas de oro, gruesos brazaletes; de un hombro á otro, cruzándose sobre el pecho, cadenas macizas, y en las orejas pendientes enormes. Todo ese metal las viste á medias y las mantiene frescas. Por esto sin duda se atavían así aun durante el día y estando en intimidad.

La vieja de veinticinco años, sentada en un taburete, estira los brazos, se despereza, bosteza con toda su alma y me enseña los dientes, la lengua y el paladar, rojos por el betel y la areca á medio masticar. He visto bocas más apetitosas. La que está á su lado, que es muy joven, se ocupa en alisar con la palma de la mano dos grandes matas de cabellos muy negros y muy peinados que le cubren las sienes y caen sobre las mejillas. La tercera y la cuarta, hermosas muchachas, un tanto gordas, juegan al ajedrez. El tablero, colocado en el banco donde están sentadas, me parece casi como el nuestro, con la diferencia de que los peones están reemplazados por barcas, y otra pieza que no he podido reconocer, por un elefante. La última mujer de Ta-Po, que sin duda ha retrasado la hora de comer, come, servida por la hermosa esclava que

ví al entrar. Acaba de traerle la comida en una bandeja de madera barnizada. En fuentecitas de cobre veo pescado, carne de cerdo, pasteles y una pila de bananos y guayabas. El arroz cocido y el maíz tostado parece que sustituyen al pan; para bebida, agua pura en un vaso. No usa para comer ni cuchara, ni tenedor, ni palillo, como los chinos y los annamitas. Se vale sencilla y prosáicamente de su mano derecha. La mano izquierda está considerada como impura: no se sabe por qué; pero los brahmas lo decretaron así hace mucho tiempo.

Dos ó tres minutos me han bastado para ver todo esto y grabarlo en mi memoria. De buena gana seguiría mirando, porque el espectáculo es verdaderamente original; pero me he comprometido á no dar más que un vistazo, y observo que mi huésped, que continúa junto á mí, está en brasas.

¿Serán los celos la causa de su tormento? Creo que no: más bien será el temor de que nos sorprendan y le armen luego una tremolina. ¡Cinco mujeres contra un hombre! ¿Qué podría hacer él, aunque estuviese provisto de un vergajo?

Le doy expresivas gracias, sin felicitarle por la hermosura y la juventud de las señoras, porque sé desde hace mucho que en Oriente tales

cumplimientos son de muy mal gusto, y me despedido de él.

Vuelvo al coche con el doctor, y pocos momentos después llego á la residencia real, muy bien situada, lo bastante cerca del río para gozar de sus ventajas, y lo bastante lejos para estar preservada de las inundaciones, ó mejor dicho, de las crecidas periódicas.

En el patio, donde nuestro carruaje penetra por favor, por excepción, por pertenecer al doctor Ham, á quien todo el mundo sabe que el rey quiere y estima mucho, admiro desde luego el muro de grandes proporciones, con sus extraños cortes y su gran puerta, que es muy curiosa; pero una porción de casuchas, esparcidas, verdaderas cabañas, sin arquitectura ni norma, afea el conjunto. No obstante, junto á ellas se ven otras construcciones originales. En éstas todo está sacrificado á la techumbre. El edificio parece desaparecer bajo inmensos tejados arremangados, si se me permite esta palabra que nada tiene de técnica. Quiero decir que los extremos del tejado, en vez de inclinarse ó de bajar hacia la tierra se elevan hacia el cielo. Otras techumbres, sobrecargadas de adornos bronceados ó dorados y que terminan generalmente en trompas de elefante, se escalonan apoyándose

unas sobre otras. Esta arquitectura participa del estilo japonés, del chinesco, y sobre todo del siamés, siendo no obstante cambodgiano, conservando el carácter propio del país.

Una de estas techumbres recubre el salón del trono, que es grande, muy grande, y mucho más largo que ancho. Me aconsejan que ande con cuidado, porque los pisos están agusanados, roídos por las termitas. El trono, de madera del país, muy dorada, muy labrada, coronado por un dosel, da idea de la veneración religiosa que inspira á los cambodgianos el rey. Le colocan sobre un trono elevado, grandioso, digno de un Dios. Pero también aquí se observa uno de esos contrastes tan frecuentes en los países orientales: al lado de esta obra admirable, de este trono, que es una verdadera maravilla, á lo largo del inmenso salón, se ven muebles europeos, sin forma, sin estilo, y que, sin embargo, le habrán hecho pagar á Norodom á precios fabulosos. ¿Cómo es que á ninguno de esos reyes, de esos virreyes, de esos príncipes de Asia y de Africa, al tratar de amueblar sus moradas, se les ha ocurrido jamás la idea de dirigirse á un hombre de gusto, á un artista ó siquiera á un aficionado á los objetos de arte? Se han entregado á aventureros, á simples negociantes, extraños á todo

cuanto al arte se refiere y que no han pensado más que en enriquecerse á costa de los que tal encargo les dieron. Los palacios de Túnez, de Turquía, de Egipto, de todo el extremo Oriente, están atestados de muebles de pacotilla, de jarrones comprados en ferias y de péndulos de zinc, dorados, siempre dorados, con un globo en la parto inferior. Los mismos prusianos vacilarían en robar semejantes péndulos, ¡y bien sabe Dios que no pecan por exceso de gusto!

Junto á la sala del trono hay dos grandes cobertizos, no puedo darles otro nombre. En el primero se verifican las representaciones dramáticas que se dan al pueblo, en ciertas épocas del año, y cuando Norodom quiere honrar á algún elevado personaje. A una de estas fiestas fué á la que asistieron los Sres. Constans el mes pasado, y me censuro al rey por haber tenido la idea de recibirme más íntimamente.

En el otro cobertizo, abierto á los cuatro vientos, da Norodom audiencia á los altos funcionarios y á veces á sus más humildes súbditos. En efecto, no se desdeña de transigir algunas diferencias, ó de fallar un pleito, y me aseguran que de ordinario juzga con gran inteligencia é imparcialidad. Verdad es que sus magistrados ordinarios se venden, y fallan á capricho y con

notoria injusticia cuando se les antoja. En Cambodge á nadie se le corta la cabeza, ni se le reduce á prisión, ni se le impone una multa á no ser que él así lo quiera, es decir, á no ser que no sepa abrir á tiempo su bolsa, ó también si no tiene bolsa. Todo puede arreglarse entre jueces, condenados y defensores mediante especies. El dinero es inútil: se reemplaza por un búfalo, un caballo, un borriquillo, una linda muchacha, ó esclavos. En efecto, la esclavitud está de tal modo arraigada en las costumbres cambodgianas, que, á pesar de nuestros esfuerzos...—¿los hacemos formalmente?—no desaparecerá en mucho tiempo.

En Phnom-Penh y en las poblaciones grandes del país, no acostumbran á vender á sus semejantes descaradamente en la plaza pública, en el mercado; pero bien sabe el comprador dónde ha de buscar al vendedor con su mercancía humana. Procede ésta, por regla general, de los lugares montañosos ó de los bosques situados al Nordeste de Cambodge, y habitados todavía por salvajes.

Véndense los unos á los otros, traficando el más fuerte con el más débil, ó bien se dejan coger por sus vecinos, á quienes la caza del hombre les parece más productiva y menos peligrosa que la del elefante y el tigre.

Los salvajes *samrís* y los salvajes *phnongs*, que habitan toda una región casi desconocida, más allá de Sambor, son muy apreciados por los traficantes y compradores, y hay gran demanda de ellos en la plaza. Sin embargo, el coste no es elevado: por un elefante de los menores, sin colmillos, pero bien formado, puede uno adquirir toda una familia, compuesta de marido, mujer é hijos. El papá y la mamá políticos se dan como añadidura, sin aumento de precio; pero, por lo general, no los toman, y el yerno, separado de este modo de sus suegros, soporta la esclavitud más alegremente.

Este calificativo humillante de salvaje, dado por los cambodgianos á las hordas vecinas, que no deben ser muy inferiores á ellos, me extrañó, y quise saber si era merecido... He sabido que los *poros* reprobaban la poligamia. También nosotros, en Europa, la reprobamos, por más que la practiquemos. ¿Pasaremos por salvajes?... Tienen horror al agua. Entre nosotros hay muchos que experimentan la misma aversión... El traje de los *phnongs* es de los más primitivos. Un trozo de tela arrollado en forma de faja, que pasa bajo los muslos, y cuyos dos extremos se sujetan en la cintura, constituye su vestido. Pero en Ceylan y Singapore, en plena civilización inglesa, la

mitad de los habitantes va vestida, ó mejor dicho, desnuda, de igual manera. Estos salvajes no adoran á Buda ni á Brahma, ni tienen ninguna religión definida. Pero aun siendo así, ¿no suplen la religión con el culto de los antepasados, y no llevan presentes á los difuntos, como nosotros les llevamos coronas? Tienen, además, según M. Mora, una idea bastante clara de la divinidad, á la que consideran como una potencia, una fuerza, esparcida por todas las producciones gigantescas ó raras de la naturaleza. Partiendo de este supuesto, depositan ofrendas á los pies de los árboles más hermosos del bosque, sobre los troncos de los caídos, que tienen una forma extraordinaria, sobre los grandes bloques de alabastro, ó sobre los guijarros rodados que afectan formas curiosas. No saben oración alguna, ninguna fórmula invocadora, ningún himno. En el momento de depositar la ofrenda, se contentan con decir: «Te ofrezco esto...» Es una religión sencillísima, conmovedora, y que vale tanto ó más que muchas otras. Bien mirado, á mi juicio, esas gentes no son más salvajes que sus vecinos, y es una flagrante injusticia venderlos como esclavos.

Es de advertir que los esclavos de origen salvaje, esclavos de por vida, sin posibilidad de

rescate, no forman más que una clase, la menos numerosa acaso en Cambodge. Porque hay otros dos: los esclavos del Estado ó del rey, que es lo mismo, puesto que Norodom puede decir como Luis XIV: «El Estado soy yo;» y los esclavos por deudas.

Los prisioneros de guerra y todos los que se sublevan contra la autoridad real vienen á ser esclavos del Estado. La pena no sólo es perpetua, sino que se continúa, se trasmite á los descendientes, condenados también á pagar la falta de sus antepasados. Los esclavos de esta categoría deben ser innumerables, puesto que todos los miembros de la familia real están asimilados al rey, gozando de las mismas inmunidades, por lo que el atentado contra sus personas se castiga con esclavitud á perpetuidad. Si se tratase de una familia ordinaria, compuesta de unas cuantas personas, como las de Europa, todavía podría pasar: todo cambodgiano se apresuraría á escapar en cuanto viese á un pariente del rey, y así jamás se expondría á cometer un atentado. Pero, ¿cómo reconocer á esos parientes? ¡Si se los encuentra uno á cada paso y salen por todas partes! Por su parte, Norodom, tiene ya más de sesenta hijos; cada uno de sus hermanos tiene otros tantos; su hijo mayor, de

veinte años de edad, está á la cabeza de cinco chicas y cuatro muchachos. Así es que todo cambodgiano, cuando levanta la mano, se arriesga á dejarla caer sobre una cabeza ó sobre una espalda real ó cuasi-real.

La tercera y última categoría comprende los esclavos por deudas: cuando habiendo tomado una cantidad de dinero no se puede reembolsar el capital ni abonar los intereses, se convierte uno en esclavo de su acreedor ó de cualquiera, porque á veces se saca al deudor á subasta para pago de las costas del litigio. Por el nombre, el curial, esa sanguijuela de nuestros países, quizá sea desconocido en Cambodge; pero, de hecho, indudablemente existe. Verdad es que tal esclavitud más bien parece servidumbre que no tiene carácter definitivo, y cesa el día en que el deudor puede librarse. Pero, ¿llega á poder? Está establecido que todo lo que se rompe, todo lo que se deteriora en una casa rica, lo han de pagar ó reemplazar los esclavos. Si son descuidados ó torpes, su deuda, en vez de disminuir, aumenta de día en día. La facultad de rescate, exigida por Francia, no existe más que en nuestros tratados y probablemente jamás podrá el esclavo aprovecharse de ella, porque á pesar de la religión budista, basada en la igual-

dad y la supresión de castas, los grandes y los fuertes nunca cesarán de oprimir á los pequeños y los débiles. Pero, ¿acaso es de absoluta necesidad ir á Cambodge para darse cuenta de esa flagrante contradicción entre la religión de un pueblo y sus costumbres?

Al salir del cobertizo, bajo el cual se dignaba mi guía darme estas sumarias explicaciones, me hizo notar diversas construcciones europeas, y particularmente un pabellón de dos pisos, con estatuas y lámparas de bronce de pacotilla, todo, naturalmente, muy admirado por los indígenas, y también por los franceses, que se imaginan estar viendo una *villa* de los alrededores de París. El rey pasa muchos ratos en este pabellón, que comunica con la parte reservada del palacio, donde penetraré esta noche, y es donde ordinariamente da audiencia á los extranjeros.

El sol se ha puesto hace rato, y hace rato también que me hubieran echado de aquí, á pesar de mi cualidad de europeo y de la protección del doctor Ham, si no me acompañase el tesoro del rey, que es uno de sus favoritos, Col de Monteiro, un mestizo, de origen portugués, muy fino, honrado (lo que es raro entre los funcionarios cambodgianos) y muy afecto á su señor, á

quien no abandonó, como lo hicieron tantos otros, en 1884.

Me alejo con sentimiento de este gran patio, donde se encuentra la mezcla de construcciones diversas, confusas, que he tratado de describir. Está mal cuidado; la hierba crece por todas partes, el terreno es desigual, lleno de hoyos. Pero ¿cómo se recrea la vista si se sabe mirar y admirar todo lo que vale y apartar los ojos de las cosas de mal gusto! Además, este patio tiene vida y animación. Sentados sobre la hierba, en piedras ó en la arena, vestidos de blanco, de gris, de encarnado ó de amarillo, se ven allí ministros, príncipes, mandarines, funcionarios diversos, que esperan á que pase el rey, charlando y murmurando.

Parece que está uno en Versalles, en tiempos de Luis XIV, en un *ojo-de-buey* al aire libre. Los mismos cortesanos van y vienen, las mismas pasiones se agitan. Solo que en el verdadero salon del *ojo-de-buey* no se veían más que altos personajes, y aquí, junto á un mandarín, pasa un hombre del pueblo, un obrero; porque, como ya he dicho, este palacio es todo un mundo; aquí se trata de toda clase de asuntos, y están representadas multitud de industrias. Me enseñan fraguas, fábricas de alhajas y también talleres

donde se acuña moneda con la efigie de Norodom I, rey de Cambodge... ¡Ah..., moneda de cobre solamente! S. M. quiso acuñar moneda de plata y oro; pero le robaban las primeras materias, y se hubiera arruinado de continuar acuñando.

A las siete estoy á la mesa en casa de M. Orsini. Comida alegre y afectuosa, como de costumbre. Me hacen que cuente mi visita al palacio, y me critican el no haber intentado ver el elefante blanco. Como me ven desolado por tal olvido, mis huéspedes tratan de consolarme, manifestándome que jamás ha existido un elefante de verdadera blancura. Tan sólo tienen manchas grises en algunos sitios; en la frente, á los lados de la cabeza, en las orejas, en la trompa, ó cerca del rabo. En suma, en vez de decir un elefante blanco, sería más exacto decir un elefante con lunares. En efecto, en una piel blanca, el lunar es negro ó castaño; en una negra es blanco ó gris. Sea como quiera, esas manchas visibles y bien situadas bastan para hacer de un elefante un animal sagrado que lleva suerte al reino que tiene la dicha de poseerle.

Esta superstición está de tal modo arraigada en el país, que Norodom, ménos creyente que su pueblo, se ha dado muy malos ratos hasta lo-

grar su elefantito blanco, como lo tienen los reyes de Siam y de Annam. Se le preparó un gran recibimiento, y todavía se habla en Phnom-Penh de los honores que se le tributaron y de los regocijos y fiestas de todas clases que se celebraron cuando llegó á la ciudad.

A la terminación de la comida, cambio mi chaqueta blanca por la de alpaca, que me han prestado, mi casco por un sombrero bajo, pero de color negro, puesto que el negro es correcto, y me dirijo á palacio en compañía de mi huésped y del doctor Ham, que se digna servirme á la vez de introductor cerca de Norodom y de intérprete, un verdadero é inteligente intérprete, que traduce la idea cuando falta la expresión, y facilita preciosas explicaciones. Tengo mucho gusto en decirle aquí que mi diversión ha sido duplicada gracias á él. Porque he visto y he comprendido lo que veía.



La puerta de hierro.—El cortejo.—Deslumbramiento.—El estrado.—Norodom.—Su retrato.—El lampista.—La sala de baile.—Foyer de las bailarinas.—Palcos de las favoritas.—Orquesta de hombres.—Ante el rey no se anda, se arrastra uno.—Trescientas ochenta y seis mujeres.—Su traje, su retrato.—Las botas de la guardia real.—El regidor del teatro.—Napoleón III y la emperatriz Eugenia.—Norodom, artista.—¡Ya empieza!

Nuestro coche atraviesa el patio de Palacio, que visité por la tarde, y se detiene cerca del pabellón construido á la europea, donde Norodom da audiencia de ordinario.

Nos apeamos: el tesorero del rey, Col de Monteiro, sale á nuestro encuentro y guía nuestros pasos (porque el patio no está alumbrado) hacia la gran puerta de hierro (¿es realmente de hier-

ro? No lo veo) que separa el palacio, propiamente dicho, de la residencia privada.

A ambos lados de esta puerta, abierta de par en par en este momento, están formados diversos personajes, oficiales, mandarines y ministros, vestidos con túnicas ó gabanes de paño fino y pantalón nacional, el *sampot*, que es de algodón ó de seda, sin botones ni corchetes, arrollado alrededor de los riñones y sostenido por... la fuerza de la costumbre. Estos señores llevan en la mano grandes candelabros de plata, cuyas bujías, bajo bombas de cristal, se encuentran al abrigo del viento y de los mosquitos.

Mi cortejo se pone en marcha, y, por más que bago, me veo obligado á ir delante de todos, puesto que decididamente es á mí, á un simple novelista, autor dramático intermitente, periodista á las veces, ni siquiera académico, á quien S. M. se digna honrar.

Damos algunos pasos por un paseo estrecho, limitado por altas tapias, y, luego, sin transición, nos encontramos en un gran recinto una especie de jardín: luces, instrumentos de música que tratan de afinar, ruido confuso de voces, ó de siseos más bien, y gente, mucha gente, á la izquierda, bajo una inmensa techumbre.

Todavía no me doy cuenta exacta: me parece que esa muchedumbre, sentada en orden correcto en gradas, y que ahora está de espaldas á mí, se compone de mujeres, y de mujeres muy jóvenes. ¡Eso es, eso es! Debe estar fuera todo el harem. S. M. ha hecho bien las cosas.

Veo ante mí un estrado, para llegar al cual hay que subir algunas gradas. Me invitan á subir y subo. Al llegar á la tercera grada se acerca á mí un hombrecillo muy vivaracho, que nada tiene de solemne ni aun de oficial, con traje europeo, pero de época anterior á la nuestra: frac á la francesa, con botones de oro y pedrería, chaleco, calzón corto de seda, medias blancas, zapatos bajos con hebillas de diamantes.

Me da los buenos días en francés, me pregunta cómo estoy y me alarga la mano. Yo contestó: «Buenos días, muy bien,» y estrecho con confianza la mano que me tiende, que indudablemente pertenecerá á algún importante personaje de la corte.

Luego me vuelvo hacia el doctor Ham, y le digo al oído:

—¿Dónde está el rey?

—¡Pues si acaba de hablarle á usted y de estrecharle la mano! me responde.

—¡Ah, es él!

Entonces miro más atentamente á S. M., mientras le presentan á M. Orsini y da algunas órdenes.

Norodom debe pasar de los cincuenta. Es pequeño y feo. Debo sacrificarlo todo á la verdad. Pero ¡qué inteligencia en aquel rostro imberbe! ¡Cuánta malicia en aquella mirada que nada tiene de oriental, es decir, de adormecida! ¡Cuánta expresión en aquella boca grande, siempre dispuesta á reír! A pesar de su corta estatura y de su vivacidad, su aspecto revela mucha dignidad. Se conoce bien que está acostumbrado á hacer que le obedezcan, que un pueblo entero se prosterna ante él.

Desde lo alto del estrado estudio ahora cuanto me rodea.

Extraña sala de espectáculos: abierta á todos los vientos, como lo exige el clima, bajo una gran techumbre sostenida por pilares. Junto á estos pilares, inmensos candeleros plateados parecidos á los que se usan para los cirios en nuestras iglesias. Pero los cirios y bujías están reemplazados por gruesas torcidas empapadas de aceite. A cada instante, un empleado del palacio renueva el aceite contenido en una simple botella ordinaria, de las de litro. Nada más primitivo... y nada tendría de nuevo si el empleado,

para desempeñar sus funciones, anduviera como todo el mundo; pero delante de un monarca cambodgiano no se anda, debe uno arrastrarse sobre las rodillas: el encargado del alumbrado, tendido boca abajo, con su botella en la mano, se arrastra desde uno á otro candelero, y para echar el aceite, alza sólo la parte superior del cuerpo.

El lado derecho del cobertizo donde me encuentro, y que se llama *Hung-Ban* (cobertizo para baile), está cerrado por un tabique. En el piso de abajo, tras del tabique que reemplaza á nuestros bastidores, están las bailarinas dispuestas á entrar en escena. Tienen allí una especie de *foyer*. Encima están los palcos de la familia femenina del rey, de sus mujeres legítimas y de sus favoritas. Estos palcos están cerrados por rejillas de madera, tras de las cuales, á veces, observando atentamente, se divisa un ojo ó un dedo.

De frente, al otro extremo del largo salón, la orquesta. Los músicos, vestidos con chaquetillas y *sampots* de color oscuro, permanecen en pie, con los instrumentos entre las rodillas: tambores de piel de serpiente, el *prey-poc*, especie de flauta; el *tro*, parecido al violoncelo, y el *cong*, que se emplea solamente cuando se quiere

meter mucho ruido, cuando llega algún demonio.

Ahora, el estrado donde he tomado asiento. Le cubren esteras y tapices. En el centro, un veladorcito sobre el cual veo cajas de cigarros y copas de Champagne que pronto llenarán. Sillones para M. Orsini, para el doctor Ham y para mí. En la misma fila, y en un sillón que no es más elevado que los nuestros, el rey. Junto al sillón un sofá, donde se echa de ordinario cuando sus bailarinas bailan sólo para él, y donde acaba casi siempre por dormirse. Tras del sofá ábrese una puerta que comunica con sus habitaciones particulares.

Bajo el estrado, los mandarines, los ministros, los oficiales de alta graduación, sentados en el suelo. Si durante la velada se dirige Norodom á alguno de ellos, el poderoso personaje, ante quien el pueblo tiembla, vuélvese inmediatamente hacia el estrado, y, de rodillas, con los brazos extendidos y la cabeza baja, escucha lo que S. M. se digna decirle. Preciso es verlo para creer en ese respeto exagerado y humillante.

He reservado para lo último las mujeres de Norodom.

En número de trescientas ochenta y seis, es-

tán sentadas frente al estrado, en una gran tribuna abierta que tiene toda la extensión de la sala y cuatro filas de gradas. Durante las cinco horas del espectáculo he contado repetidas veces el número de esas señoras, cuya mayor parte supongo que serán señoritas, y la cifra de trescientas ochenta y seis es rigurosamente exacta, lo cual prueba no me ha dado bien la cuenta y me ha sisado ciento catorce mujeres. Verdad es que las bailarinas, á quienes no veo todavía, llenarán este vacío, y llegaré indudablemente á mi cifra de quinientas, de la que sentiría tener que retractarme.

«Pero (me replican) la cantidad nada significa; la calidad es lo importante. Díganos usted desde luego si son bonitas.»—En todo caso, son jóvenes.—¿Todas?—Absolutamente todas: de catorce á dieciocho años.

En cuanto á darles un certificado de belleza, no me atrevería á hacerlo sin entrar antes en detalles. Su tez es de color de bronce claro, mucho menos cobrizo que el de las mujeres indias, javanesas y annamitas; la de algunas no es más que mate, pero esto es excepcional. Tienen el cráneo pequeño y la frente un poco deprimida. Los cabellos, muy negros y muy recortados, me han parecido abundantes, gracias á los excelentes

gemelos que el rey me ha dejado. No puede estar más amable.

Continúo el retrato con método, siguiéndolo de arriba abajo. Los ojos, por lo general, son negros ú oscuros. He visto, sin embargo, algunos pares garzos, azul oscuro y hasta tirando á verdes. La mirada es viva, sin ese decaimiento, esa languidez de los ojos orientales. El extremo Oriente se parece en algunas cosas al Occidente. En cuanto á la nariz, igual diversidad. Las hay chatas, gruesas, y otras con las ventanillas muy abiertas, muy dilatadas: éstas, que abundan bastante, son rectas, aguileñas, y no sentirían mal en un rostro parisiense.

Los pómulos, generalmente salientes, ensanchan un poco la cara, nada más que un poco, mientras que en las *annamitas* la ensanchan mucho. Las orejas... ¡caramba!... las olvidaba; he bajado mucho y hay que volver á subir... las orejas, repito, son largas, gruesas y muy separadas de los temporales. No obstante... gracias á los gemelos he distinguido algunas bastante finas. Norodom, que me parece un inteligente, debe haberlas ya reparado, entre la multitud... y sin gemelos. En cuanto á todas esas bocas de catorce á dieciocho años, yo no sé cómo se pondrán más adelante, cómo se habrán puesto desde

hace un año que las dejé; pero en el momento en que las miraba eran sumamente agradables. El betel, la areca, el cigarrillo y el cigarro no habían marchitado aún sus labios sensualmente gruesos y sus dientes bien alineados y blancos.

Bajemos: cuello grueso, demasiado corto; hombros anchos y llenos. En casi todas, á pesar de su edad, está ya formado el pecho. Por cierto que sólo se ve de él una parte, el lado derecho ó el izquierdo... no me acuerdo ya; no puede uno acordarse de todo, cuando tanto se ha visto... La parte oculta, que puede adivinarse por relación con la otra, está cubierta con una banda.

Es imposible bajar más: la falda, el paño ó el *sampot*, recubre la parte inferior del cuerpo, y una pequeña balastrada que hay delante de la tribuna tapa también los pies.

Me dicen que son pequeños, pero un poco anchos, y están desnudos... por supuesto; en Cambodge sólo el rey tiene el derecho de calzarse.

Actualmente ya se cometen algunas infracciones. Se ven algunas babuchas y sandalias; también algunos zapatos se muestran tímidamente; pero, con rarísimas excepciones, las mujeres del harem guardan la buena tradición.

Además, los zapatos y botinas las molestarían

indudablemente, á juzgar por los soldados de la guardia real á quienes se ha creído conveniente darles botas, y que se las quitan para llevarlas á la espalda, en cuanto salen de Phnom-Penh. Su imaginación está tan imbuída por la idea de que no deben estar calzados ante el rey, que al principio, durante el primer año, en cuanto Norodom se acercaba á un centinela, éste, en vez de presentarle las armas, se apresuraba, por respeto, á quitarse las botas.

Volviendo á la tribuna de las trescientas ochenta y seis mujeres, y dejando aparte sus bellezas y sus defectos, de que ya he procurado dar idea, declaro que vistas á la vez, tomadas en conjunto, con su traje pintoresco, sus bandas y sus paños de brillantes y variados colores, admiran y encantan la vista. Jamás olvidaré este golpe de vista, y aunque no hubiese ido á Camboja más que para gozar de él, no lamentaría el viaje. Quizá tras de mí venga otro, vea lo que yo he visto y quede menos satisfecho. Tanto peor para él: ¡es tan agradable admirar!... y si uno no ha de admirar, ¡para qué andar tanto camino!

Pero ¿es tan sólo para mostrármelo para lo que Norodom ha hecho que salga todo su harem? ¿Habrà querido desplegar sus riquezas ante

un pobre europeo monógamo? ¿Querrá inspirarme envidia ó hacerme honor? ¿O estarán esas señoras como yo, de simples espectadoras, esperando la función prometida? Nada de eso. Como me dijeron, y he repetido en las primeras páginas de este libro, Norodom ocupa, utiliza á todas las mujeres de su harem, y de las más jóvenes ha hecho coristas. Dentro de un instante acompañarán con la voz á los músicos y las bailarinas; y con trocitos de madera, que chocan unos contra otros, marcarán el compás y completarán la orquesta.

El regidor del teatro de S. M., función importante, que confiere al que la desempeña el título de mandarín, corre con apresuramiento desde nuestro estrado, donde el rey le comunica sus últimas órdenes, al pequeño *foyer* de las bailarinas. Su modo de correr es muy divertido: de rodillas, con el cuerpo inclinado hacia delante, los brazos extendidos y las manos apoyadas en el suelo, sólo se sirve, para avanzar, de las piernas y los brazos. Por la gracia real, de bípedo se ha convertido en cuadrúpedo.

Norodom, mientras esperaba á que todo estuviera dispuesto, se dignó ocuparse de mí; y como las pocas palabras que me dijo en francés cuando llegué, eran las únicas que conocía, re-

currió al doctor Ham para preguntarme mi edad. Contesté, aunque algo asombrado de tal pregunta, que no suele entre nosotros hacerse más que en la intimidad; pero el doctor me advirtió que en Cambodge preguntarle á uno su edad, es darle una muestra de interés y simpatía.

Y pronto va á aumentarse el interés que S. M. me demuestra: mirando en derredor por el estrado, me ha parecido reconocer en unos marcos dorados los tan conocidos grabados del retrato de Napoleón III y de la emperatriz Eugenia, por Winterhalter. Como aun no ha comenzado el espectáculo, me levanto y me voy á mirarlos más de cerca. Al volver, el doctor Ham me pregunta de parte del rey si he conocido personalmente al emperador y la emperatriz. Contesto que en Compiègne se habian representado algunas obras mías, y que yo había sido muy bien recibido; y que, prescindiendo de toda idea política, conservaba yo grato recuerdo de los dos soberanos, que tan bien me acogieron. Según parece, una de las cualidades de Norodom, es la de ser agradecido. El emperador Napoleón III le protegió contra el reino de Siam, sin empobrecerle ni humillarle. Se acuerda bien de ello, y mi respuesta, que nada tenía de premeditada,

pues dije lo que sentía, debió conmovérle. Se ha acabado ya la frialdad entre nosotros: vamos á divertirnos... como artistas.

Y un artista es (bien me lo habían anunciado) el que ha estudiado profundamente la literatura de los *Khmers*, los ilustres antepasados del pueblo cambodgiano, y ha elegido entre las obras de éstos las más notables para hacer que las representen en su teatro. La literatura *Khmers*, que indudablemente es de origen indio, no le ha bastado. Sus estudios, sus investigaciones, comprenden también los textos primitivos en idioma sanscrito, el *Ramayana*. De este inmenso poema épico, por lo general difuso, ha sacado episodios de una intriga fácil y, prescindiendo del diálogo, le ha reemplazado en todo lo posible por la danza y la pantomima. Hay que tener en cuenta también que se ha separado de las costumbres del teatro chino, y que ha suprimido los actores para dar todos los papeles, excepto los de bufones, á muchachas jóvenes y bonitas. Le cuestan un dineral; convengo en ello. Yo no sostengo que Norodom sea económico, ni que no pudiera emplear mejor su dinero: sólo digo que es un verdadero artista, y por de pronto yo no le exijo otra cosa.

Ya empieza. La orquesta me lo indica, pues el

telón no se levanta por la sencilla razón de que no lo hay. Las decoraciones y demás cosas que hemos convenido en llamar un teatro, tampoco existen. La obra va á representarse á nuestros pies, bajo el cobertizo, en el espacio comprendido entre el estrado y la gran tribuna de las mujeres.

XII

Las bailarinas ó *Lakhons*.—Sus maravillosos trajes.—Su rostro, su cuerpo.—Norodom, maestro de baile.—Los dos personajes principales.—Siamesas y javanesas.—Las javanesas de la Exposición.—La obra.—Risa del rey.—Champagne, sherry, elgarros.—Sigue el baile.—Las bayaderas celestes que han salido de sus tumbas.—Estoy hipnotizado.—Me creo... un Dios.

Hélas aquí: salen lenta, gravemente, del *foyer*, y al llegar enfrente, ante el rey, se arrodillan, juntan las manos, se las llevan á la cabeza y se inclinan hasta tocar el suelo.

Luego se levantan, y empieza á desarrollarse la acción del drama.

Norodom encarga al doctor Ham que me explique cómo la hermosa joven que va á la cabeza del cortejo es una gran princesa que se pasea por su jardín con las que la acompañan.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RATES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Doy las más expresivas gracias al rey... ¡Pero si él supiera lo poco que me interesa el argumento del drama! Toda mi atención y mis miradas son para las que lo interpretan.

Ante todo, ¡qué trajes tan maravillosos! No hablo sólo de su riqueza, de las piedras preciosas, zafiros, esmeraldas, rubíes, esparcidos por todas partes con profusión y que hacen que chispeen las coronas, los cinturones y los cuerpos de los vestidos. Me seducen principalmente la forma, la originalidad, la rareza de esos ropajes... y sin embargo, pareceme haberlos visto ya... ¡Ah! sí, en los bajo-relieves de los antiguos monumentos de la India, de Siam y de Cambodge. Norodom, inspirándose en esas magníficas esculturas tan bien conservadas á pesar del transcurso de los siglos, ha vestido á sus bailarinas nuevas, sus *Lakhons*, como vestían antiguamente las bayaderas celestes, las que danzaban ante ídolos de los dioses. Es la copia fiel de las mismas vestiduras y de los mismos adornos, collares, brazaletes, anillos. Quizá sean las alhajas de otros tiempos halladas en los sepulcros. Sólo el color de las ropas se diferenciará. El rey, á pesar de sus investigaciones, no ha podido averiguarlo; pero lo ha adivinado, porque está perfectamente elegido: nada excesivamente

te vistoso, nada llamativo; colores indecisos para que resalten más el oro y las piedras preciosas.

¿Y el cuerpo que se mueve, que vive bajo esos trajes? Bien formado, alto, joven, flexible, con una gracia que tiene mucho de felina, una agilidad de fiera, de serpiente más que de mujer.

¿Y la cabeza? No es como la de las jóvenes de la tribuna de enfrente; el perfil es más fino, la nariz más afilada, los ojos más rasgados, la mirada menos viva, lánguida, velada, la boca severa, sin sonrisa, un tanto malévola.

Estas bailarinas, estas *Lakhons*, vienen de todos los países; unas de Java, otras de China y del Japón; la mayor parte, las más altas, las más ágiles, las más bonitas, son siamesas. El color de la piel no es tan claro como el de las cambodgianas, es algo cobrizo, pero no se distingue más que en los brazos, en las piernas y en los pies, descalzos; las bailarinas, sea por coquetería ó porque esté así mandado, se cubren el rostro con una especie de polvos de arroz. Esos polvos, ese tinte blanco, es lo que á veces les da el aspecto de aparecidas.

Sin duda el rey, para que la ilusión sea más completa, ha querido que nos creyéramos en

presencia de las bayaderas celestes muertas hace tres mil años. ¡Oh, que aparecidas más lindas!... ¡Y qué tipo es el tal Norodom II! No tiene bastante con todas las mujeres de su reino. Todos los años encarga á uno de sus adictos que vaya á los países vecinos á encargar ó comprar alguna para renovar su cuerpo de baile. No exige que sepan bailar. Al contrario, prefiere tener discípulas, y las saca excelentes. Lo que quiere ante todo es cosa buena y nueva. En su casa, en su teatro, las bailarinas no envejecen como en la ópera.

Continúa el drama lenta, muy lentamente... No vendrían mal algunos cortes en el repertorio [indio, chino ó cambodgiano... Un príncipe que anda viajando... me dijeron su nombre y ya no me acuerdo de él... ve á aquella princesa..., cuyo nombre he olvidado también... que hemos dejado paseándose por los jardines en compañía de sus servidoras. Se enamora de ella súbitamente, como en nuestras comedias de magia, y quiere acercarse á ella para declararle su pasión. Pero á ella le parece que eso es llevar las cosas demasiado de prisa, y se aleja. Desolación del príncipe. Que se tranquilice: la princesa, siempre seguida de su cortejo, vuelve pronto sobre sus pasos, le mira con más simpatía, y se

aleja otra vez para volver de nuevo. Estas coquetearías, que duran muchísimo tiempo, no me cansan, tan nuevas, hábiles y raras son. Conviene decir que el papel del príncipe lo desempeña una deliciosa siamesa, de unos veinte años, alta, bien formada, que lleva el cuerpo del vestido tan ajustado que parece pegado á la piel.

Un simple detalle indica que una desempeña papel de hombre y otra de mujer: la princesa tiene los brazos desnudos, y los brazos del príncipe están cubiertos por una tela de color de carne, de carne del país, bronceada.

Era cosa de ver á los dos, ó mejor dicho, á los dos, mirarse y luego volver la cabeza, acercarse y después retroceder, sin separar los pies del suelo, pero permaneciendo oscilantes, con todos los músculos de la pierna en acción... y las ondulaciones serpentinas del torso, y los movimientos rítmicos de las caderas, y el brazo extendido retorciéndose de tal modo que parece dislocado, y los dedos finos, separados, terminados en uñas inmensas, puntiagudas, encorvadas, garras en estuches de oro.

Sólo las javanesas que ví ayer en la Exposición podrían dar una idea de esta danza maravillosa, una idea muy vaga. Son verdaderas ja-

vanas y bailarinas, lo reconozco; pero por ningún concepto tienen, ni con mucho, el mérito de las *Lakhons* de Norodom.

Sin embargo, acabé por parecerme que la princesa abusaba de las coqueterías. Su enamorado la agrada, es evidente. Entonces, ¿por qué no entenderse? Como me quedo algo distraído, el rey me pregunta si me aburro. Protesto en el acto, pero murmurando al oído del doctor: «Sólo que me parece que la princesa se pone muchos moños.»

El rey desea saber lo que he dicho, y ruega al doctor que repita mis palabras. Un intérprete cualquiera se hubiese limitado á traducir literalmente la frase, y el rey no lo hubiera entendido; pero el doctor Ham, como hombre inteligente, reemplaza la alocución «ponerse moños», desconocida en Cambodge, por otra equivalente, de uso en el país. ¡Si hubiesen oído las carcajadas de Norodom! Sus mandarines, sus músicos, sus trescientas ochenta y seis mujeres, sus mismas bailarinas, á pesar de su impasibilidad, se han estremecido, por más que están acostumbradas á las carcajadas regias.

Después de reírse así, el rey da sus órdenes para que se abrevie la escena y la princesa deja en seguida que la robe el príncipe, con gran de-

sesperación de las servidoras que tan mal la han custodiado.

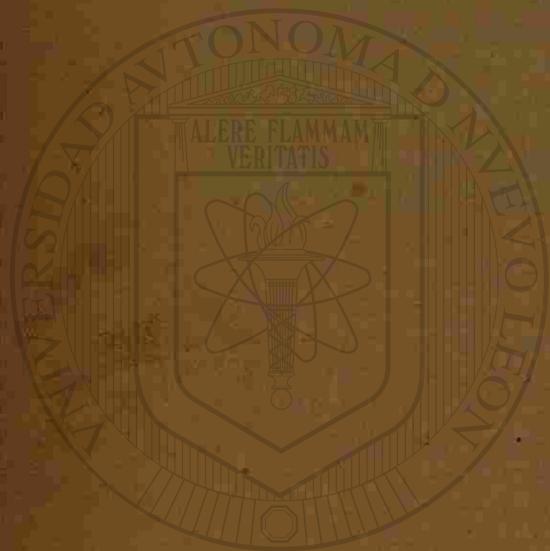
No contaré el final de la aventura ni las demás escenas que representan ante mí sacadas del *Feasamutt* y del *Reamkè*, que no es más que un arreglo al gusto cambodgiano del *Ramayana* sanscrito. Por una delicada atención, y á fin de darme una idea de la literatura dramática cambodgiana, el rey, en vez de disponer que se representase una sola obra, ha mandado que el espectáculo se componga de cinco ó seis episodios elegidos entre sus obras favoritas. Así he visto un poco de cada cosa: el drama, la comedia, el género bufo, y doy por ello sinceras gracias á S. M. Sólo me permitiré dirigirle una censura: la de no haberme dejado la sangre fría necesaria para juzgar bien todos estos géneros diferentes. Apenas había yo vaciado una copa de Champagne, cuando me servían una de sherry, y sucesivamente otra de Champagne, excelente, á fe mía. En cuanto acababa el cigarro, el rey me ofrecía otro, un habano riquísimo, que sacaba de una caja magnífica. Yo, en apariencia, seguía muy tranquilo; pero como juez, como crítico de teatro, creo que dejaba mucho que desear.

¿Era exclusivamente el Champagne, unido al

sherry y los cigarros, lo que me abstraía? ¿No me producían también las bailarinas, las *Lakkons*, un efecto embriagador? Sin embargo, nada provocativo en su mirada. Impasibilidad absoluta del rostro. Ni siquiera sonrisas. Ni un ademán lascivo. Sólo movimientos extraños y casi siempre análogos. Nada nervioso, febril, excitante, como en el baile español, por ejemplo; ni de frenético, de epiléptico, como en la danza de ciertos negros.

Pero el lujo inaudito de los trajes, el brillo hipnotizante del oro y de la pedrería, el rostro inmóvil, impassible de todas esas hermosas criaturas, su palidez cadavérica, sus ojos lánguidos, medio cerrados y de los que sólo se ve lo blanco, como en las muertas; sus labios entreabiertos sobre dientes enrojecidos por el betel y que parecen sangrientos, esos movimientos uniformes, automáticos; esos brazos, esas muñecas, esas manos, esos dedos rígidos ó crispados, esas uñas gigantes, que parecen haber arañado, después de la muerte, en el sepulcro, todo eso tal vez se aproxima á la sensualidad, á una sensualidad refinadísima. Yo seguía allí en mi sillón, fascinado por aquel espectáculo nunca soñado, arrullado por el coro de las mujeres, por sus cadenciosas melodías. Al lado de aquel rey ab-

suelto, de un absolutismo que no conocemos ya nosotros, al son de aquella música primitiva, salvaje, entre aquella corte prosternada, aquellas hermosas bailarinas muertas y aquel gran harem, bien lleno de vida por cierto, creíame transportado á otra época, á otra edad. Quizá por un instante, contribuyendo á ello el Champagne y la imaginación, creí ser alguna divinidad india, ante la cual danzaban las bayaderas celestes.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

XIII

Me llaman á la realidad.—Se prohíbe tocar.—Mis discursos al rey: el que pronuncie y el mental.—Norodom hace justicia á mi demanda.—Veo de cerca y toco.—La siamesa de los ojos verdes.—No es una aparecida.—Adios, señoras.—El álbum del rey.—Su retrato sin diamantes.—Partida.—Vuelta á Saigón.

A las dos de la mañana salí de mi sueño: M. Orsini, sin duda menos hipnotizado que yo, se inclinó hacia mí y me recordó que yo era un simple mortal diciéndome al oído:

—El barco en que va usted á marchar sale á las siete de la mañana. ¿No le parece á usted hora de irse á acostar?

—¡Acostarme! ¡Y solo, solo, en el hotel, de soltero, después de pasar la velada entre tantas mujeres y con un rey tan polígamo! Después he

meditado mucho acerca de lo que hubiera pasado si le hubiese dirigido este discurso: «Gran rey: en Francia, en nuestros museos y nuestros palacios, puede uno contemplar infinidad de obras de arte, de objetos preciosos; pero hay rótulos que dicen: «Se prohíbe tocar.» Lo mismo ocurre en vuestro palacio; se admira, pero sólo á distancia. ¿No sería posible, por excepción, acercarse y tomar un poco para darse mejor cuenta? ¡Oh! seré discreto. No os pido, para estudiarla bien, más que una sola de vuestras bailarinas. ¿Qué es eso para vos? ¡Teneis tantas, aun sin contar á vuestras favoritas y vuestras trescientas ochenta y seis coristas de la tribuna de enfrente!» Tan buenos amigos éramos, que me hubiera contestado, de seguro: «Elija usted!... Y bien sé yo la que hubiera elegido... cierta siamesa de ojos verdes, y bien formada... ¡tan flexible!... Pero para dirigir mi pretensión al rey hubiera sido preciso que alguien hubiera querido traducirla, y el doctor Ham se hubiera negado á ello. Como que vaciló largo rato antes de decidirme á repetir á Norodom la frase siguiente, más reservada y más hipócrita: «Yo he dado á los teatros de París varias obras, entre otras, la *Venus negra*, en la que parecía que las bailarinas llevaban riquísimos trajes y alhajas de

mucho valor. Pero todo era falso: la seda, el oro y los brillantes. Desearía, pues, que se me permitiese admirar de cerca uno de esos magníficos trajes, para poder decir en Francia, cuando regrese: «Allá, en el palacio del rey Norodom I, no hay nada falso, todo es de buena ley.» El doctor repitió textualmente estas palabras, ó bien las arregló á su modo, como había arreglado la locución «ponerse moños.» Ello fué que Norodom, en vez de incomodarse, se echó á reír otra vez, con más fuerza que antes, y se apresuró á dar órdenes para que quedase satisfecho mi deseo.

Quedeme un tanto perplejo durante algunos minutos, dudando si irían á presentarme uno de los trajes en cuestión, como una modista exhibe un vestido para que se admire la tela ó la forma. Hubiera sido un desengaño; era el contenido lo que quería yo ver, el cuerpo, el ser que acababa de cubrir aquella envoltura.

Sin duda me había comprendido Norodom: alzóse en seguida la cortina que separaba el estrado de las habitaciones particulares, y aparecieron ante mí las tres primeras incluso la siamesa de los ojos verdes. A una señal de su amo avanzaron y pude contemplarlas á mi gusto. Las telas eran magníficas. Los zafiros, los rubíes,

las esmeraldas y los diamantes, maravillosos.

Pero desdenando todas estas riquezas, lo que más admiraba yo eran todos aquellos rostros adormecidos hace poco, despiertos ya, todas aquellas muertas resucitadas. Para comprobar su vitalidad y persuadirme bien de que no me las había con aparecidas, llegué hasta poner mano en una de ellas, y, por el calor de su cuerpo, comprobé su existencia. Norodom, en vez de enfadarse, seguía riéndose. ¡Ah, qué buen príncipe! Pero no llevó más adelante su bondad y las tres bailarinas se alejaron gravemente, después de saludarme juntando las manos y llevándoselas á la frente, y doblando las rodillas durante un segundo. Esto es muy respetuoso y muy cambodgiano. Hubiera yo preferido menos respeto, de sabor local, y un poco más de libertad parisiense.

Esta hermosa fiesta terminó prosáicamente: S. M. mandó traer un magnífico álbum y me rogó que escribiera en él algunos renglones. Aproveché la oportunidad para darle por escrito las gracias por su recepción y decir con la mayor sinceridad lo que pensaba de este rey, que es á la vez, según he visto por mí mismo, un verdadero artista.

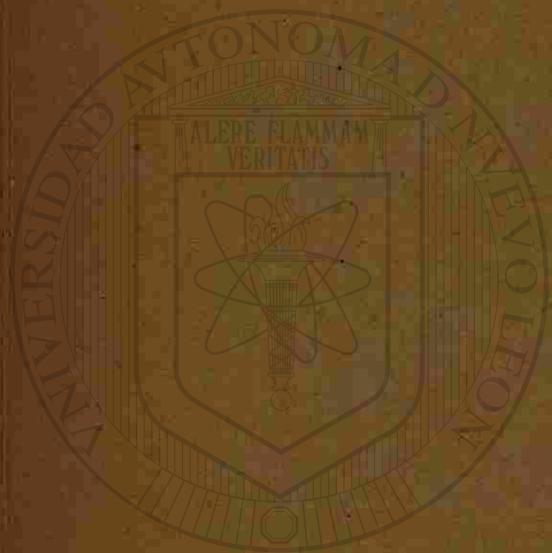
El doctor Ham se apresuró en esta ocasión á

traducir lo que acababa de escribir yo, y Norodom, satisfecho sin duda del cumplido, me prometió en cambio su fotografía, con algunas palabras escritas por él. Ha cumplido su palabra, pues he recibido el retrato un mes después de mi llegada á Francia. No estaba rodeado de brillantes, lo confieso, y no puedo quejarme de ello; el rey los guarda para sus favoritas y sus *Lakhons...*, y hace bien.

Después de despedirnos de S. M. hemos sido conducidos á nuestros carruajes por los mandarines, con el mismo ceremonial que al llegar.

He entrado en casa de Felicidad á las seis de la madrugada, tan dificultosamente como ayer. Los mosquitos... y quizá el recuerdo de la siamesa de los ojos verdes, me han tenido desvelado. A las siete me despedía de mis queridos compatriotas, cuya afectuosa acogida no olvidaré jamás. Luego me embarqué en el *Attalo*, y bajé por el río por donde había subido tres días antes.

A la noche siguiente desembarqué en Mitho, y por la mañana tomé el tren que por una vía preciosa lleva en tres horas á Saigón.

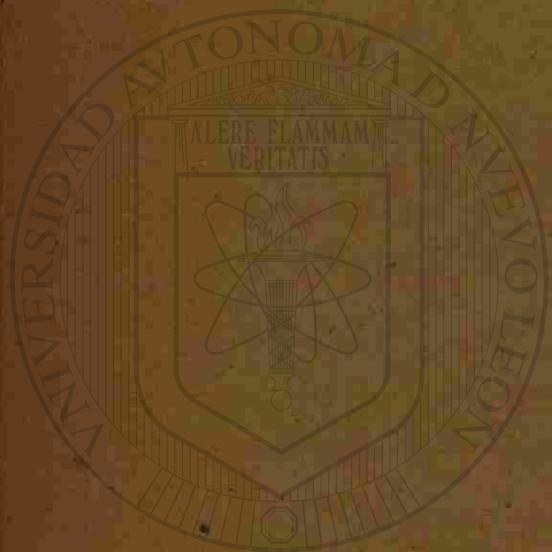


DESPUÉS DE LAS QUINIENTAS MUJERES

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

DESPUÉS DE LAS QUINIENTAS MUJERES

Los lectores que han pasado el capítulo que se titula *Antes de las quinientas mujeres*, deben pasar éste, que es el viaje de vuelta, con el mismo itinerario en sentido inverso, y algunas palabras en estilo telegráfico sobre *Kandy*, en la isla de Ceylán.

Salgo de Saigón en el paquebot de las Mensajerías marítimas el *Ava*.

El comandante Vimont se ha dignado facilitarme uno de los dos hermosos camarotes situados junto al suyo, sobre el puente. Viajaré más cómodamente aún que en *Yang-Tsé*.

Nos hacemos á la vela á la una de la madrugada, durante la noche del *sábado 14 al domingo 15 de Enero de 1888*.

Llegamos al cabo de Santiago á las seis de la mañana. Nos dirigimos hacia Singapoore.

Nombres de algunos pasajeros: M. Piquet, plenipotenciario que fué en Cambodge y subgobernador de Cochinchina. Regresa á Francia, de donde no tardará en volver indudablemente con un cargo más elevado. Ocupa el otro camarote del puente al lado del mío. Es para mí gran fortuna tener tal vecino. M. Villard, que acaba de desempeñar un destino o importante en Cochinchina. El doctor Jan, M. Corte, comandante de artilleros argelinos, el doctor Rossel, M. Huyn de Vemeville, y el encargado de negocios indígenas y gran cazador de tigres y elefantes, de quien he tenido antes el gusto de hablar. Un afectuoso recuerdo á todos estos deliciosos y simpáticos compañeros de viaje.

Hemos hecho la travesía del cabo de Santiago á Singapoore en dos días y medio, con tiempo hermosísimo y mar tranquila.

El martes 17, á las once de la noche, estamos á la vista de Singapoore. Anclamos en la rada. Entramos en el puerto y se amarra á las cinco de la mañana.

Salimos el mismo día á las cinco de la tarde. Magnífica vista al salir del puerto.

CUATRO DÍAS COMPLETOS DE SINGAPOORE Á
COLOMBO, SIN CONTAR EL DE SALIDA NI EL
DE LLEGADA

El mismo tiempo, hermosa mar.

Llegamos á Colombo el domingo 22, á las cuatro de la mañana. No habiendo de salir hasta el día siguiente, tengo tiempo de ir á Kandy, sueño que acaricio desde la primera vez que pasé por Ceylán.

A las cinco y media, medio á oscuras todavía, salgo de mi camarote, dispuesto á bajar á tierra y prevenido para la calurosa jornada, tanto más calurosa cuanto que pienso verlo todo, ir á Kandy en el tren de la mañana y volver en el de la tarde, sin que haya que contar con siesta ni baño á las horas de más calor. Por lo demás, mi atavío es de los más primitivos; una camisola de franela, ligera, una chaquetilla de tela blanca, abotonada hasta el mentón, lo que permite prescindir de la camisa; un pantalón tan fino como la chaqueta, zapatos bajos, de paño, y un casco, el casco indio, de corteza de árbol, con grandes rebordes por detrás para preservar la nuca.

Me impaciente: los pasajeros con quienes pienso ir á Kandy no están preparados todavía. ¡Si perderé el tren!

Por fin vienen y me tranquilizan; los domingos se sale una hora más tarde.

Los bateleros del puerto, verdaderos salvajes, subidos en sus piraguas de balancín, se acercan á los costados del *Ava* y nos ofrecen sus servicios. ¡Oh! No se han declarado en huelga como lo están en el momento en que escribo estas líneas, en que evoco estos recuerdos, los cocheros de París.

Partimos. Mi balancín se porta muy bien: solo una ducha al entrar, lo que hice con mucha torpeza. Pero, ¡la ha de secar tan pronto el sol!

Desde mi piragua paso á un coche que nos lleva en pocos minutos á la estación.

El tren nos espera: grandes vagones por donde circula libremente el aire, y un comedor, lo que nos permitirá almorzar en ruta.

Desde que salimos de Colombo un encanto, una orgía de vegetación. Verde sobre verde, flores de todos matices, sobre flores; palmeras, bananeros, cocoteros, bambús, plantas trepadoras, confundidos, creciendo unos sobre otros en magnífico desorden. De cuando en cuando una llanura, un arrozal, una aldea, abundantes arro-

zos, lagos, y á lo lejos, muy lejos aún, una larga cadena de montañas perdidas entre lo azul del cielo.

En los senderos, en los sonrosados caminos que costea la vía férrea, muchachos jóvenes y hermosos con largos cabellos, y con vestidos de colores vivos ó medio desnudos, sin que su desnudez tenga nada de chocante, caminan lenta, gravemente como reyes de comedia; pero con gracia natural.

Junto á un lago una porción de mujeres y muchachas completamente desnudas. Sorpréndelas el tren y se arrojan al agua por decoro. Afortunadamente no hay mucha profundidad en aquella parte, y nuestras indiscretas miradas divisan al vuelo lindas pechugas y bustos de bronce claro.

Algunas estaciones están muy animadas. Los habitantes del país me ofrecen cocos, bananos, y, sobre todo, flores. ¡Y qué flores! Las hay tan grandes como un ramillete.

En la estación de *Rambukana* dejamos nuestro vagón para pasar al *Dining-car*.

Almuerzo un poco tostado, medio inglés y medio indio: el eterno *Kari* y una porción de platitos fuertemente sazonados. Pero la cerveza está bastante fresca, y el vino de palma, que

me empeño en probar, me parece excelente. Por lo demás, hacemos poco caso del almuerzo, deslumbrados como estamos por el hermoso paisaje que se presenta á nuestra vista.

Desde hace una hora ha cambiado de aspecto. El tren sube, sube siempre. A nuestros piés, un precipicio de trescientos ó cuatrocientos metros; luego, abajo, grandes valles, arrozales, cultivos de té, árboles, todavía árboles, pero de una vegetación menos tropical, y á lo lejos montañas limitando el valle. Por un instante me ha parecido que estaba en los Pirineos. Miro á la derecha, miro á la izquierda, adelante, atrás y quedo maravillado.

Me enseñan una cascada, un ramo de flores asombrosas, un ave gigantesca, un mono subido á un árbol, y no sé hacia qué lado volverme.

Después de habernos elevado hasta seiscientos metros, volvemos á bajar, y hénos ya en Kandy. Decididamente, este camino de treinta leguas por el interior de la isla merece su gran reputación.

Y Kandy, la antigua capital de la isla de Ceylán, ¿es digna de su renombre? No; es demasiado inglesa. Su lago no vale lo que el de Enghien. La ciudad de los indígenas no tiene el carácter de los pueblos que hemos visto por el camino.

Las ruinas del palacio están realmente muy arruinadas, y el templo donde dicen que se conserva un diente de Budha, no vale la pena del viaje. En cuanto al diente, no le he visto... y me tiene sin cuidado.

Después de un momento de descanso en la galería de *Queen's Hotel*, donde una encantadora de serpientes nos muestra sus reptiles, tomamos un carruaje para ir al jardín de Peradeniya. Valor se necesita, porque el sol abrasa.

Primero el lago, luego numerosas villas de ingleses é inglesas que están de campo, precioso camino, muy alegre, muy florido, y llegamos al jardín en cuestión. Según muchos cingaleses, en él y no en el pico de Adam es donde estuvo situado el paraíso terrenal. Bien está; á todo me avengo. Pero la manzana me preocupa algo: no hay ni un manzano en Ceylán. ¿Si se comieran Adam y Eva un ananá ó un coco? De otra parte, me atormenta la idea de que nuestros primeros padres fueran tan culpables: ¡por glotonería, dar motivo para que los arrojasen de un lugar como Peradeniya!

¡Hé aquí ahora un despilfarro, una orgía, una locura de la vegetación! Arbustos y plantas acuáticas de forma y color extraños, y árboles extraordinarios que la naturaleza ha debido crear

en un día de delirio. Uno de mis acompañantes me enseña un banano: me lo esperaba; el banano es de precisión. Quien no lo ha visto, no ha visto nada. A los que no lo conocen... y creo que son muchos... les diré que es un árbol gigantesco, que los indios consideran como sagrado. Sus ramas crecen horizontalmente, se doblan hacia la tierra, toman en ella raíces, y forman un nuevo tronco. El árbol revive por sí mismo: sus retoños, sus hijos, le dan nueva existencia y le hacen eterno.

Sigo mi paseo por este jardín mágico y creo estar soñando. Muchas veces dudo si estoy en la tierra, ó si, á fuerza de viajar, de ir siempre adelante, abré acabado por pasar á otro planeta, un planeta alumbrado y calentado por infinidad de soles.

Sin volver á Kandy, llegamos á una estación próxima á Peradeniya, y recorreremos en sentido inverso el camino de esta mañana. Bien se puede volver á verlo.

Llegamos á Colombo á los siete de la tarde, á comer. Este delicioso viaje no ha durado más que doce horas.

Salimos de Colombo el lunes 23, á las seis de la mañana.

Ha aumentado mucho el número de pasaje-

ros, á consecuencia de un accidente ocurrido al buque del Estado *Schamrock*, que, habiendo salido de Saigón ocho días antes que nosotros y con rumbo á Tolón, ha arribado á la costa entre Colombo y la punta de Gales, en la isla de Ceylán. El general de división Munier y varios de sus oficiales, que el *Schamrock* llevaba á Francia, prefiriendo continuar el viaje en el *Ava*, de las Mensajerías marítimas, se han embarcado en él durante mi excursión á Kandy. Al principio me contrarió tal aumento de pasajeros, porque éramos ya bastantes. Pero después de conocer al general, lo único que he lamentado es que rehusase mi hermoso camarote sobre el puente, que me apresuré á ofrecerle. ¡Qué hombre tan estimable y simpático! Con él me pareció corto el resto del viaje. Hoy manda la división de Constantina. ¡Ah, si tuviese yo tiempo de ir á verle!... También han embarcado en Colombo el conde y la condesa Horace de Choiseul y M. de Marolles, que viene de Pondichery, donde era tesorero general desde hace muchos años.

SEIS DÍAS COMPLETOS, SIN CONTAR EL DE SALIDA Y EL DE LLEGADA, PARA LA TRAVESÍA DE COLOMBO A ADÉN.

Martes 24.—Sigue el buen tiempo, 364 millas. A consecuencia de una avería en la máquina, durante la noche del martes al miércoles, la marcha se acorta y no andamos más que 327 millas, y 322 al día siguiente. El viernes 27 volvemos á las 351 millas. Al sol Poniente, la isla de Socotora, en la costa oriental de Africa. Se divisa el *Cachemyr* de la Peninsular.

Sábado 28.—A las seis de la mañana, el cabo Guardafuí. Al regresar, se da uno cuenta con más facilidad del naufragio del *Meihong* y de tantos otros. Existen, por decirlo así, dos cabos Guardafuí. Cree uno haber doblado el primero, y va á caer en los escollos del segundo.

Seguimos la costa durante toda la mañana; bella brisa, hermosa mar.

A las diez y media nos encontramos con el vapor *Fraonaddy*, de la Compañía, que pasa á cien metros de nosotros. Magnífico espectáculo. Es el paquebot con el que nos cruzamos por la

noche, en el canal, cuando iba á Marsella. Hoy él vuelve, y á nosotros nos toca ir.

Domingo 29.—Se ve la costa de Aden desde las ocho de la mañana. Entramos en la rada á las once de la mañana. Salimos de Aden el mismo día, á las cinco. Grandioso aspecto de las montañas al sol Poniente.

DE ADEN Á SUEZ, TRES DÍAS COMPLETOS, SIN CONTAR EL DE SALIDA NI EL DE LLEGADA.

A las once y media de la noche subo sobre cubierta para ver las luces de Perim, á la entrada del Mar Rojo. Paso estrechísimo. Como la bruma es muy espesa, disminuimos la velocidad, y nuestra sirena muge constantemente. Gracias á estas precauciones, el *Ara* pasa á una respetable distancia de varios buques.

Lunes 30.—Durante todo el día islotes á la vista, á estribor, hacia la costa de Arabia.

Martes 31.—325 millas desde el día anterior. Nuestra marcha ha disminuído. Viento fuerte, pero buen tiempo.

Miércoles 1.º de Febrero.— Nos despertamos en el estrecho de Suez. Tierra á ambos lados; parece que navegamos por un gran río. Varios vaporcitos hacia la costa. A las diez y media, un buque inglés pasa á 200 metros de nosotros. Saludos recíprocos. La vista del Estrecho es magnífica; las montañas muy iluminadas. Anclamos en la rada de Suez á las cinco. La Sanidad egipcia nos tiene en observación durante veinticuatro horas, bajo pretexto de que hemos estado en comunicación con el anejo de Bombay, donde ha habido algunos casos de cólera. Enarbolamos el pabellón amarillo de cuarentena.

Permanecemos en la rada todo el día 3. Entretengo el tiempo en admirar las rosadas montañas que nos rodean, y del lado de Suez el extremo del canal, donde se ve á cada momento entrar y salir nuevos navíos. Parece que caminan sobre arena. A las dos, un buque francés de gran porte sale del canal. Los de á bordo reconocen inmediatamente al *Annamita*, buque del Estado, que se dirige á Saigón.

Nos es sumamente agradable verle pasar sólo á algunos metros del *Ava*; pero á nuestro estado mayor le parece imprudente que pase tan cerca.

A las cinco aparejamos.

DE SUEZ Á PORT-SAID, VEINTIDOS Á VEINTICUATRO HORAS, CAMINANDO DE NOCHE.

Entramos en el canal. Navegamos durante toda la noche, gracias á la electricidad. Es un espectáculo que no me canso de mirar desde lo alto de la cubierta; parece que se navega por un río azul claro, rodeado de copos de nieve.

Sábado 4.—Al despertar, hace tiempo que hemos pasado Ismailia. Sólo nos separan de Port-Said 20 millas.

A las diez, durante el almuerzo, pasamos al *Natal* de la Compañía, que se ha detenido. A las cuatro llegamos á Port-Said.

Salimos á las tres.

DE PORT-SAID Á ALEJANDRÍA, DOCE HORAS PRÓXIMAMENTE.

A las tres de la mañana en Alejandría. A las seis entramos en el puerto.

Domingo 5.—Tiempo brumoso, lluvia. A las diez se apareja.

DE ALEJANDRÍA A MARSELLA, CUATRO DÍAS COMPLETOS, SIN CONTAR EL DE SALIDA NI EL DE LLEGADA.

Mar agitada.

Lunes 6.—Viento fuerte, mala mar; sin embargo, por la tarde mejora algo. No hemos andado más que 272 millas del domingo al lunes.

Del martes 7 al miércoles 8.—Sigue el mal tiempo. El viento ha saltado al NE. Frío, lluvia. La mar muy fuerte. En el cuaderno de bitácora se lee lo siguiente: «Cielo claro, fuerte viento N.-NE.; violentas ráfagas. Mar muy gruesa. El buque cubierto frecuentemente por las olas.»

Por la noche, á pesar de estar muy acostumbrado (á los veinte años había atravesado ya cuatro veces el Atlántico), me es imposible llegar á mi camarote y me acuesto abajo, en la sala común.

El miércoles, 8, á las seis de la mañana, en-

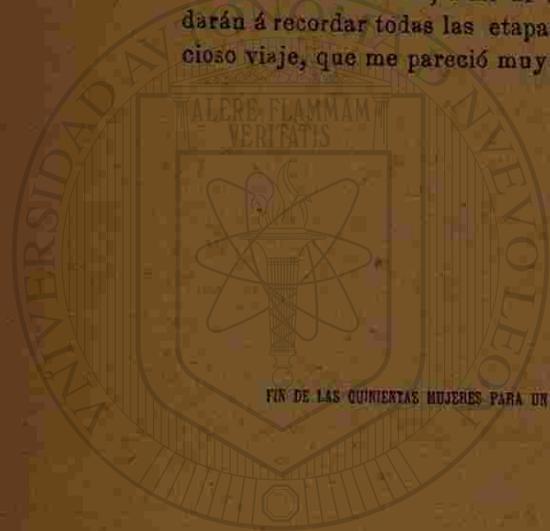
tramos en el estrecho de Mesina. Hermoso sol, deliciosa jornada.

Jueves 9.—Desde por la mañana, se divisan las costas de Cerdeña. Nos dirigimos hácia las bocas de Bonifacio, á pesar del mistral que sopla muy fuerte, y parece que nos aconseja tomar el otro camino, por el Norte de Córcega. Se ve el mástil y una parte de la proa del buque inglés *Ogúlvie*, que naufragó delante del faro, el 8 de Enero último, despues de haber pasado yo por vez primera el Estrecho.

Mal fin de jornada, mala noche. Por fin, á las cuatro de la mañana, la mar se calma. Al salir el sol estamos á la vista de Marsella. A las seis anelamos en el puerto.

Habiendo salido de Saigón el domingo 15 de Enero, llegamos el viernes 10 de Febrero, á las diez de la mañana, ó sea á los veintiseis días, con veinticuatro horas de cuarentena, veinticuatro de escala en Colombo, algunas averías en la máquina y mal tiempo en el Mediterráneo. Verdad es que el *Axa* está mandado por el lugarteniente de navío Vimont, que sin cesar se ocupa de su buque, sin descuidar, no obstante, á sus pasajeros... de los que algunos, como yo, vienen á ser sus amigos.

He concluído: he intercalado como deseaba mi viaje á Cambodge entre los dos itinerarios. Si á nadie le sirviesen, á mí al menos me ayudarán á recordar todas las etapas de este delicioso viaje, que me pareció muy corto.



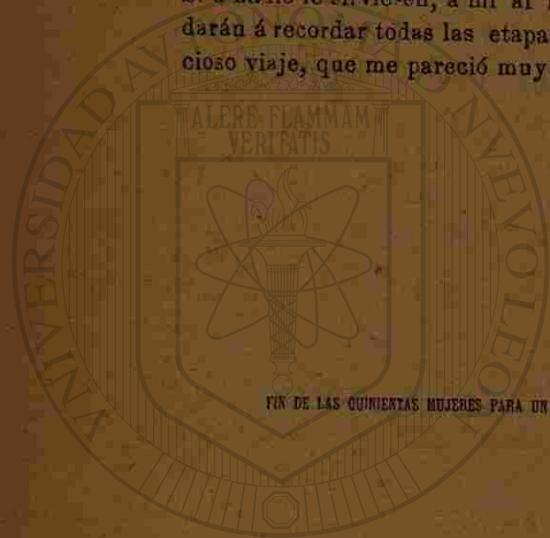
FIN DE LAS CIENTAS MUJERES PARA UN HOMBRE SOLO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEX.

LA PALOMA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

He concluído: he intercalado como deseaba mi viaje á Cambodge entre los dos itinerarios. Si á nadie le sirviesen, á mí al menos me ayudarán á recordar todas las etapas de este delicioso viaje, que me pareció muy corto.



FIN DE LAS CIENTAS MUJERES PARA UN HOMBRE SOLO

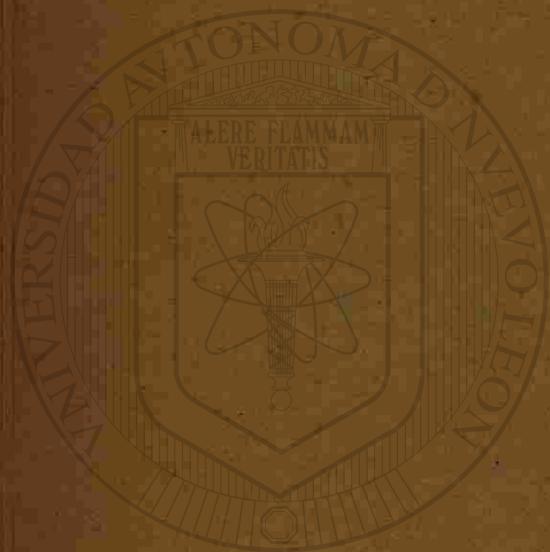
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEX.

LA PALOMA

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN

I

Ocurría esto en la aldea de Morelles, una tarde de Enero, á eso de las cinco, en la cocina de la posada de Juan Clavé, tabernero y cosechero. Clavé, que acababa de llegar de la viña, se calentaba junto al hogar, con cara seria y gesto avinagrado, mientras su mujer preparaba la cena, y su hija Arsenia, hermosa morena de dieciocho años, ponía la mesa. Marcháronse al aproximarse la noche cuatro ganapanes que jugaban al billar en la habitación de al lado, quedóse sola la familia, y suscitóse una disputa relativa á los adoradores de Arsenia, y particularmente á cierto Vicente Minaut, con quien, por lo visto, se comprometía ella.

—No se habla de otra cosa, dijo Clavé, y

tiempo es ya de que esto acabe. Te prohibo que vuelvas á hablarle.

—No viene aquí jamás, ni aun los domingos, con los demás jóvenes.

—Porque le puse un día á la puerta de la calle, y se acuerda de ello. Pero otros sitios hay: en el baile, donde solo danzas con él, y en la tertulia de la Vinette, donde está siempre pegado á tu silla y hablándote al oído.

—Pero, querido, estoy allí yo, dijo la señora Clavé.

—Sí, ¡buena garantía! Ya sabemos tus complacencias. Cuando las mujeres no coquetean por su cuenta, su mayor placer es ver cómo coquetean sus hijas.

—Después de todo, exclamó Arsenia, ¿qué es lo que tienes que censurar á Vicente?

—Pues le censuro... que su padre está arruinado. No me acomoda, ¿lo entiendes? que mis bienes sirvan para pagar las deudas de los Minant. Pero no, no ha de ser así.

En aquel momento llamaron á la puerta, y cesó la cuestión.

—Adelante, gritó Clavé.

Abrióse la puerta, y entró un hombre de unos sesenta años, en traje de caza, escoltado por dos galgos corredores, tan enlodados como él.

—¡Ah!, es M. Pié-Rondal! exclamó Clavé levantándose y llevándose respetuosamente la mano al gorro.

—El mismo, amigo, dijo el recién llegado, y vengo á pedirte cena y cama para esta noche.

Y al decir esto, se desembarazaba de los arreos de caza, apartaba con el pie á los perros y presentaba al fuego su plácido rostro adornado con patillas que empezaban á encanecer.

M. Pié-Rondal era un honrado abogado inscrito desde hacía cuarenta años en el colegio de su pueblo natal, que, contando con un regular patrimonio, y siendo célibe por sistema, había abandonado poco á poco los negocios para entregarse exclusivamente á sus aficiones dominantes: la caza y la arqueología. La primera de estas pasiones le había hecho recorrer durante todo el día un bosque que poseía en las cercanías. La segunda, la arqueología, le llevaba á aquel pueblo y á aquella posada.

La señora Clavé añadió á la cena preparada unas lonjas de jamón y una tortilla, y se ofreció á servir aparte, en su habitación, á M. Pié-Rondal; pero éste prefirió comer en familia, porque, según dijo, quería que Clavé le diese ciertas noticias.

En efecto, en cuanto estuvieron á la mesa, se informó de si había en el pueblo una familia apellidada Minaut. Al oír este nombre, que recordaba la reciente disputa, Arsenia y su madre se pusieron coloradas y Clavé frunció sus espesas cejas.

—Ciertamente, respondió, hay Minauts aquí, y maldita la falta que hacían.

—¡Ah! ¿Andais enredado con ellos?

—Casi, casi. En fin, mañana podréis ver, si gustais, á Félix Minaut y á Vicente, su hijo.

—¿No hay más en el país?

—No... y es muy bastante.

—Indudablemente es muy bastante, dijo sonriendo M. Pié-Rondal, si, como supongo, son descendientes de los sobrinos del cura Minaut, vicario de San Eusebio, que emigró durante la revolución... porque ya sabréis que el cura Minaut era originario de Morelles.

—Lo ignoraba en absoluto.

—Vamos al caso, porque eso se remonta á lejanos tiempos. Sí, continuó Pié-Rondal, el cura Minaut era paisano vuestro. Un hombre de notable talento: siendo todavía muy joven compuso un Tratado de disciplina eclesiástica, y, lo que es mucho más interesante para mí, emprendió la continuación de la *Historia de la ciudad y diócesis*

de Auxerre, á partir de la época en que termina la obra del presbítero Lebeuf. Pues bien, como precisamente me ocupo del mismo asunto, comprenderéis cuánto me interesa recoger las notas y documentos que había él coleccionado. ¿Pero dónde están? He rebuscado inútilmente en los archivos públicos y en las colecciones particulares... y por fin he pensado que el cura Minaut, al huir de Francia, debió confiar lo que más en aprecio tenía, y por consiguiente sus manuscritos, á alguien de su familia—á su hermano quizá—de quien los actuales Minaut serán descendientes. ¿Os parece que esa familia habrá conservado cuidadosamente tal depósito?

Clavé no tenía idea alguna sobre el particular. Sólo sabía que los Minaut pertenecían á una antigua familia, considerada en el país en buena posición, y hasta rica. Por desgracia, Félix Minaut se había entrampado y arruinado en el comercio de ganados, y, teniendo ya sin duda algo trastornada la cabeza, se dedicaba, para rehacer su fortuna, á buscar tesoros en su bodega.

—¿Y quieren que entregue mi hija al hijo de ese hombre? ¡Jamás! gritó Clavé, dando un puñetazo en la mesa.

M. Pié-Rondal se explicaba, después de oír

esto, la amargura de las anteriores frases de su huésped.

—Si él no te ha pedido nunca mi mano, dijo Arsenia mirando fijamente á su padre.

—Porque sabe que no accgería bien su pretensión. No, espera á que estés comprometida hasta el punto de que no pueda yo negarme. ¡No lo esperes! Suceda lo que quiera, jamás consentiré.

La disputa iba á reproducirse; pero M. Pié-Rondal intervino, y los apaciguó lo mejor que pudo. No obstante, Clavé insistía acerca de las imprudencias de su hija.

—Figuráos, dijo, que en el baile nunca baila más que con ese Vicente Minaut.

—Pues bien, dijo resueltamente Arsenia, si esto te disgusta, no volveré al baile.

—¡Bah!... ¿Ni á casa de la Vinette?

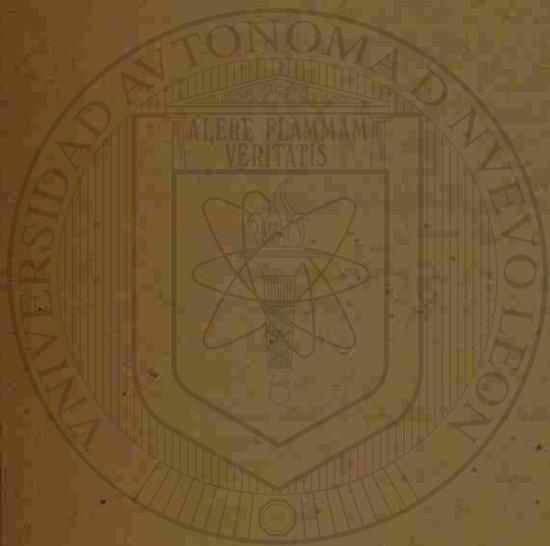
—Tampoco. Pasaré la velada aquí con mi madre.

Era esta una sumisión edificante. La señora Clavé abrazó con ternura á su hija, mientras Mr. Pié-Rondal las felicitaba, y Clavé dejaba escapar un gruñido de satisfacción.

Después de cenar M. Pié-Rondal, que estaba cansado, dispuso que le enseñasen su habitación, y en cuanto llegó á ella se acostó.

Durmió mal: las pesquisas á que pensaba dedicarse al día siguiente le preocupaban. A media noche un ruido que se oyó hacia el jardín le despertó. Se levantó, abrió la ventana y á pesar de la oscuridad pudo distinguir un mozo vestido con blusa que huía atravesando el jardín, mientras que, no lejos de aquel lugar, la hermosa Arsenia cerraba discretamente el balcón.

Este descubrimiento que nada tenía que ver con la arqueología, le escandalizó un tanto, y comprendió que una machacha contrariada en su inclinación no cede en un punto más que para apoyarse en otro.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

Al día siguiente, por la mañana, M. Pió-Rondal hizo que le indicasen la morada de los Minaut.

Estaba situada en un extremo del pueblo, sobre una ligera eminencia: era de construcción antigua, precedida de un patio grande y rodeada de dependencias casi derruidas. A un lado elevábase un gran palomar, falto de habitantes desde hacía mucho tiempo, pero rematado en lo alto por la inevitable paloma de barro cocido. Aquel conjunto podía haber constituido en otro tiempo una especie de casa solariega; pero se hallaba ya tan degradado, aquellos muros carcomidos y ruinosos mostraban tal incuria y miseria, que la peor casa del pueblo podía pasar

por un palacio comparada con aquella vivienda.

Pié-Rondal divisó, en el interior del patio, á un robusto mozo de veintidos años, ocupado en cargar un carro de estiércol, y creyó reconocer en él al galán de quien había oído hablar la pasada noche.

—Hay quien ha dormido mal esta noche, y cree que vos habéis madrugado mucho.

Turbóse el joven, que era, en efecto, Vicente Minaut.

—¿Cómo, señor! ¿Erais vos? balbuceó.

—Sí; yo era. ¡Vamos! Estad tranquilo; yo nada diré. Pero, ¡caramba! tened más prudencia, porque si Clavé hubiera estado en mi lugar... ¿eh?... no tiene buenas pulgas.

Vicente lo sabía mejor que nadie. Dió las gracias con una expresiva mirada á M. Pié-Rondal, y le invitó á que entrase en la casa.

La habitación donde le introdujo era una vasta cocina, ahumada, alta de techo, y en ella, sentado ante la mesa, un muchacho de catorce años se disponía á atar sus libros para ir á la escuela, mientras su madre, mujer alta, seca y ya rugosa, cuidaba de que cociesen al fuego de sarmientos unos salvados para las aves.

M. Pié-Rondal iba á explicar el objeto de su visita, cuando llamaron su atención unos golpes

que venían de debajo de tierra, como si alguien se dedicase á minar la casa.

Preguntó qué significaba aquello.

—Es mi padre, que trabaja en la bodega, contestó Vicente.

Y mandó á su hermanillo que avisase á Minaut que un señor deseaba verle.

Después de lo que había oído el día anterior, no le costó trabajo á M. Pié-Rondal adivinar de qué trabajo se trataba.

Hízole esto temer un mal recibimiento: los buscadores de tesoros no gustan de ser interrumpidos en sus tareas.

Quedó, pues, agradablemente sorprendido cuando un momento después vió entrar á un hombre de unos cincuenta años, no sombrío y exaltado, como él esperaba, sino tranquilo, de ojos inteligentes y dulces, vaga sonrisa en los labios, y en toda su persona una especie de distinción natural perceptible hasta bajo sus groseros vestidos manchados de tierra.

M. Pié-Rondal, después de disculparse, habló de sus estudios arqueológicos y del cura Minaut, cuyos manuscritos buscaba. Añadió que, habiendo éste nacido en Morelles, debía ser pariente de las personas del mismo apellido que habitaban aún en aquel pueblo.

—Era tío mío, hermano de mi abuelo.

—¡Ah! ¡Perfectamente! Entonces ha debido dejaros papeles...

—En efecto, pero bien pocos quedan... Están á vuestra disposición.

M. Pié-Rondal dió las gracias expresivamente, y añadió:

—Posible es que mis investigaciones puedan servir de ayuda á las que practicábais vos ahora mismo.

—¡Ah! exclamó Minaut, ¿os han hablado de eso?

—Sí, y además, al entrar aquí, he oído cavar en el sótano.

—Era yo. No tengo por qué ocultarlo. Yo sé que por alguna parte en esta casa ha sido enterada una cantidad de consideración por mi abuelo y ese mismo cura Minaut de que hablabais, y me he propuesto descubrirla.

—¡Muy bien! Pero si el cura Minaut fué quien la enterró, debió tomar sus precauciones para que no quedase perdida para su familia; probablemente, dejaría alguna nota, una indicación cualquiera.

—No, señor. Claro es que por esa misma razón no empecé mis trabajos sin haber hojeado antes todos los papeles que hay en la casa.

—¿Y no encontrásteis nada?

—Nada, absolutamente.

—Es extraño. Y sin embargo, ¿estáis seguro de que hay dinero oculto aquí?

—Sí, señor; al menos en cuanto puede uno estarlo de una cosa certificada por persona fidedigna. Sobre todo, juzgad vos mismo si tengo ó no razón.

Minaut invitó á su interlocutor á que se sentara; y después de avivar el fuego, que se extinguía, continuó:

—Hace de esto mucho tiempo; tenía yo doce ó trece años, pero me acuerdo como si hubiera pasado ayer, cuando oí á mi abuela, sentada en el mismo sitio en que estoy yo ahora, decirnos á todos:

«Hijos míos, no vendáis esta casa hasta tanto que hayáis encontrado el dinero que en ella hay escondido, una cantidad considerable, os lo aseguro, y que vale mucho más que la casa misma.» Decía esto por centésima vez, y como mi padre, algo incomodado, le preguntara en qué lugar se hallaba aquel tesoro, ella movió tristemente la cabeza, diciendo: «No debo, no puedo decíroslo; pero aquí hay dinero, estoy segura: buscadlo.»

—¿Vuestra abuela era entonces muy anciana?

—Comprendo. Sí, señor; era anciana, pero conservaba bien sus facultades intelectuales y no chocheaba. Además, si bien no podía determinar el sitio, hablaba de ciertas circunstancias muy verosímiles. En la época de la revolución mi abuelo y el cura Minaut acababan de heredar esta casa y las propiedades á ella anejas, mucho más importantes entonces que actualmente. El cura, perseguido por negarse á prestar el juramento exigido á los sacerdotes, se decidió á emigrar.

Previendo además que la persecución no pararía en esto, persuadió á su hermano á que vendiese la mayor parte de la herencia común.

Realizóse esta venta; ¡imagináos en qué condiciones! Ellos querían metálico y el dinero andaba muy escaso. Sin embargo, se realizó, y el producto, es decir, unos cuarenta mil francos, fué enterrado por los dos hermanos en un lugar de la casa en que nos encontramos; luego, el cura partió.

Las precauciones no eran exageradas. Hermano de un emigrado y conocido él por sus opiniones monárquicas, mi abuelo fué reducido á prisión y sus bienes secuestrados; pero sobrevino la reacción y le pusieron en libertad.

Poco después, á principios del 95, se casó.

Del cura no había noticias, ni nunca se han tenido después. En cuanto á mi abuelo, varias veces discutieron él y su joven esposa acerca del precio de los bienes vendidos, y él le decía que el dinero estaba en *lugar seguro... no lejos de aquí... no en casa del vecino, seguramente.*

Os cito sus expresiones tales como mi abuela nos las refería más de cuarenta años después. Nunca dió más explicaciones, fuera porque temiese una indiscreción involuntaria de su mujer, fuera porque no quisiese disponer de un secreto que no era suyo solamente. ¿Había de prever él lo que ocurrió? Su hermano, cuyo regreso esperaba, no volvió; y él, poco tiempo después, un día que paseaba en coche por el bosque, volcó el carruaje y él cayó debajo de una rueda: le trajeron moribundo á casa, donde espiró sin haber podido pronunciar ni una palabra.

Lo dejo á vuestro juicio: ¿estoy fuera de razón? ¿Se me debe tratar de visionario y loco, como hacen mis convecinos?

—No, contestó M. Pié-Rondal; esos datos me parecen dignos de crédito, y sólo me extraña que hayáis aguardado hasta ahora para comprobarlos.

—¡Ah, señor! Estad seguro de que las excavaciones que actualmente estoy practicando no

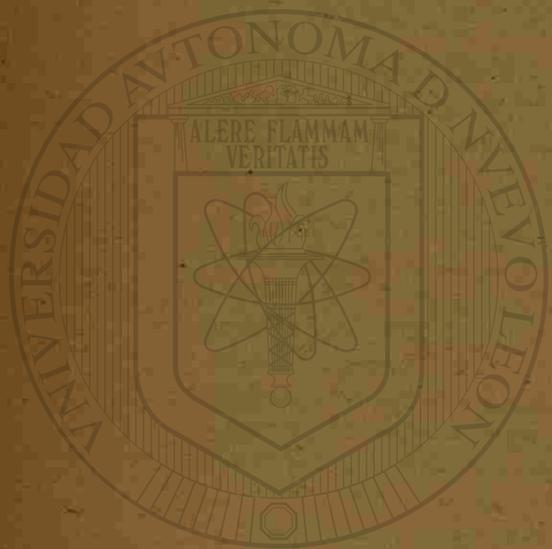
son las primeras. Ya mi abuela hizo que arañasen la superficie de esa misma bodega que cavo yo ahora, hasta dos piés de profundidad. Mi padre se dedicó al corral de las ovejas, y yo hace veinte años levanté el piso de los establos y cuadras. ¡Cuánto habremos removido aquí desde hace setenta años! Despechado, acabé por dejarlo, y me dediqué al comercio. Si me hubiera enriquecido, es probable que no hubiese vuelto á hacer nuevas excavaciones; me hubiera limitado á transmitir á mis hijos el enigma que nos atormenta durante tres generaciones. Pero lejos de enriquecerme, he contraído deudas, y... os lo digo en confianza, temo que me expropian mis acreedores. ¿Comprendéis? ¡Ver vender por una mezquina cantidad esta casa que contiene un tesoro!... Es gran suplicio pensar: «Me bastarían doce ó trece mil francos para salir de apuros, y hay aquí una cantidad doble ó triple, que me pertenece, que está al alcance de mi mano, quizá bajo la piedra de este hogar... ¡Pero no, desgraciado, no la encontrarás; seguirá perdida para tí y para tus hijos, y cualquier extraño será quien se aproveche de ella!»

Minaut estaba muy conmovido, y sus ojos se arrasaron en lágrimas.

—¡Vamos! No os desesperéis, le dijo M. Pié-

Rondal. Enseñadme los papeles del cura Minaut: no sé por qué se me figura que encontraremos en ellos alguna indicación que os será de utilidad.

Levantáronse, y Minaut comenzó á subir, con su interlocutor, una vieja escalera de piedra, de pasales desgastados que conducía al granero.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

III

Llegaron á un cuarto donde Minaut encerraba el grano y que servía al mismo tiempo de desván. En un rincón, frente á la ventana, había un arca grande sin tapa que contenía, confundidos, libros y papeles, y M. Pié-Rondal empezó en seguida á explorarla.

Tuvo el sentimiento de comprobar que no había más que papeles de la familia, escrituras, contratos diversos, viejísimos todos, muy venerables, pero sin el menor valor arqueológico. En cuanto á los libros, unos cincuenta próximamente, por más que hubiesen pertenecido en su mayor parte al cura Minaut, cuyas iniciales tenían, tampoco ofrecían gran interés.

—Ahora, dijo M. Pié-Rondal á Minaut, vamos

á lo que os importa. Habréis examinado ya estos papeles, superficialmente, como acabo de hacerlo yo; eso no basta. El cura Minaut preveía las visitas domiciliarias, los registros, y si dejó aquí algún documento relativo al dinero que acababa de enterrar, debió reservarlo, de tal suerte, que su secreto no quedase á merced del primer advenedizo; por consiguiente, nos falta mirar todo esto escrupulosamente.

Empezaron la tarea. Repasaron papeles y libros con el mayor cuidado, página por página. M. Pié-Rondal llevaba la minuciosidad hasta romper las pastas de algunos libros sospechando que pudieran ocultar alguna nota secreta. Nada encontraron, y despues de dos horas de inútiles investigaciones, abandonaron el granero, despechados y transidos de frío.

Mientras se calentaban en la cocina y M. Pié-Rondal pensaba en si la indicación que buscaban habría sido confiada á un objeto menos perecedero que una hoja de papel, el hijo pequeño de Minaut, Tienni, llegó de la escuela con su paquete de libros, que colocó sobre la mesa, para tomar de manos de su madre un bollo de leche.

Quiso la suerte que los ojos de M. Pié-Rondal se fijasen maquinalmente en el paquete.

De pronto se estremeció, y dirigiéndose apre-

suradamente hacia la mesa, desató la correa, cogió uno de los libros, revestido de un sólido forro de pergamino, y presentándosele á Tienni, le preguntó bruscamente:

—¿De dónde has cogido esto?

Tan sorprendido quedó el chico, que dejó caer el bollo.

—Son mis *Trozos escogidos de lectura*, balbuceó.

—Pero este forro, ¿de dónde lo has sacado?

Tienni confesó llorando que lo había cogido en el granero.

—¡Tunante! exclamó Minaut.

M. Pié-Rondal había echado ya una ojeada al pergamino.

—Está escrito en latín, dijo, y probablemente por el cura Minaut. ¡Veámoslo!

El chico había forrado á conciencia sus *Trozos escogidos de lectura*. Primero había humedecido en agua el pergamino para ponerle flexible, y luego, aplicándole sobre el libro, había replegado los bordes en el interior de la pasta.

En un momento quedó destruído todo su trabajo. Una de las páginas del pergamino contenía un contrato de arrendamiento fechado en 1774, y relativo á un prado que la familia Minaut había vendido en 1842. Por desgracia, esta

página era la que había aplicado Tienni sobre su libro y la que, preservada de todo contacto exterior, conservaba clara y perfectamente legible la escritura del notario. ¿Pero qué importaba aquel contrato sin objeto ya? Lo esencial era descifrar la nota latina escrita en el reverso. ¿Cómo conseguirlo bajo las manchas de tinta y de otras diversas materias acumuladas allí durante dos meses que hacía que andaba el libro en manos del colegial?

Sin embargo, M. Pié-Rondal no desesperó.

El principio de la nota, replegado en el interior del libro, había estado suficientemente preservado; podía leerse. Verdad era que la cuarta línea que había estado precisamente en el filo de la pasta estaba borrada casi por completo, pero las líneas siguientes dejaban entrever algunas sílabas, y, al final, se distinguía aun claramente parte de la firma, J. Min...

—¡Es del cura Minaut! exclamó M. Pié-Rondal. ¡Escuchad! añadió, volviendo de pronto la vista á las primeras líneas de la nota; sí... eso es... *Meos fratrisque mei nummos...* ¡Se trata del tesoro que buscáis!

Minaut y su mujer, así como Vicente, que acababa de entrar, lanzaban exclamaciones de sorpresa y alegría.

M. Pié-Rondal se había inclinado sobre el manuscrito, escrutando con la mirada, raspando con la uña, murmurando sílabas extrañas: Ter... ter... sí, es una r... nat... nat... ¿qué es lo que dice después?

Y toda la familia, con los ojos fijos en él, esperaba ansiosamente, guardando el más profundo silencio.

De pronto, se irguió exclamando:

—¡Ya di con ello! ¡*Terra natali*, la tierra natal!... ¡Es aquí en esta casa!

—¡Bien!, dijo Minaut, que apenas respiraba; pero, ¿en qué lugar?

—¡Oh, esperad!... Distingo aquí el principio de una palabra.

Y volvió á su tarea deletreando.

—*Col... cob...* no, es una l... col..., eso es; pero hay una b más lejos, y en seguida *ari...* ¡Victoria!, exclamó; sí, indudablemente es eso: ¡*columbarium!*

—¿Y qué quiere decir eso? preguntó Minaut.

—¡Ah! Eso quiere decir, amigo, que el dinero que buscáis está en vuestro palomar.

—¡Ya sé lo bastante! exclamó Minaut. ¡Pronto, mi azadón!

Y se dirigió hacia la puerta.

—Esperad un poco, dijo M. Pié-Rondal deteniéndole. El resto de este escrito, si consigo descifrarlo, nos dirá en qué parte del palomar...

—Me es igual. Os repito que ya sé lo bastante. ¡El palomar! ¡Tan bestia he sido que no lo he adivinado! Es el único sitio donde no se han practicado excavaciones. Ahora ya tengo el dinero, y, añadió alargándole la mano, haya poco ó mucho, la mitad os pertenece.

—¡Oh! De ningún modo, no puedo aceptarlo.

—¡Buena! Eso ya lo veremos. Mientras tanto, acabad de descifrar ese enigma; me parece muy bien, pero lo que me habéis dicho me basta. ¡A la tarea!

Y salió dirigiéndose á la bodega á recoger sus herramientas.

Dos minutos después llegaba al palomar y le acometía vigorosamente.

IV

M. Pié-Rondal se apoyó sobre la mesa y púsose á estudiar de nuevo y con ardor el pergamino.

Después de tres horas de lavatorios, raspaduras y laboriosos esfuerzos, logró descifrar una parte de la nota escrita por el cura Minant, y, terminado este importante trabajo, tradujo la nota como sigue:

«Víctima de la persecución, y á punto de abandonar mi querida y desgraciada patria, confío el dinero de mi hermano y el mío á la tierra natal... *columbarium* (palomar). . . .

con la esperanza de que será hallado algún

—Esperad un poco, dijo M. Pié-Rondal deteniéndole. El resto de este escrito, si consigo descifrarlo, nos dirá en qué parte del palomar...

—Me es igual. Os repito que ya sé lo bastante. ¡El palomar! ¡Tan bestia he sido que no lo he adivinado! Es el único sitio donde no se han practicado excavaciones. Ahora ya tengo el dinero, y, añadió alargándole la mano, haya poco ó mucho, la mitad os pertenece.

—¡Oh! De ningún modo, no puedo aceptarlo.

—¡Buena! Eso ya lo veremos. Mientras tanto, acabad de descifrar ese enigma; me parece muy bien, pero lo que me habéis dicho me basta. ¡A la tarea!

Y salió dirigiéndose á la bodega á recoger sus herramientas.

Dos minutos después llegaba al palomar y le acometía vigorosamente.

IV

M. Pié-Rondal se apoyó sobre la mesa y púsose á estudiar de nuevo y con ardor el pergamino.

Después de tres horas de lavatorios, raspaduras y laboriosos esfuerzos, logró descifrar una parte de la nota escrita por el cura Minant, y, terminado este importante trabajo, tradujo la nota como sigue:

«Víctima de la persecución, y á punto de abandonar mi querida y desgraciada patria, confío el dinero de mi hermano y el mío á la tierra natal... *columbarium* (palomar). . . .

con la esperanza de que será hallado algún

dfa, con ayuda del cielo y gracias á este escrito trazado con lágrimas, por aquellos de los nuestros que sobrevivan á esta tormenta, que permite Dios por nuestros pecados, pero que sin duda no querrá que sea eterna.

»A nato J. Ch. Dom. nostro MDCCLXXXIII Decemb. XXI a Die.

»J. MINATTUS,
»Injuratus sacerdos.»

»Año de Nuestro Señor 1793, á 21 de Diciembre.

»J. MINAUT,
»Sacerdote injuramentado.»

De modo que, salvo un ligero vacío, M. Pié-Rondal había llegado á reconstituir la nota del cura Minaut. Pero por extraña fatalidad, hallábase precisamente ese vacío en la parte del texto donde, según todas las probabilidades, estaba indicado el lugar donde se encontraba escondido el tesoro. Y eso que solo Dios sabe la tensión de todas sus facultades con que examinó el malhadado pasaje.

Anhelaba poder decir á Minaut: —«Buscad ahí;» y después de algunos azadonazos ó martillazos, ver chispear las monedas de oro.

Mas ¡ay! tan sólo había reunido algunas letras

esparcidas, que ningún sentido apreciable producían, y que ni siquiera podía asegurar que fueran indudablemente exactas.

Así que, al volver á ver á Minaut, iba pensativo y enojado.

Minaut, al contrario, gozoso, alegre, había ya quitado del suelo del palomar diversos utensilios que le ocupaban, y se disponía á levantar el embaldosado.

—¡Un momento! dijo M. Pié-Rondal; hay que razonar la obra y ver hacia qué punto debeis dirigir vuestras investigaciones.

—¿Habeis descubierto alguna otra cosa en el pergamino?

—No, por desgracia... Cuando más, indicios de indicaciones... En fin, juzgad vos mismo.

Minaut, después de cir leer á su interlocutor, preguntó si, aparte de la palabra *columbarium* (palomar) que aparecía claramente, las letras y sílabas esparcidas en el pasaje truncado podrían significar algo.

—¡Oh, sí! Pueden significar algo... y aun demasiadas cosas, porque parecen contradecirse. De todos modos, es evidente que ha querido designarse el sitio del palomar donde se ha ocultado el tesoro.

—Es probable.

—Ahora bien; la primera sílaba que encontramos es *sol*... ¿*Sol*? ¿Qué quiere decir eso? Evidentemente no es *sol*, *solis*, el sol, lo que sería absurdo, sino *solum*, *soli*, el suelo, la tierra, el terreno que pisamos.

—Justamente, dijo Minaut, me dispongo á cavarle de firme.

—Esperad... Reparad más abajo estas dos letras *p-r* y luego la sílaba *med*... *Med*, indudablemente, es *medius* ó *media*, «medio,» «centro;» pero ¿el centro de qué? Si, como es de suponer, *p-r* significa *p(a) r(iés)*, tendremos *paries medius* ó *pariete media*, «el centro de la pared;» pero, ¿qué pared? Este palomar tiene cuatro que forman un cuadrado perfecto.

—Pueden examinarse las cuatro, replicó Minaut.

—Bien, pero no es eso todo. ¿Veis un poco más allá estas dos sílabas, *fastig*? Pues bien, *fastig* es, seguramente, *fastigium* ó *fastigio*, poco importa la desinencia. Es decir, el techo, el tejado, el remate. ¿De modo que ahora indica el tejado? ¡Parece cosa de juego, y sin embargo el que escribió esto no tenía gana de bromas!

—Señor Pié-Rondal, dijo gravemente Minaut, que se trate del tejado, de las paredes ó del suelo, poco importa: ahora sé donde buscar, y esto

me basta. Estad tranquilo, removeré tan bien mi palomar de un lado á otro, que, ó suelta el dinero que se le confió..., ¡ó el diablo me lleve!

Se convino que M. Pié-Rondal conservaría el pergamino; que le examinaría, le estudiaría de nuevo, haría que le viesen sus amigos, y que si se obtenía alguna explicación nueva, más positiva, informaría de ella inmediatamente á Minaut.

—¡Bueno! respondió éste; conformes. Pero con mi azadón, llegaré yo antes que vos.

Al salir del palomar, vieron tres ó cuatro campesinos de la vecindad que preguntaban por Minaut para hablarle valiéndose de diferentes pretextos. Tienni había extendido el rumor de que se desenterraban tesoros en casa de su padre, y venían á averiguar si esto era cierto, sonrientes en apariencia, pero inquietos y hasta malévolos en el fondo; que no es cosa que suele sentar bien la suerte de otro.

Minaut hizo seña á Pié-Rondal con el rabillo del ojo, y para despistar á los curiosos se mostró modesto. A alusiones muy directas, contestó «que su chicuelo Tienni era quien había esparcido tal rumor, pero que nada había positivo... sólo algunas indicaciones; pero faltaba averiguar, etc.»

Un cuarto de hora después, el hallazgo de Mi-

naut no se valoraba por el pueblo en ménos de cien mil francos.

Tales rumores, al llegar á oídos de la familia Clavé, provocaron una nueva disputa entre padre é hija. Esta, muy alegre por la fortuna que venía á manos del padre de su novio, sostenía que aquello era cierto y nada exagerado. Clavé se encogió de hombros, diciendo que todo ello eran absurdos cuentos de comadres.

M. Pió-Rondal, que entró en la posada durante la discusión, fué invitado á dar su parecer, y hubo de confesar que Minaut nada había descubierto todavía.

—¡Bah! Eso ya lo sabía yo, dijo Clavé.

—Dispensad, replicó M. Pió-Rondal, nada ha descubierto, es verdad; pero un documento importante le ha puesto sobre la pista, y no es más que cuestión de tiempo.

—¡Muy bien! Le deseo buena suerte, murmuró Clavé; pero en punto á tesoros y dinero, no conozco más que lo que se tiene entre manos y puede manejarse.

Y como Arsenia quisiera dirigirle alguna observación, la interrumpió:

—Bastante hemos hablado, y se hace tarde. Mientras tu Minaut se enriquece, sírvenos la comida.

V

Luego que se marchó M. Pió-Rondal, Minaut emprendió de nuevo su trabajo.

Exploró el palomar de arriba abajo, rebuscando en el piso, el techo, las paredes y hasta las vigas. Empleó en esto unos quince días, al cabo de los cuales comenzó á desembaldosar y á cavar resueltamente el piso.

Vicente, que hasta entonces había permanecido impasible, interesábase ya en estas pesquisas: comprendía que había alguna probabilidad de éxito y pensaba, no sin fundamento, que la suerte de sus amores con Arsenia podía muy bien depender de ello. Ofrecióse repetidas veces á ayndar á su padre; pero éste rehusó siempre objetando que había otros trabajos que hacer en

la casa, y que un hombre bastaba para aquél. En realidad, Minaut se había dedicado solo á la persecución del tesoro, y no quería ceder á nadie, ni aun á su propio hijo, el honor de encontrarlo.

En tanto, Vicente y Arsenia continuaban viéndose secretamente, y muchas veces discutían sobre el cambio que un hallazgo importante debía producir en las ideas de Clavé. La joven no participaba, acerca de este particular, de las ilusiones de su novio.

—No confíes en eso, decía; mi padre te tiene entre ojos. Trabajo te había de costar volver á su gracia.

—Pero razonemos, replicaba Vicente. ¿Por qué me rechaza? Porque mis padres están arruinados... Supongamos que una venturosa casualidad restableciera nuestros negocios y nos hiciera más ricos que él.

—Claro que no le sería indiferente, contestaba Arsenia; pero aunque es avaro, le repugna parecerlo, y no querrá que se diga que cede á consideraciones de dinero.

Tales ideas daban en qué pensar á Vicente. Pero el tiempo pasaba y no se veían señales de que los sentimientos de Clavé hubiesen de ser puestos pronto á prueba. Llegaba el principio de

Abril, y Minaut, después de haber cavado el piso en el interior del palomar, en una profundidad de cincuenta centímetros, nada había descubierto. No estaba por eso desanimado, solo que lamentaba no haber profundizado más.

—Pues qué, ¿vas á continuar?, le preguntó Vicente.

—Sin duda. ¿Por qué no?

—Porque, desgraciadamente, lo probable es que no haya nada ahí. Al menos espera á ver otra vez á M. Pié-Rondal.

—¿Para qué?

—Acaso haya logrado descifrar el pergamino.

—No. Me hubiera escrito ó hubiese venido, como me prometió. Yo le predije que antes llegaría yo con mi azadón que él con su anteojo, y cumpliré mi palabra. He reflexionado y pienso abrir una zanja exterior por el lado del patio.

—Lo que piensas hacer es una gran imprudencia.

—¿Te bromeas?

—No. Esta pared, socavada por ambos lados, puede derrumbarse; no está ya muy segura.

—¡Bah!

—Te lo ruego, deja eso. Verás cómo te ocurre alguna desgracia.

—Eso es cuenta mía; ocúpate tú de lo que te atañe.

Era esta de esas determinaciones contra las que no hay lucha posible. Así lo comprendió Vicente, y además, sucesos imprevistos vinieron á distraer su atención del peligro á que su padre se exponía tan obstinadamente.

Ya recordarán los lectores cómo Arsenia y él se veían secretamente: por la noche, Vicente, saltaba la tapia, atravesaba el huerto de Clavé y llegaba hasta debajo de la ventana de la joven, y luego se subía al tronco de un peral que tocaba en la pared. Por supuesto, Clavé no sospechaba nada; pero una mañana notó huellas de pasos en un campo que había arado el día antes. Le sorprendió mucho: ni su mujer ni su hija habían bajado al huerto, y, de otra parte, no veía nada que pudiera hacer caer en tentación á los merodeadores.

Para esclarecer aquel misterio, emboscóse á la noche siguiente en un cobertizo próximo. No tuvo que esperar mucho tiempo. A las diez oyóse un ruido; luego, un hombre, á quien la oscuridad no le permitió reconocer, penetró en el huerto. Su primer impulso fué lanzarse sobre él y apalearle, pero se contuvo. Vió que el hombre se acercaba á la casa y que,

poco después, se abría la ventana de Arsenia.

Entonces comprendió: sin duda era Vicente.

—¡Ah, bribón, canalla! gritó.

Y al mismo tiempo se lanzó hacia él, armado de un garrote.

Vicente, asustado, quiso volver sobre sus pasos; pero tenía cortada la retirada. Entonces trepó por el tronco del peral, se agarró al saliente de la ventana, y ayudado por Arsenia, entró en la habitación de ésta.

—¡Bueno! gritó Clavé; aguarda un poco, que ahora nos veremos.

Y entró en la casa.

En la escalera encontró á su mujer, que le esperaba temblorosa, con una luz en la mano.

—Ven y alúmbrame, le dijo.

El cuarto de Arsenia daba al descansillo de la escalera.

Alzó el picaporte; pero la puerta, cerrada por el interior, no se abrió.

—¡Ah, esas tenemos! gritó... ¡Espera!

Y, retrocediendo un paso, se lanzó contra la puerta, dando tan rudo golpe con la espalda, que la puerta crugió sordamente, pero sin romperse.

Iba á repetir la operación, cuando oyó descorrer el cerrojo, y la puerta se abrió.

Arsenia estaba en pie delante de él, en actitud firme y resuelta. La apartó bruscamente; con una mirada escudriñó el cuarto, y luego, de pronto, dirigiéndose á la ventana, se inclinó escuchando: un ruido de pasos que se alejaba le indicó que Vicente acababa de irse por donde había venido.

—¡Ya volveré á encontrarte!—gruñó.

Y luego añadió, volviéndose hacia su hija:

—Ahora nosotros. ¿Conque esos son los oficios que desempeñas?

—¿Qué oficios?

—¿Tienes la desvergüenza de recibir galanes en tu cuarto?

—Yo no recibo galanes. Esta es la primera vez que Vicente pone los pies en esta habitación.

Y articuló estas palabras tan claramente, que Clavé casi lamentó su injuriosa acusación.

—¡Está bien! dijo, quiero creerte; pero páreceme que te tenía prohibido que le vieses ni le hablastes.

—Es verdad, te he desobedecido; pero le amo, y, quieras ó no, me casaré con él.

—¡Desgraciada!

Y Clavé, furioso al verse así desafiado, se aproximó á su hija en ademán amenazador.

—Puedes matarme, pero no cederé, dijo Arsenia, sin retroceder ni un paso.

Clavé fué quien se detuvo. «¡Qué cabeza, vociferaba, qué cabeza!» E interiormente no podía menos de admirar á la que así le resistía, diciéndose con amargura y orgullo á la vez: «¡Cómo se parece á mí!»

Por fin, temiendo sus arrebatos, y no sabiendo qué resolución tomar, abandonó el campo, dejando la conclusión para el día siguiente.

—¡Bueno, basta! dijo. Ya tenemos bastante por esta noche. Mañana por la mañana hablaremos de eso. Acuéstate, y antes de dormir procura reflexionar. Vamos, dijo á su mujer.

Esta, antes de salir, dijo á su hija con tono suplicante y cariñoso:

—Niña mía, obedece, te lo suplico.

Arsenia abrazó tiernamente á su madre, pero sin que su actitud indicase que estuviera dispuesta á ceder.

Clavé empezó á pasearse por su cuarto meditando los medios de reducir á Arsenia á la obediencia, y, en todo caso, de impedir las escandalosas citas que acababa de sorprender. Imaginó sucesivamente tapiar las ventanas, tener encerrada bajo llave á su hija, poner trampas en el huerto y buscar quimera á Vicente y dejarle

tan mal parado que no se atreviera á volver á salir de su casa. Todo ello era muy exagerado y poco práctico. Entonces pensó si la ley no le ofrecería algún auxilio.

Sobre la chimenea tenía un grueso volumen titulado *Los cinco Códigos del reino, precedidos de la ley fundamental*, que consultaba en los casos difíciles, y también como aficionado, porque tenía instintos curialescos. Cogióle y comenzó á hojearle. A fuerza de rebuscar, dió con cierto artículo 377, del cual le pareció resultaba que, por acuerdo del presidente del tribunal, oído el parecer del promotor, podía hacer que encerrasen á su hija durante seis meses.

— ¡Esto es lo que necesito! pensó.

Y después de señalar la página, fuese á acostar.

Al día siguiente se vistió de prisa, y armado de su Código, se dirigió al cuarto de su hija.

Abrió la puerta, no sin cierta emoción, pero se detuvo estupefacto: la cama estaba intacta y en el cuarto no había nadie.

VI

Hé aquí lo que había ocurrido.

Luego que salió su padre, Arsenia, fatigada por la lucha que con él acababa de sostener, dejóse caer sobre una silla, pensando con espanto en las fatales consecuencias de aquella aventura. Tenía por evidente que su padre no se doblegaría; que, por el contrario, se redoblaría su aversión hacia Vicente y que hallaría el medio de impedir sus citas: veíase ya siendo víctima de un espionaje incesante, de censuras y hasta de malos tratos; porque Clavé, en sus raptos de cólera, no se contenía.

Absorta estaba en tan tristes reflexiones, cuando su nombre, pronunciado en voz baja, hizo que se estremeciera. Alzó los ojos, y á pesar de

la obscuridad distinguió el rostro de Vicente por encima del saliente de la ventana: Arsenia corrió hacia él.

—¡Cómo! ¿Eres tú? le dijo. ¿No temes que te sorprenda mi padre?

—No... habla más bajo... Acaba de apagar la luz y meterse en la cama.

—¿Estás seguro?

—Sí, he colocado en su ventana esta escalera que encontré en el cobertizo.

—¡Ten cuidado! Quizá sea astucia suya.

—No; después de lo ocurrido, no puede suponer que haya tenido yo la audacia de volver.

—¡Verdad es! ¿Y cómo te has atrevido?

—No había salido del huerto. Estaba ahí dispuesto á acudir si te maltrataba.

—¡Gracias! le dijo ella estrechándole la mano. Por desgracia, esto no ha acabado: mañana empezará de nuevo y siempre. No podremos volver á vernos.

—Arsenia, ¿estás decidida á todo para librarte de esa persecución?

—Sí.

—Pues bien; abandonemos el país esta misma noche, y huyamos juntos.

—Ya había yo pensado en ello; pero ¿has meditado las consecuencias?

—Sí. Se comentará; tú quedarás comprometida, perdida tu reputación, convenido. Pero ¿qué te importa todo eso si tienes confianza en mí y me amas?

—No se trata de mí. Lo peor que puede ocurrirme es que mi padre haga que me busquen, que me cojan y que me traigan por fuerza á su casa... No estaré en ella mucho tiempo: donde quiera que estés sabré encontrarte. Pero ¿tú sabes á lo que te expones?

—¿A qué?

—Yo estoy bajo la autoridad paterna, que entablará querrela contra tí por raptó de una menor... Según parece, esas cosas se castigan. Y no hay que esperar su perdón: no se apiadará.

Vicente guardó silencio durante un momento, y luego respondió:

—¡Ajajá! ¿Acaso no estás tú en libertad? Pues qué, ¿te hago yo fuerza?... A mí se me antoja marcharme de Morelles para ir á establecerme á otra parte. Creo que estoy en mi perfecto derecho. Y á tí te da el capricho de seguirme, de ir adonde yo vaya. ¿Qué quieren que yo le haga? ¿Puedo yo acaso impedirte? ®

—Verdad es, dijo ingenuamente Arsenia.

—Ahí tienes á Marcelo Beau y á Fanny Crode, su prometida, que van juntos á París á tra-

bajar en los jardines. Ella es menor de edad, como tú, y no se casarán hasta el invierno que viene. Sin embargo, nadie les dice nada, y todo el mundo encuentra esto muy natural. Precisamente deben salir esta noche con los Roublán, Gagni y su mujer, los dos Pernet y otros varios. El padre Vallot los llevará en su carro hasta la estación del ferrocarril.

Si á nosotros nos pareciese bien unirnos á ellos y á ellos ir en nuestra compañía, ¿qué mal habría? ¿Quién podrá sostener que soy yo el que te robo, y no Roublán ó Pernet, ó el mismo padre Vallot?

Arsenia quedó convencida con estos razonamientos.

—En efecto, dijo, ¿y por qué no hemos de ir con ellos?

—Iba á proponértelo. Salen á las dos.

—¡Pues á escapel... No hay tiempo más que para coger algunas ropas y hacer un lío.

Diez minutos después se hallaban en la calle apresurando el paso, conmovidos y un tanto inquietos, pero orgullosos de aquella calaverada que los unía para siempre.

Vicente dejó un momento á Arsenia para entrar en su casa y coger algunos objetos y el dinero que tenía, unos cien francos poco más ó

menos. No quiso separarse de sus padres sin informarles, no de viva voz, lo que hubiera ocasionado observaciones y discusiones, sino por medio de unas cuantas líneas que escribió apresuradamente y que, al entrar en el cuarto de su madre, trató de deslizar bajo la almohada sin que ella lo notase. A pesar de todas las precauciones, la buena mujer se despertó.

—¿Eres tú, Vicente? Muy tarde vuelves, dijo.

—Sí, madre; pero voy á acostarme: duérmete. Y la besó tiernamente en la frente, mientras estrechaba la mano de su padre, dormido.

Cuando se hubo reunido á Arsenia, apresuróse á conducirla á casa del padre Vallot, donde debía estar todo preparado para la marcha. En efecto, en el patio estaba enganchado el carro, y ya estaban allí casi todos los viajeros.

Todos se admiraron al verlos, y luego los aclamaron gozosos cuando Vicente anunció que ellos también iban á París á trabajar en los jardines. Todo el mundo conocía los amores de los dos jóvenes, y por consiguiente, la causa real de su viaje.

—¡Bravo, Arsenia, bravo, Vicente! exclamó uno de los Pernet. ¡Se va á divertir el viejo Clavé!

Clavé no tenía simpatías en el pueblo; así fué

que hasta la estación del ferrocarril hubo un concierto de risas y bromas sobre la cara que pondría al ver que le habían robado su hija.

Lo que experimentó por la mañana al ver el cuarto desierto, fué una violenta cólera. Desatóse en imprecaciones contra Arsenia, porque no podía haberle duda de que se había escapado; la escalera apoyada en la ventana y la puerta del huerto abierta, estaban allí para atestiguarlo.

Cuando la cólera le permitió reflexionar, se dijo: «Se habrá refugiado en casa de los Minaut. Todos están de acuerdo. Quieren comprometerla para que no pueda negársela. ¡Que aguarden! Lo esencial es sacarla de allí sin escándalo, y antes de que la noticia corra. ¿Cómo lograrlo?»

Pronto formó su plan: presentarse en casa de Minaut, fingir que no tomaba el asunto en serio, tranquilizar á Arsenia, llevársela, y cuando la tuviera en su poder, castigarla sin piedad.

Encontró á Minaut levantado ya y ocupado en su ordinaria tarea.

—¿Qué tal va eso?—le dijo;—¿encuentras tesoros?

Minaut frunció el entrecejo. No quería á Clavé, que le trataba de visionario, y además desdenaba á su hijo. En vez de contestar á la pregunta:

—¿Qué es lo que te trae?—le preguntó á su vez.

—¡Demonio! Ya puedes figurártelo, tu hijo Vicente. ¡Buenos jaleos arma! Yo sigo una broma como cualquiera; pero está me parece algo pesada.

—¿Qué broma? ¿Qué es lo que tienes que decirme de Vicente?

—¡Ea, no te hagas el tonto! Arsenia está aquí en tu casa.

—¿Arsenia, tu hija?

—Sí; la reprendí algo agriamente ayer y ha querido refugiarse aquí de acuerdo con Vicente. Todo eso está muy bien; pero no me parece conveniente que se prolongue.

—No entiendo lo que me quieres decir.

—¡Ah! ¿no lo entiendes?... ¿Dónde está ahora tu hijo?

—En la cama, supongo, porque volvió anoche muy tarde.

—¿Me permites que vaya á decirle dos palabras?

—¡Y cuatro, si quieres!... ¡Vaya una historia!

Y recogió tranquilamente su azadón.

Clavé entró en la casa. Dirigió las mismas preguntas á la esposa de Minaut, y ésta, que no

había visto todavía la carta de su hijo, contestó poco más ó menos lo mismo que su marido.

Fuéronse al cuarto de Vicente y la señora Minaut quedó tan sorprendida como Clavé por no encontrarle allí. Pero éste, convencido de que todos estaban de acuerdo para burlarse de él, no pudo contenerse.

—¡Está bueno! exclamó; creen que van á lograr la hija riéndose del padre... ¡Estáis frescos, amiguitos! Yo os haré reir de otra manera. Yo os enseñaré lo que cuesta el arrebatarse á una joven del domicilio paterno.

Minaut, al oír sus gritos, se aproximó y le dijo friamente:

—Clavé, estás armando aquí escándalo, y te recomiendo que nos dejes en paz.

—Bueno; á la justicia será á quien tendréis que responder; voy á entablar querrela.

—Pues entáblala, y cuanto antes... ¡Ya tardas mucho!

Minaut estaba pálido de cólera. Clavé, que no quería riña con él, se batió en retirada y salió de la casa gruñendo amenazas.

En la calle encontró al padre Vallot, que volvía con su carro de la estación del ferrocarril, y le dijo en tono burlón:

—¿Cómo es eso, Clavé? ¿No tienes en tu casa

trabajo que dar á tu hija, que la envías á trabajar á los jardines, á París?

Clavé se estremeció; ¡aquello era una revelación!... Pero el tono de Vallot le ofendió.

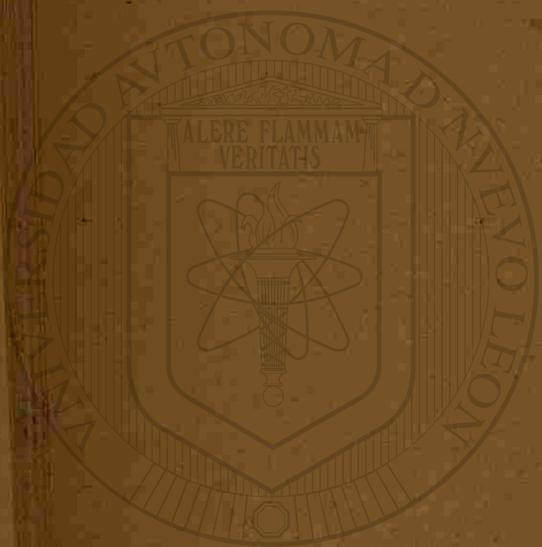
—¿Y qué? Si la hubiese mandado, ¿qué mal habría en ello? Y á tí ¿qué te importa?

—¡Oh, nada absolutamente! Solo que admiro la precaución que has tenido de enviarla acompañada de Vicente. Así, al menos, tienes la seguridad de que si se pone enferma tendrá quien la cuide.

Clavé, no pudiendo soportar con sangre fría tales sarcasmos, se alejó apretando los puños. De otra parte, ya no necesitaba saber más: se trataba de un rapto, y los dos fugitivos iban á París.

Llegó á su casa murmurando:

—¡Bueno! Corred, amiguitos, y burlaos de mí. Yo sabré alcanzaros, y al freir será el reir.



A la puerta de su casa vió á su mujer. Después de haberse enterado de la ausencia de Arsenia y la salida matinal de su marido, esperaba en la mayor inquietud.

Acaso hubiera pasado junto á ella sin dirigirle la palabra; pero cometió ella la imprudencia de dirigirle una tímida pregunta; y como sobre alguien había de descargar su cólera, hizola recaer sobre su esposa.

—¡Lo que ha hecho tu hija!—exclamó.—¡Debes hablar y estar orgullosa de ella! No bastaba con recibir á su amante, y esta noche se ha fugado con él; están en camino de París. ¡Corre tras ella! Conque ya sabes lo que ha hecho tu hija.

Signió hablando y repitiendo á cada instante las palabras tu hija, pronunciadas con desdén. Esto constituía en él una manía: si alguna vez alababa las cualidades de Arsenia, decía á boca llena: «mi hija»; pero en caso contrario, no era hija más que de la señora Clavé.

Censuró duramente á la pobre mujer por haber trasmitido malos instintos á su hija, por haberla echado á perder con su mimo y por haber protegido sus amores con Minaut: probablemente tendría ella conocimiento de las citas y las favorecería... ¡qué indignidad! ¡Acaso fuera cómplice del rapto! Guardóse bien la pobre mujer de protestar contra tales acusaciones, temiendo irritarle más, y se contentó con llorar y gemir.

—¡Sí, llora ahora! Eso todo lo remedia... Yo voy á procurar que al menos no se hayan burlado de mí impunemente.

Encerróse un rato en su cuarto, consultó su Código y descubrió entonces que los raptos de menores estaban rigurosamente penados. «Confío, decía para sí, en que Vicente sufrirá el máximo de la pena. ¡Vaya! A la alcaldía á prestar declaración.»

El alcalde, un honrado labrador llamado Saccaud, era uno de sus vecinos más cercanos. Encontróle en el patio de su casa ocupado en en-

ganchar las mulas á un arado y dispuesto á salir al campo.

—Siento molestarte, le dijo; pero necesito distraerte de tus tareas un momento.

—Sí, dijo Saccaud sonriendo, ya me figuro de qué se trata.

—¡Ah, ya sabes!... ¿Es delicioso, verdad?

—¡Bah! Por ahí había de acabar. Vendrás á arreglar lo de las proclamas... puesto que tu hija ya no puede casarse más que con Vicente.

—¿Te burlas de mí? Bien sabes que nunca quise oír hablar de tal matrimonio.

—Sí, pero después de lo que acaba de pasar...

—Razón demás para oponerme. ¡Pues no faltaba más! ¿Te parece que se obtiene de mí lo que se desea por semejantes procedimientos?... ¡Vaya, entremos en tu casa!

—¿Para qué?

—Para presentar una denuncia.

—¿Eso quieres?

—Sin duda. No le saldrá á Vicente el asunto tan bien como se imagina. ¡Ea! ¿vienes?

—¡Vamos, Clavé, reflexiona un poco!

—No hay para qué reflexionar. ¿Quieres admitir mi denuncia ó no? Si no te sientes con ánimos para redactarla, iremos á buscar al maestro.

—Dejemos al maestro en paz, dijo Saccaud

un tanto picado. Yo mismo escribiré perfectamente tu denuncia si juzgo que hay méritos para admitirla.

—¿Cómo admitirla? Ese es tu deber.

—Es posible; pero también lo es el hacerte algunas observaciones. ¡Vamos, Clavé, hablemos sin regañar! Te opones obstinadamente á ese matrimonio, ¿tienes alguna razón? Los dos jóvenes están encariñados, y buena prueba de ello han dado hoy... En suma, ¿qué tienes que decir de Vicente? Buen carácter, formal, trabajador... Te desaffo á que encuentres en el país otro de mejores condiciones. Ya sé, ya sé que Minaut no ha hecho gran negocio en su comercio y hasta que tiene algunas deudas; pero...

—¿Debo entregar mi hija á Vicente, verdad?

—¡Caramba, esa es mi opinión!

—Pues bien, guárdatela. Hasta la vista.

—¿Adónde vas?

—A otra parte: á buscar á alguien que me atienda y que no se burle del dolor de un padre ofendido.

Y salió majestuosamente del patio, volvió á su casa, enganchó el caballo al tilbury y se dirigió á la ciudad, decidido á presentar querrela ante el juzgado.

Pero, al llegar, juzgó conveniente visitar primero á M. Pié-Rondal y pedirle consejo.

M. Pié-Rondal, al verle, se acordó del problema que no había podido resolver en Morelles, y se informó de si Minaut había descubierto algo en sus excavaciones.

—¡Ah, sí, el famoso tesoro!—contestó Clavé con sarcástica y desdeñosa sonrisa,—¡buena broma está!

—No; os aseguro que me parece cosa formal.

—¿Sí? Pues nadie lo creería, á juzgar por los resultados. Mejor hubiera hecho Minaut en cavar sus viñas que su corral. Pero no es de eso de lo que se trata.

—¡Ah!... ¿Pues de qué?

Clavé relató su desventura y terminó consultando sobre lo que debería hacer.

—Muy sencillo, buen amigo, contestó M. Pié-Rondal. Cuando dos muchachos se quieren y han cometido una calaverada de ese género, no queda más que avisar al juez municipal y al cura y regularizar su situación con un matrimonio en legal forma.

Escandalizóse Clavé al oír tal respuesta.

—¡Cómo, vos también! ¡Valiente consejo me dáis!

—El mismo que os dará cualquier hombre sensato é imparcial.

—¡En seguida!—exclamó Clavé.—¡Iba yo á aceptar por yerno á un pícaro que desafia mi cólera y se burla de mí, al hijo de un loco arruinado, que se pasa el tiempo buscando tesoros en vez de trabajar útilmente!... Me señalarían con el dedo en el país, y tendrían razón.

—No: dirán que sois un buen padre, que ha olvidado sus resentimientos para no pensar más que en la dicha de su hija... No creo que eso os convenza; en fin, podéis hacer lo que os acomode. ¿Y qué es lo que pensáis, entonces?

Clavé explicó sus intentos: presentar querrela y hacer que Vicente fuera detenido y condenado. En cuanto á su hija, traerla por la fuerza y obtener contra ella la reclusión por algunos meses, como corrección paterna.

—Ya veo el proyecto, amigo Clavé,—replicó M. Pié-Rondal;—pero dudo que podáis llevarle á cabo.

—¡Cómo! La ley está en mi favor, la conozco.

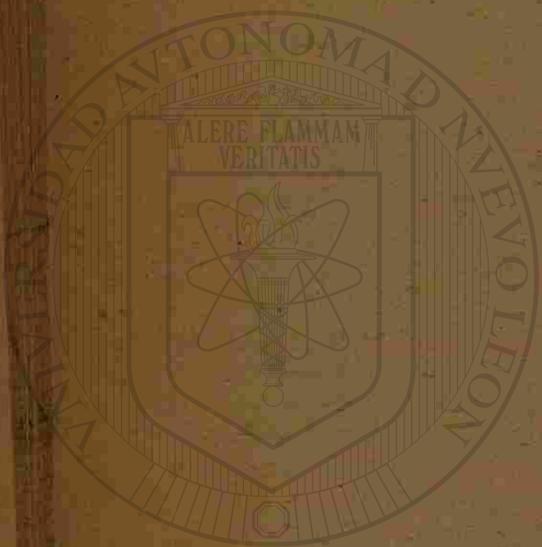
—Vicente Minaut encontrará personas que la conocen mejor que vos y que sabrán defenderle... En cuanto á vuestra hija, á quien queréis traer á casa entre dos guardias, ¿por qué no vais á buscarla vos allí donde sabéis que se en-

cuentra? ¿Ha de cuidar más la policía que vos mismo de vuestros más caros intereses? ¿Cómo no habéis salido ya para París?

—¡Oh, de ningún modo!—dijo Clavé.—Arsenia no ha necesitado de mi compañía para irse, y puede pasarse sin ella para volver. No he de ser yo quien dé el primer paso. No, no. ¡Jamás descenderé yo hasta ese punto!... ¡Es fuerte cosa! ¡Todo el mundo se pone contra mí; yo soy el que obra mal según parece!... Pues bien, que quede impune el delito de Vicente, consiento en ello; pero que mi hija no vuelva jamás á mi casa puesto que ha huído de ella... ¡que no vuelva á pedirme un pedazo de pan, porque no lo tendrá! ¡Ya la conozco, y reniego de ella!

M. Pié-Rondal se esforzó en vano para calmarle. Nada quiso oír, y salió del despacho del abogado repitiendo con acento trágico:

—¡Para lo sucesivo estoy solo! ¡Ya no tengo hija!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

M. Pié-Rondal no dió á estas palabras más importancia de la que merecían. Lo que más le afectó, fué el mal éxito de los trabajos de Minaut. ¡Qué desgracia no haber podido descifrar por completo el maldito pergamino! Cuatro meses, á su vuelta de Morelles, se lo había enseñado á dos amigos suyos, y por más que echó los tres «con gran refuerzo de lentes,» como dice Rabelais, no habían podido reconstituir el texto.

También entonces, cuando salió Clavé, sacó del cajón de la mesa el manuscrito y le examinó de nuevo; pero no tardó en reconocer su impotencia.

—Y, sin embargo, decía para sí, hay aquí una indicación. ¿Cómo es que Minaut, que ha

debido explorar su palomar, no ha encontrado nada? ¿Deberá suponerse que el dinero escondido habrá sido hallado y cogido por un extraño ó por un criado?

Aferróse á esta suposición, y pensó que sería una obra de caridad sacar á Minaut de su ingrata tarea; pero consideró al propio tiempo que estas manías resisten á los mejores razonamientos y son incurables. Arrojó el pergamino al fondo del cajón, resuelto á no volver á ocuparse de tal asunto.

A mediados de Junio recibió la visita de M. Prevotín, arqueólogo como él, pero algo más entendido. M. Prevotín habitaba en París; estaba en relaciones con algunos miembros del Instituto, sección de inscripciones, era individuo de multitud de sociedades científicas y había escrito diferentes obras. En resumen, M. Pié-Rondal reconocía su superioridad de tal manera, que rara vez le llamaba «mi querido amigo,» sino casi siempre «mi querido maestro,» con una mezcla de familiaridad y de respeto.

Cuando hacía alguna excursión científica por provincias, á no ser que el rodeo fuese muy grande, no dejaba nunca M. Prevotín de ver á su colega, que siempre tenía que darle cuenta de alguna novedad. Esta vez sostuvieron empe-

ñada discusión relativamente á una docena de monedas de cobre llenas de cardenillo, que, según M. Pié-Rondal, se remontaban á la época de Carlovingio, mientras que su «querido maestro» sostenía que eran del tiempo de Enrique II.

Una mañana que acababan de discutir sobre el particular, M. Pié-Rondal, obligado como siempre á batirse en retirada ante los argumentos de su antagonista, desdobló el periódico de la localidad y dirigió á él distraidamente la vista.

De pronto lanzó una exclamación de dolorosa sorpresa.

—¿Qué es eso?—preguntó M. Prevotín.

—¡Oh, pobre Minaut, qué desgracia!... ¡Tomad, mi querido maestro, leedme esto!

M. Prevotín cogió el diario y leyó:

Nos escriben de Morelles:

«Un lamentable suceso acaba de sumir en el mayor desconsuelo á una de las familias más estimadas de nuestro pueblo. M. Felix Minaut, labrador de Morelles, sobrino del cura Minaut, vicario que fué de San Eusebio de Auxerre, persuadido por tradiciones de familia de que su tío había enterrado una considerable cantidad de dinero en su casa en la época de la primera Revolución, resolvió descubrir el tesoro.

Ya había practicado investigaciones en diferentes sitios, cuando á fin de Enero último, el palomar situado en el extremo del corral, á la izquierda, le fué especialmente recomendado, según lo que aparecía de un documento de incontestable valor, por M. P.-R., uno de nuestros sabios arqueólogos.»

M. Prevotin se interrumpió para dirigir una mirada interrogadora á su amigo.

—¡Sí, sí!—dijo éste,—yo soy; pero continuad, os lo suplico.

M. Prevotin prosiguió:

«Minaut, muy confiado, dirigió sus investigaciones por aquel lugar. Exploró las paredes del palomar, y luego, no habiendo encontrado nada, se puso á cavar el suelo en todos sentidos, profundamente. Tales excavaciones hacían temer el inminente derrumbamiento de las paredes. Varias veces los vecinos de Minaut, que tomaban interés en sus trabajos, le habían advertido que tuviese cuidado no le ocurriera una desgracia; pero él no hacía caso alguno de estas advertencias. Por último, el sábado pasado sucedió la catástrofe temida. A las nueve de la mañana oyóse un siniestro estruendo; la mujer de Minaut salió precipitadamente de la casa... ¡Considérese su terror! ¡Una de las paredes del

palomar acababa de desplomarse, y no veía á su marido! Gritó, pidió auxilio, llegó gente por todos lados, y después de dos horas de trabajo, lograron encontrar el cuerpo de Minaut; ¡pero horriblemente mutilado!... ¡Ya no era más que un cadáver!

Renunciamos á describir el dolor de la viuda y del hijo menor de la víctima: el mayor, ausente desde hace dos meses, quizá ignore aún la fatal noticia. Ayer se celebraron los funerales: toda la población de Morelles asistió, dando muestra con su recogimiento de la dolorosa simpatía que le inspira la desgraciada familia.»

—Y á mí también, mi querido maestro, me produce esto grave disgusto; porque al fin yo fuí quien indicó á Minaut el palomar.

—No es culpa vuestra si no tomó las debidas precauciones.

—Indudablemente... pero si yo me hubiese equivocado... ¡Pero no!—añadió vivamente,—no hay duda posible; he leído *columbarium*... Por lo demás, vedlo vos mismo.

Dirigióse apresuradamente á su mesa y sacó la nota del cura Minaut.

—¿Qué pergamino es ese?—preguntó M. Prevotin.

—¡Ah, es verdad! No os lo he dicho... Pues bien, querido maestro, escuchad.

Y le refirió su viaje á Morelles, su visita á los Minaut, sus infructuosas pesquisas en el arca, y luego el inopinado descubrimiento de aquel pergamino, adaptado, á guisa de forro, á un libro del joven Tienni...

—No veo aquí más que un contrato antiguo de arrendamiento, dijo M. Prevotin.

—Sí, pero volved la hoja... ved al reverso, aquí... esa nota en latín.

—¡Ah, ah! En efecto, está en latín, aunque no de Cicerón.

—Poco importa, con tal que se pueda entender. Se trata, como véis, de una cantidad guardada, escondida.

—Sí; *nummos terræ natali credo*.

—¡Bien! ¿Y luego?

—¿Luego?... *ut... col... bar... bari...* Sí, lo que decís vos, *columbarium...* ó *columbario...* palomar, es verdad.

—Luego tenía yo razón al decir que el tesoro estaba en el palomar.

—Según y conforme: sería preciso completar la frase.

—Sin duda, y no deseaba yo otra cosa; pero intentadlo á vuestra vez, mi querido maestro.

—Cierto que no es fácil. Sin embargo, con paciencia, y por deducción...

—Bueno, pues tomad. Ahí tenéis las letras que he logrado sacar de ese pasaje,—dijo M. Pié-Rondal, mostrándole un pedazo de papel prendido con un alfiler al pergamino.—Hallad el sentido, si podéis.

—Nada cuesta intentarlo.

Hallábase altamente excitada la curiosidad de M. Prevotin. Quería penetrar aquel enigma, cuya averiguación acababa de costar la vida á un hombre.

—Dejadme esta nota, dijo; voy á estudiarla solo, con la cabeza despejada.

Retiróse á su cuarto é inmediatamente aplicó al pergamino diversos reactivos, de los cuales llevaba siempre provista la maleta. Pero nada consiguió: las letras que faltaban habían desaparecido por el desgaste del pergamino. Conformándose, pues, con los datos que le había facilitado su huésped, examinó atentamente el pergamino, midió los intervalos que separaban las letras, é imaginó mil combinaciones para llenar aquellos huecos de modo que formasen palabras, una frase, sentido, en fin.

Al cabo de dos horas, M. Pié-Rondal entreabría curiosamente la puerta, preguntando:

—¿Qué hay?

—¡Dejadme, por Dios!—exclamó el sabio impaciente.

M. Pié-Rondal no se ofendió. Conocía la tenacidad de su querido maestro, y sabía que no habría quien le hablase mientras no hubiese resuelto el problema ó hubiese desistido.

Mucho trabajo costó conseguir que bajase á comer por la noche.

Comía maquinalmente, sin decir una palabra. De pronto se estremeció, y mirando fijamente á su amigo,

—¡Ah!... ¿No había una paloma de barro en lo alto del palomar?—preguntó.

—Sí... al menos creo haber notado...

—¡Ah, eso es! ¡Bravo!

Se levantó, tiró la servilleta y subió precipitadamente á su cuarto.

M. Pié-Rondal se quedó con la boca abierta, preguntándose: ¿Qué diablos querrá hacer con la paloma de barro?

A las diez, al acostarse, miró á la ventana de su «querido maestro» y vió luz.

—¡Ah, ah! dijo con secreta satisfacción; parece que no es la cosa tan sencilla... tampoco él... Pues yo voy á dormir tranquilamente.

Se equivocaba. A las cuatro de la mañana

despertó sobresaltado por redoblados golpes en la puerta de su alcoba.

—¿Quién va?

—Yo, Prevotin; á escape, levantaos, nos vamos.

—¡Que nos vamos!... ¿á dónde?

—A ese pueblo... á Morelles. Tenemos que comprobar...

—¡Ah! ¿Habéis encontrado una explicación?

—Sí, y creo que buena.

—¿Cuál?

—Ya veréis. Sólo para ese pobre Minaut ha sido lamentable que no haya caído en mis manos ese pergamino ocho días antes.

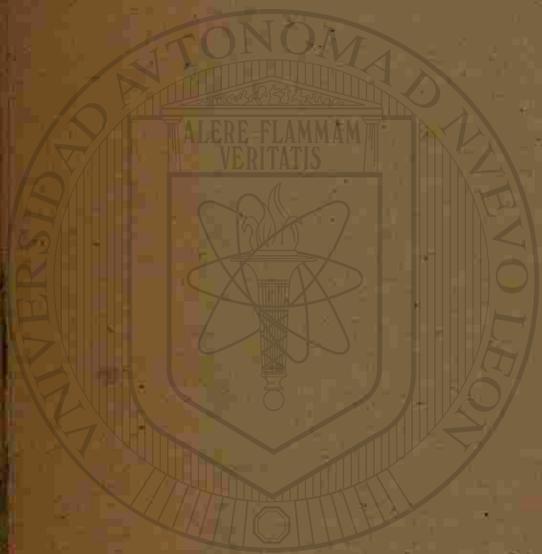
Por más que Pié-Rondal preguntó, nada más quiso decirle.

—Ya os explicaré allí, sobre el terreno. Pronto hemos de verlo; pero os lo suplico, andemos listos. Es preciso que estemos allí antes del medio día.

—¡Ah! ¿Y por qué antes de medio día?

—Ya, ya lo vereis.

Mientras el ama de gobierno iba á buscar un coche, se desayunaron apresuradamente. A las cinco y media se pusieron en camino.



El tiempo estaba magnífico; pero el calor era sofocante, y era de temer una tempestad. M. Prevotin quería llegar cuanto antes. Por lo demás, á pesar de las preguntas de su compañero, se negaba á explicarse, ya porque no estuviere completamente seguro de su descubrimiento, ya porque meditase una especie de efecto teatral en el lugar de los sucesos.

A las diez y media llegaron á lo alto de la colina de Morelles. El camino era escarpado y estaba lleno de barrancos, por lo cual se apearon. En una viña que lindaba con el camino estaban trabajando una mujer y un muchacho, que interrumpieron sus faenas para saludarles. M. Pié-Rondal reconoció á la viuda de Minaut y á su

hijo Tienni. La mujer en mangas de camisa, con un jubón corto, los pies descalzos, los cabellos en desorden, la piel curtida y agrietada; el chico con un pantalón hecho pedazos y el cuerpo desnudo y negro como un tizón. Aquellos dos infelices se entregaban, bajo un sol implacable, á rudos trabajos que aniquilan á los hombres más robustos.

—¡Cómo! ¿Sois vos? exclamó Pié-Rondal lleno de compasión. ¿No teméis mataros y matar á vuestro hijo?

—¿Qué queréis, señor? No hay otro remedio. No estamos ya en la casa más que Tienni y yo.

—Sí; ya sé que vuestro hijo Vicente... y también hemos sabido la desgracia ocurrida.

La pobre mujer suspiró y bajó los ojos.

—Precisamente esa misma noticia, continuó M. Pié-Rondal, que leímos ayer en los periódicos, es la causa de nuestro viaje; íbamos á vuestra casa. Mi amigo M. Prevotin desea hablaros.

La viuda de Minaut dirigió á los dos hombres una mirada tímida y casi horrorizada.

—¿Queréis hablarme aún del dinero escondido? dijo. ¡Oh, no! no volvamos á hablar de ello; bastante mal nos ha ocasionado ya.

Intervino M. Prevotin.

—Comprendo,—dijo,—que después de lo que

acaba de ocurrir no penséis en nuevas investigaciones; pero tranquilizáos, las que voy á proponeros están exentas de peligros... al aire libre, en medio de vuestro patio.

M. Pié-Rondal, asombrado, miró á su amigo.

—Sí, insistió éste, en medio del patio, porque el palomar está al Mediodía...

¿Comprendéis ahora?... ¿No? ¿Todavía no?

Pues bien, venid... En cuanto á vos, buena mujer, ignoro lo que podrá valer ese tesoro, pero los azadonazos que vais á dar serán por lo menos tan productivos como los que deis aquí.

La viuda de Minaut se decidió. Anudóse al cuello un mal pañuelo negro, que era lo que indicaba su luto, y seguida de su hijo, echó á andar tras del carruaje.

Por el camino refirió detalladamente la catástrofe; y como M. Pié-Rondal se asombrara de que pudiera ya dedicarse al trabajo, le contestó:

—Es que nosotros no podemos amortiguar nuestras penas sin hacer nada.

Impacientábase luego al pensar si su hijo mayor Vicente habría ó no recibido la carta que le había dirigido, ó si estaría malo. Le esperaba anhelante, y ya debiera haber llegado.

M. Pié-Rondal procuró tranquilizarla. Extra-

ñábale, sin embargo, que la ausencia de Vicente se prolongara tanto.

—Yo creía terminado ya ese asunto. Creí que Arsenia estaría ya en casa de su padre, y conve- nido el matrimonio, si no se había llevado á efecto.

—¡Ah, caballero! No conocéis á Clavé: ha ju- rado no ceder, y no cederá, estad seguro. El día que fué á consultaros, regresó al pueblo como un furioso: su mujer intentó hacerle algunas observaciones, y hasta se dice que la maltrató. Sacaud y otros vecinos han tratado después de esto de llamarle al orden; pero les ha despedido con cajas destempladas. En cuanto á nosotros, nos tiene un odio mortal. ¡Sólo Dios sabe lo que ha dicho de nosotros y qué de amenazas nos ha dirigido! Que iba á procesarnos, que acabaría de arruinarnos... Cuando ha ocurrido la desgra- cia á mi pobre hombre, se ha dicho que él se ha- bía alegrado.

—¡Oh, eso es indigno!

—Os aseguro que acaso sea el único de Morelles que no ha asistido al entierro. Pero, ¿de dónde proviene ese odio? pregunto yo. Bien le- jos de inclinar á Vicente á que buscara á Arse- nia, hemos tratado siempre de disuadirle de ello sabiendo que á nada bueno conducirían esos

amoríos. Debía, pues, estar seguro de que Vi- cente no nos había consultado para dar ese paso. Le hemos escrito reprendiéndole; pero ¡qué ade- lantamos, el mal estaba ya hecho! Ahora preci- so es que sigan ambos donde están, puesto que Clavé no quiere saber nada.

—Tranquilizáos,—dijo M. Pié-Rondal;—si esto que vamos á intentar da resultado, no tardará en cambiar la situación: no sería la primera vez que el dinero arreglara las cosas.

—¡Ah, señor, Dios os oiga! Pero la desgracia me persigue tan encarnizadamente que no me atrevo á esperarlo.

Hablando de este modo, habían llegado á Mo- relles.

Los escombros de la pared que había aplasta- do á Minaut estaban aun esparcidos por el sue- lo. Sin embargo, á pesar de haber cedido una de las vigas que lo sostenían, el tejado del palomar estaba intacto y M. Prevotín sonrió con satisfac- cion al ver la paloma de barro que lo coro- naba.

—¡Bien!—exclamó,—¿qué hora es?

—Las once y cuarto.

—¡Muy bien!

Dicho esto, comenzó á mirar por el suelo como si hubiera perdido algo.

—¿Qué buscáis?—preguntó M. Pié-Rondal.

—La sombra de esa paloma de barro que está en lo alto del tejado... ¡Hum! exclamó de pronto, ¡no la veo! El sol está demasiado alto en la estación presente y la sombra se proyecta sobre el tejado. Al medio día estará menos oblicuo aún, ¿qué hacer?

Reflexionó un instante; después, dirigiéndose á Mad. Minaut que contemplaba todo esto con dolorosa estupefacción.

—Pronto,—dijo,—dadme una escalera, una escalera alta, que llegue al tejado.

—¿Cómo! ¿Vais á subir á esas alturas, á riesgo de estrellaros? dijo M. Pié-Rondal.

—Es preciso. ¡Ea! démonos prisa.

Las dos escaleras que encontraron en la granja eran demasiado cortas; pero M. Prevotín unió la una á la otra y liándolas fuertemente con cuerdas:

—Ayudadme á colocarlas sobre la pared, dijo.

La operación se realizó, no sin dificultades; pero al fin la extremidad superior de la escalera fué apoyada en el alero del tejado.

En todos estos preparativos habían empleado cerca de media hora.

M. Prevotín cogió un varal de más de tres metros de largo, y sin atender las observaciones

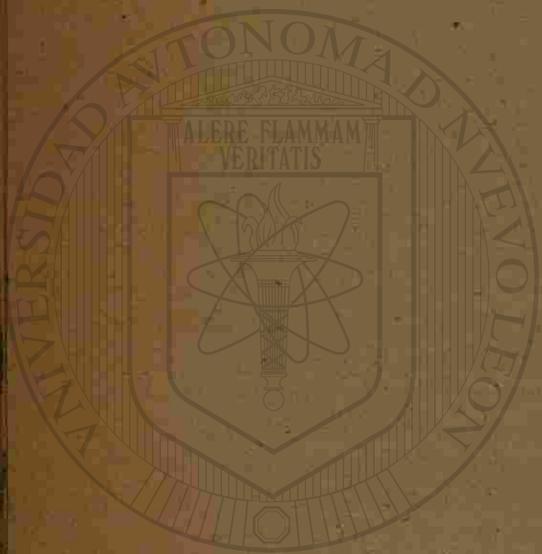
de su amigo comenzó á trepar por la escalera. Al llegar al tejado, fué levantando tejas para abrirse paso por él, y fijando los pies sobre las latas á la manera de los albañiles, llegó á lo alto del palomar. Entonces levantó la paloma de barro y colocó en su lugar, todo lo perpendicularmente que le fué posible, el varal que había llevado y cuya sombra vió proyectarse en la tierra, un metro más allá de la sombra del borde del tejado.

Se apresuró á bajar y sacó el reloj. Eran las doce en punto.

Marcó cuidadosamente, por medio de estacas que había hecho preparar á Tienni, los dos extremos de la sombra formada por el varal; luego ató una á otra las dos estacas, por medio de un hilo bien tirante, que prolongó en seguida en línea recta hasta los dos tercios del patio, donde lo fijó por una tercera estaca.

Luego, cogiendo el azadón de Tienni se puso á cavar ligeramente, siguiendo la línea marcada por el hilo. Bien pronto encontró, casi á flor de tierra, uno de esos gruesos guijarros negruzcos, bastante raros en el país, y se lo señaló con la punta del azadón á Mad. Minaut, diciéndola:

—Cavad aquí; vuestro tesoro está bajo esta piedra.



Tienni y su madre, admirados, permanecían inmóviles con los brazos colgando.

—¡Qué! ¿No me habéis entendido?—dijo el señor Prevotín;—os repito que el dinero está aquí, bajo este guijarro... Cavad, apartadlo. No hay ningún peligro en ello; podéis cavar con toda seguridad.

Tienni se decidió á hacerlo, después de haber consultado con la mirada á su madre, y ésta cogió también su azadón y se puso á ayudarle.

—Querido maestro, dijo M. Pié-Rondal, no he querido interrumpiros hasta ahora; pero ¿tendríais la bondad de explicarme cómo habéis llegado á esta solución... que, confío en que, para dicha de estas pobres gentes, resultará acertada?

—Con mucho gusto,—contestó M. Prevotín;— es muy sencillo: vais á verlo.

Sacó de su bolsillo el pergamino, y extendiéndolo ante los ojos de su amigo, prosiguió:

—¿Cuáles son en este pasaje truncado las sílabas que tienen una significación indiscutible? ¿*Fastig...*, no es verdad? Es decir, *fastigium*, el tejado, la cumbre... ¿A quién se le ha de ocurrir esconder un tesoro en un tejado? No, en primer lugar, sería difícil, y en segundo, imprudente. Luego aquí se trata del tejado tan solo como medio de transición y por correspondencia con un punto determinado... Pero es vaga la palabra *tejado*. ¿Qué parte del tejado? ¿Uno de los aleros, ó el vértice? Esto es importante... Pues bien, á continuación habéis visto estas tres letras, *al-t*, la *t* separada de la *t...*, por consiguiente no es *altum*. Pero si se llena el hueco con una *a*, ¿por qué no ha de ser *alatum*?... ¡Ah! pues eso es, la *cumbre alada*..., forma poética de designar la paloma de barro que remata el palomar. ¿No recordáis mi emoción cuando se me ocurrió esta idea? Es que me ponía sobre la pista.

En efecto, es evidente que el tesoro se encuentra en el lugar donde termina el radio visual que parte del ojo del observador pasando

por la cima del tejado. Pero ¿dónde colocar al observador? Como el palomar es más elevado que todo cuanto le rodea, en cualquier punto que pongáis al observador, el radio visual irá á perderse entre las nubes. Es, pues, absolutamente preciso que ese radio parta de más alto. Y más alto, ¿qué es lo que hay? Nada, no siendo el sol.

—¡Oh, pues eso! Tratase de la sombra producida, al sol, por la cima del tejado. Tenemos la confirmación de esto por las dos letras siguientes: *br...*, las cuales, indudablemente, no pertenecen á *imbrea*, *teja*, ni á *imbra*, *lluvias*, sino á *umbra* ó más bien á *umbram*, *sombra*. Las cuatro letras dispersas que siguen, *pr-i-t*, forman parte de un verbo que completa la frase, por ejemplo, *projicit*... Me diréis que la sombra cambia...

—Efectivamente, según la hora y la estación.

—Bien; pero el cura Minaut lo previó todo. Ved las letras que preceden á *fastig*: *med*, *di*, ¿qué pueden querer decir, á no ser *med (ia)*, *di (e)*... á *medio día*, á las doce de la mañana?

—Bueno; ¿pero la estación?

—¿La estación? ¿De qué fecha es este escrito? 21 de Diciembre de 1793: 21 de Diciembre, época del solsticio de invierno. ¿Os pareceré temerario por interpretar lo que sigue de este modo?

Ho (c) solí (stítial) temp (o) r (e), en este tiempo de solsticio. Indudablemente, eso es, y la frase queda completa. Ahora traduzco: El sitio en que el palomar, en este tiempo de solsticio, á medio día, proyecta la sombra de su cumbre alada.

Ahí teneis por qué tenía yo empeño en llegar aquí antes del medio día. En cuanto á la prolongación de la sombra en la época del solsticio de verano, confieso que lo he obtenido por un procedimiento bastante inexacto; pero me bastaba, atendiendo á que el cura Minaut debía haber puesto alguna señal en el terreno. En efecto, no me ha costado gran trabajo dar con esa piedra, de la que quizá no haya otro ejemplar en este patio... y bajo la cual está el hallazgo, respondo de ello. ¿Teneis alguna objeción que hacerme?

—Ninguna, á no ser la de que el cura Minaut obraba con gran imprudencia al enterrar así su tesoro, en un corral y á las doce del día.

—De ningún modo. Señaló el lugar á las doce del día; pero hasta la noche no vino á cavar la fosa y á enterrar su dinero.

—Mi querido maestro,—dijo riéndose M. Pié-Rondal,—para todo tenéis respuesta, y creo que los hechos os darán la razón. En fin, pronto hemos de verlo.

Acercáronse á Tienni y á su madre que traba-

jaban con fe, pero sin adelantar mucho en aquel terreno casajoso; además, la piedra, á medida que se descubría, iba apareciendo tan voluminosa que parecía difícil levantarla.

—¡No importa!—dijo M. Prevotín;—entre los cuatro malo ha de ser que no lo consigamos. ¡Animo!

De pronto, Tienni y su madre tiraron los azadones y corrieron hacia la puerta del corral. Acababa de entrar un hombre: era Vicente Minaut.

Arrojáronse llorando unos en brazos de otros y permanecieron estrechamente abrazados. Lamentáronse después de la catástrofe tan inopinadamente ocurrida, y luego mediaron explicaciones sobre la tardanza de Vicente, que había estado ausente de París unos días buscando un trabajo más lucrativo y había recibido la carta el día anterior.

Tales expansiones eran tan naturales, que los dos arqueólogos, á pesar de su impaciencia, no trataron de interrumpirlas. Vicente las puso término. Preguntó á su madre en voz baja lo que significaba la presencia de aquellos señores; y, luego, sin esperar la respuesta, reconociendo á M. Pié-Rondal, se dirigió á él y le dijo con tristeza:

—¡Qué lástima que no quitáseis de la cabeza á mi padre aquella quimera!

—Decid más bien,—respondió M. Pié-Rondal,—que fué lástima no haber podido indicarle el lugar preciso donde estaba oculto el tesoro. Hoy ya es conocido. ¡Mirad, ahí está!

—¡Cómo! ¿Bajo esa piedra?

—Alzadla,—dijo M. Prevotín.—Yo afirmo que el tesoro está debajo.

También Vicente tuvo un momento de duda y de vacilación; pero era tan poca cosa lo que le exigían, que para acabar con aquel asunto y no volver oír hablar de él, cogió uno de los azadones y se dedicó á continuar el trabajo de su madre y su hermano. A los dos minutos había acabado. Faltaba sólo levantar la piedra. Pero M. Pié-Rondal y su amigo se habían provisto el uno de un palo y el otro de una barra de hierro y los utilizaban como palancas. Con tal empuje, la piedra se movió y salió al fin.

—¡No hay nada!—exclamó Tienni, que seguía atentamente la operación.

—¡Es imposible!—dijo M. Prevotín.—¡Cavad más!

Y al mismo tiempo golpeaba violentamente con la punta de la barra en el fondo del hoyo. Un ruido de cacharros rotos resonó.

—¡Ah, bien decía yo!—exclamó.

Y dando otro golpe más violento, hizo que saltaran algunas monedas de oro que brillaron sobre la tierra removida.

Oyóse una triple exclamación de sorpresa y alegría.

—¡Oh, si estuviese aquí mi pobre marido!—exclamó la viuda de Minant dejando correr su llanto.

Vicente había cogido la mano á M. Prevotín, y se la estrechaba con efusión, no encontrando palabras para demostrarle su gratitud.

—¡Está bien!—dijo el sabio, conmovido por esta demostración;—pero no hemos terminado; hay que acabar de sacar eso y poner vuestro tesoro en seguridad.

Vicente recogió las monedas esparcidas entre el polvo, y luego acabó de sacar el cacharro, del que sólo la tapadera se había roto por los golpes dados por M. Prevotín. Era una vasija ordinaria, de pequeñas dimensiones, pero llena de luisas hasta los bordes. Costóle algún trabajo á Vicente levantarla. Llevóla á la casa, y vació su contenido sobre la mesa.

El brillo y el sonido de aquel metal, al caer, llenaron de gozo á la viuda de Minant y sus hijos, pero casi al mismo tiempo acordáronse del

precio á que habían adquirido tal hallazgo, y arrasáronse sus ojos en lágrimas.

Los dos sabios se encargaron de contar el tesoro: había en luises de oro cuarenta y tres mil y algunos centenares de francos.

Mucho trabajo les costó defenderse contra la insistencia de la viuda y de Vicente, que, en su gratitud, querían á todo trance hacerles aceptar una parte de su fortuna.

—Guardadla toda,—dijo M. Pié-Rondal á Vicente,—y aún así no es seguro que baste para que Clavé os conceda la mano de su hija.

Fué esta la única consideración que pudo moderar la insistencia del joven. En cuanto á la negativa de Clavé, se creía en condiciones de poderla vencer en adelante. Sin embargo, no debía estar del todo tranquilo acerca de esto, pues indicó que agradecería vivamente la intercesión de M. Pié-Rondal en su favor, cerca del irascible labrador.

Con el mayor gusto se hubiera encargado el bueno de M. Pié-Rondal de esta misión; pero su compañero se negaba á continuar allí é insistía en abandonar inmediatamente á Morelles. Había descifrado el escrito del cura Minaut, resuelto el problema, y creía que nada les restaba que hacer allí.

XI

Vicente escribió á Arsenia para informarla de lo que ocurría y exhortarla á que cobrase ánimos. Después, y al cabo de gran rato de reflexionar, se persuadió de que podía, sin inconveniente alguno, dar por sí mismo los primeros pasos cerca de Clavé.

Esto recuerda la escena de Molière, cuando Leandro se presenta anunciando que acaba de «recibir cartas comunicándole la noticia de que su tío ha fallecido y que él es el heredero de todos sus bienes»; á lo cual contesta el bueno de Géronte: «Caballero, me consta de un modo absoluto que sois muy virtuoso y os concedo la mano de mi hija, con la mayor alegría del mundo.»

La situación era la misma; pero era muy dudoso que el desenlace revistiera igual sencillez.

precio á que habían adquirido tal hallazgo, y arrasáronse sus ojos en lágrimas.

Los dos sabios se encargaron de contar el tesoro: había en luises de oro cuarenta y tres mil y algunos centenares de francos.

Mucho trabajo les costó defenderse contra la insistencia de la viuda y de Vicente, que, en su gratitud, querían á todo trance hacerles aceptar una parte de su fortuna.

—Guardadla toda,—dijo M. Pié-Rondal á Vicente,—y aún así no es seguro que baste para que Clavé os conceda la mano de su hija.

Fué esta la única consideración que pudo moderar la insistencia del joven. En cuanto á la negativa de Clavé, se creía en condiciones de poderla vencer en adelante. Sin embargo, no debía estar del todo tranquilo acerca de esto, pues indicó que agradecería vivamente la intercesión de M. Pié-Rondal en su favor, cerca del irascible labrador.

Con el mayor gusto se hubiera encargado el bueno de M. Pié-Rondal de esta misión; pero su compañero se negaba á continuar allí é insistía en abandonar inmediatamente á Morelles. Había descifrado el escrito del cura Minaut, resuelto el problema, y creía que nada les restaba que hacer allí.

XI

Vicente escribió á Arsenia para informarla de lo que ocurría y exhortarla á que cobrase ánimos. Después, y al cabo de gran rato de reflexionar, se persuadió de que podía, sin inconveniente alguno, dar por sí mismo los primeros pasos cerca de Clavé.

Esto recuerda la escena de Molière, cuando Leandro se presenta anunciando que acaba de «recibir cartas comunicándole la noticia de que su tío ha fallecido y que él es el heredero de todos sus bienes»; á lo cual contesta el bueno de Géronte: «Caballero, me consta de un modo absoluto que sois muy virtuoso y os concedo la mano de mi hija, con la mayor alegría del mundo.»

La situación era la misma; pero era muy dudoso que el desenlace revistiera igual sencillez.

Apenas hubo abierto Vicente la puerta de Clavé, cuando éste se levantó bruscamente preguntándole qué quería. El joven presentó sus excusas y le rogó que tuviese la bondad de escucharle; pero Clavé, convencido de que iba á abordar la cuestión de frente, le intimó á que se retirase, y como el otro no obedeciese todo lo de prisa que él deseaba, cogió una estaca que tenía al alcance de la mano, y le obligó, amenazando descargarla sobre él, á batirse en retirada. Después de lo cual cerró vivamente la puerta del patio, dándole con ella en los talones.

Esto produjo una ligera alarma en la calle. Acudieron los vecinos, y, entre ellos, Sacaud, el alcalde de Morelles, quien increpó á Vicente por haberse presentado tan de improviso en casa de un hombre tan ofendido y cuyo violento carácter conocía.

—¡Bah! que me hubiera dejado explicarme, exclamó Vicente. Con dos palabras que le hubiera dicho, hubiéramos quedado de acuerdo.

—¿Crees tú que te hubiera concedido la mano de Arsenia?

—¡Diantre! ¿por qué no? Me la ha negado porque era pobre; ahora tengo más dinero que él, y, según esa cuenta, ahora debiera ser yo quien se hiciera valer.

Le acosaron á preguntas los curiosos convecinos, y refirió cómo el tesoro buscado en vano por su padre, acababa de ser al fin descubierto. Hubo entre los presentes un movimiento de sorpresa, reemplazado bien pronto por una sonrisa de compasión, porque cada cual pensó para sí que había heredado la locura de su padre.

—¡Ah! ¿no lo creéis?—les dijo;—pues bien, venid conmigo y veréis qué pronto os convencéis de que es cierto lo que os digo.

Orgulloso de poderse lo demostrar, y abrigando además la idea de que con ello se iba á vengar de los desdenes de que había sido objeto su pobre padre, al ser tratado de visionario *buscador de tesoros*, se encaminó, poniéndose á la cabeza del acompañamiento, hacia su casa; al pasar por el patio les mostró el hoyo de donde había sido desenterrado el tesoro, y en seguida el tesoro mismo esparcido en el cajón de una vieja y comida cómoda.

—¡Vamos á ver!—exclamó lleno de emoción.—¿Diréis ahora que sueño?

Los *caritativos* vecinos permanecieron por algunos instantes como desvanecidos, fascinados, por el brillo del oro.

Después, habiéndole preguntado alguien de entre ellos qué suma representaría aquel mon-

tón de monedas, respondió con desdeñoso tono que no lo sabía con exactitud, lo cual hizo que los vecinos estimaran el hallazgo en el doble, por lo menos, de su valor.

—Tranquilizáos, Vicente,—dijo Sacaud;—voy á ver á Clavé, y tus asuntos no tardarán en arreglarse.

Fué, en efecto, á ver á Clavé aquella misma tarde. Este le recibió muy mal.

—Sospecho á lo que vienes,—le dijo;—mejor hubiera sido que te quedaras en tu casa.

—¡Vaya, hombre, no te precipites! Se escucha á las gentes antes de incomodarse con ellas; eso debe ser siempre lo último.

—¡Ea! pues habla.

—Has hecho muy mal en recibir á Vicente como le has recibido hace poco. No venía á molestarte el pobre muchacho; venía, por el contrario, á darte una noticia que te interesa casi tanto como á él, y que debe cambiar tu conducta para con él.

—¡Bah! ¿Qué noticia es esa?

—El tesoro que Minaut se mató á buscar (y digo se mató porque, en efecto, le costó la vida, como todos sabemos), acaba de ser descubierto.

—¡De veras!... Me alegro mucho de ello.

—Mira, no lo tomes á broma, pues te lo digo

muy en serio. Acabo de ver por mis mismos ojos las monedas de oro; tiene un cajón lleno de ellas. Yo no las he contado; pero apostaría, sin ningún inconveniente, á que hay allí de cincuenta á sesenta mil francos.

—¡Oh, oh! ¡Eso es magnífico!

—Te digo que lo he visto yo; por consecuencia, no hay por qué dudarle.

—Si no lo dudo; pero vamos á ver, ¿qué es lo que tratas de demostrarme con eso?

—Trato de demostrarte... que si no te guía más que el interés, Vicente vale hoy tanto como tu hija, por lo menos.

—¡Cómo! Vale mucho más, y me asombra el que aún piense en ella.

—¡Vuelta con las burlas! ¿Consientes en concederle su mano, ó no?

—No... ¡Pues qué, crees que porque haya encontrado cuatro miserables monedas de oro en un rincón! ..

—Te he dicho que cincuenta mil francos, por lo menos.

—Pongamos que sean cien mil francos, un millón si quieres. ¿En qué puede variar eso mi conducta?

—Sin embargo, veamos, amigo Clavé... por consideración á tu hija, por...

—¡Mi hija! No la conozco ya. ¡Ya no es mi hija!

Como Sacaud intentara hacerle algunas observaciones, le interrumpió con sequedad:

—No prosigas, te lo suplico; y no vuelvas á hablarme de ello si no quieres que regañemos.

Cuando Vicente supo el resultado de esta entrevista, quedó desolado. Sacaud le animó cuanto pudo.

—No te inquietes por eso, le dijo: no es más que el primer impulso, y era de esperar; ya variará. Cuando le dije que tu hallazgo valía unos cuarenta mil francos, ya noté, á pesar de su testarudez, que la noticia le causaba alguna impresión. Dejémosle reflexionar tranquilamente. Tú, mientras tanto, dedícate á tus asuntos: cambia tu oro viejo por el nuevo; paga á los acreedores de tu padre; compra alguna finca; haz valer tu dinero; lúcele todo lo posible... Mucho me sorprendería que, dentro de un mes, no anduviera Clavé rondándote solícito.

Tranquilizóse algo Vicente y siguió el consejo.

Para cambiar la moneda tuvo que ir á París, lo que le proporcionó ocasión de ver á Arsenia.

Tenfanla empleada como á Gagni y su mujer, unos jardineros de Arcueil, que estaban muy

satisfechos de su trabajo y deseaban seguir con ella durante todo el año. No obstante, Vicente quería llevársela á Morelles, no á casa de su padre, que la rechazaría brutalmente, sino á la suya, con su madre, que la consideraba como nuera, hasta tanto que á Clavé pluguiese regularizar su situación; pero ella rechazó tenazmente tal ofrecimiento: en primer lugar, porque se avergonzaba de volver á Morelles en tales condiciones, y además, porque Clavé juzgaría esto como una especie de reto y sería más implacable que nunca. Las razones eran de peso y Vicente lo comprendió así.

—¿De modo que vamos á seguir separados?

—Es preciso.

Despidiéronse desanimados y melancólicos.

Vicente, en cuanto regresó á Morelles, pagó á todos los acreedores de su padre, compró algunas tierras que le convenían y las pagó al contado. Clavé, como todo el pueblo, supo estos detalles; y además, de vez en cuando, no dejaba Sacaud de repetírselo.

—Y bien, ¿qué prueba eso?—decía Clavé.

—Eso prueba que lo que te dije es cierto. ¡Vicente tiene *el gato!*... y ya verás otras cosas.

—Me aburres; déjame en paz.

Y Clavé le volvía bruscamente la espalda.

Esta insistencia, un tanto irónica de Sacaud, no era acertada, sino contraproducente.

Un día vió Clavé albañiles y carpinteros ocupados en reparar la casa de Minaut. Esto le irritó extraordinariamente.

—¡Qué estúpido!—gruñó;—porque tiene cuatro cuartos mal adquiridos se da tono como si edificase un castillo. Sin duda cree que va á darme en cara con eso.

Y se alejó encogiéndose de hombros.

Así siguieron las cosas hasta fines de Setiembre, época en que M. Pié-Rondal fué á cazar á Morelles. El abogado, á quien Vicente rogó que probase una última tentativa cerca de Clavé, se admiró de que el asunto no estuviese aún arreglado.

—¡Cómo!—dijo.—¿Todavía sigue con su rigor? Pues le veré y le hablaré fuerte.

—Os suplico que le tratéis con miramiento.

—No, no... nada se obtiene con miramientos de semejantes caracteres. Dejadme, ya le trataré como merece.

En efecto, llamó aparte á Clavé y le censuró con energía su obstinación, que nada justificaba; pero él se atrincheró en sus derechos de padre de familia, y recordó la ofensa que se le había inferido, y que no creía conveniente perdo-

nar. Después de todo, el amo era él, y no tenía que recibir órdenes de nadie. Fueron alborotándose cada vez más, y llegaron á tal punto, que Clavé juzgó prudente alejarse por temor de faltar, según dijo, al respeto que debía á su huésped.

—¡Qué hombre más testarudo!—exclamó Pié-Rondal encogiéndose de hombros.

Salió á la calle, donde Vicente le esperaba con impaciencia, y le contó el fracaso de su tentativa.

—¿Qué medio emplear ahora?—preguntó el joven. Yo no encuentro ninguno.

—¡A fé mía, ni yo tampoco, pobre mozo!

En aquel momento vieron á la esposa de Clavé que se acercaba á ellos con precaución.

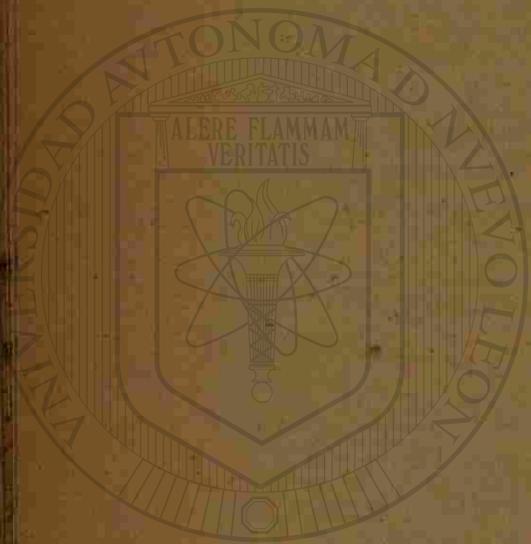
—¿Qué hay?—preguntaron los dos.

—Creo que no vais por buen camino, contestó ella en voz baja. Nada conseguiréis atacándole de frente.

—¿Pues qué haríais vos? preguntó Pié-Rondal.

Aproximóse á ellos, y mirando á hurtadillas por temor de ser sorprendida, les habló durante algunos momentos.

Luego, al oír la voz de Clavé que la llamaba, entró precipitadamente en la casa.



Desde aquel día, la actitud de Vicente respecto á Clavé cambió completamente. No volvió nunca á poner la cara afligida y tímida que ponía cuando por casualidad le encontraba, sino que adoptó más bien un ademán decidido, frío y hasta altanero. Clavé, que lo notó, frunció sus espesas cejas; pero Vicente no pareció parar mientes en ello.

Manifestóse claramente este antagonismo al celebrarse la subasta de un prado que codiciaba Clavé, y que Vicente, sin interés conocido, pujó con obstinación. A cada postura de su rival, Clavé hacía un gesto de impaciencia y de ira. Por fin el prado fué adjudicado á Vicente.

—Yo no soy como esos locos que compran las

cosas en doble de lo que valen,—dijo Clavé en voz alta, al salir.

—Yo no soy como esos avaros que quieren adquirir las cosas á mitad de precio,—respondió Vicente en el mismo tono.

Clavé se volvió furioso.

—¿Eso lo dices por mí?

—¿Por quién ha de ser?

Para evitar la disputa medió, entre otros, Saucud, que se llevó á Clavé, no sin que les costase trabajo.

—¡El insolente!—gritaba Clavé.

—Dispensa; pero tú fuiste el que empezó.

—Yo no me dirigía á él. Además, yo soy viejo y me debe respeto. Si espera conquistarme por tales procedimientos...

—¡Oh, eso le tiene sin cuidado!

—¿Cómo que le tiene sin cuidado?

—Sí; maldito lo que se cuida ya de Arsenia.

—Pues qué, ¿había de cometer la infamia de abandonarla después de lo ocurrido?

—¡Qué demonio! ¡Como persistes en negársela!

—Yo tengo mis razones; pero él no es lo mismo; su deber es permanecer fiel á aquella á quien comprometió.

—Pues entiende las cosas de otro modo. Dice

que está cansado de tus sofiones; que después de todo, bien se merece él tu hija, y que puedes guardártela. En cuanto á él, creo que no tardará en casarse en otra parte.

—¡Voto al infierno! Quisiera yo ver eso.

—Ya lo verás.

No tardó en hablarse en el país de la asiduidad de Vicente cerca de una solterona, fea y necia, pero rica; poco después, Gagny y su mujer regresaron de París, y refirieron que habían dejado á Arsenia triste y desesperanzada, porque Vicente no contestaba á sus cartas y parecía haberla abandonado.

—¡Luego era cierto!—exclamaba Clavé.—¡Infame!

No le desagradaba que Arsenia sufriese de resultas de su imprudencia: nada más justo, según él; pero que Vicente se permitiese desdeñarla, lo consideraba como un insulto que no podía dejar impune.

Un día que soñaba en los medios de vengarse, sorprendió á su mujer ocupada en leer un papel. Ocultóle ella en cuanto le vió; pero él quiso enterarse, y ella acabó por dárselo: era una carta de Arsenia.

—¿De modo que estás en correspondencia con tu hija?

—No. Ha sido únicamente que la mujer de Gagny me envió esta carta el otro día. ¡Estaba leyéndola otra vez!... ¡Pobre Arsenia mía!

Y se llevó el pañuelo á los ojos.

Clavé recorrió rápidamente la carta, intercalando sus reflexiones.

«Causábala al principio gran tristeza verse sola y tan alejada de su madre...» (¡Caramba! ¿Y quién tiene la culpa?...!) «luego el arrepentimiento por la conducta que había observado: era muy culpable.» (Por fin, conviene en ello.) «¿La perdonaría su padre algún día? No lo esperaba: ¡era tan severo, tan inflexible!» (¡Soy un tigre, según parece!) «Y sin embargo, estaba bien cruelmente castigada, y precisamente por aquel á quien todo lo había sacrificado.» (¡Ah, ah!) «Vicente había ido á París, pero ella no le había visto. Tres cartas le había escrito y no había obtenido contestación.» (¡Hola! Eso te es-cuece.) «¿La abandonaría acaso? Al pensar en esto, sus ideas se extraviaban y se volvía loca...» (¿Eh? no seas bestia..) «Pero no; su padre le había transmitido algo de su valor y su energía...» (Exacto.) «Tendría fuerza para resignarse con su suerte, y el desprecio que tal infamia había de producirla, la curaría de su amor.» (Bien.)

La carta terminaba con tiernas expansiones, y luego, debajo, se leía esta postdata:

«¡Ay! la conducta de Vicente tiene su explicación. Es un desquite. Pobre, le despreciaron; rico él ahora (¡oh, rico!) desprecia á su vez. Que no trate mi padre, á quien esta injuria ofende como á mí (verdad es) de obligarme (¿á qué?): en primer lugar, no quiero que Vicente vuelva á mí por fuerza: tengo dignidad: (bien): además, ¿quién puede ni poco ni mucho contra él? Nadie absolutamente.»

—¡Ah! gritó Clavé; ya te haré yo ver si puedo ó no puedo nada contra él. Prepara mi maleta, dijo á su mujer; me marcho á París.

—Pero, ¡por Dios!

—Anda lista.

Se fué, en efecto, aquella misma noche.

Al día siguiente volvió, trayendo á Arsenia, ruborosa y ceñuda: durante todo el viaje habían venido en perpetua disputa, que continuó en la casa.

—Te digo que te casarás con él,—repitió Clavé.

—No, jamás. Después de lo que ha hecho, le desprecio.

—Despréciale, poco me importa; pero te has de casar con él: yo te obligaré á ello.

—No me obligarás... ni á él tampoco.

—¡Oh, él corre de mi cuenta!... A eso voy.

Y, en efecto, se fué á buscar á Vicente. Ya se puede imaginar lo que le dijo: recriminaciones y hasta injurias. Vicente permaneció impasible.

—¿De modo que te niegas á reparar tus yerros?

—En absoluto.

Al oír esto Clavé, estuvo á punto de pegarle; pero el joven guardaba un ademán tan friamente resuelto, que se contuvo. Salíó mascullando sordas amenazas.

¿Pero qué hacer? Evidentemente, no quedaba más que un camino que seguir, el que había pensado al principio y del que le habían disuadido: la vía judicial. En esta ocasión esperaba que nadie desaprobaba su conducta.

En efecto, M. Pié-Rendal, á quien fué á confiarle, censuró enérgicamente á Vicente: consideró que aquello era una indignidad apenas creíble.

—¿Me aconsejaréis aún la moderación y los miramientos?—preguntó Clavé.

—Ciertamente que no; y debéis emplear el mayor rigor.

Redactó inmediatamente una querrela por raptó de una menor, que hizo firmar á Clavé,

encargándose, según dijo, de presentarla él mismo al juzgado y apoyarla. Luego añadió:

—Y no es esto todo. Evidentemente ese tesoro que ha encontrado es lo que, ha enloquecido á Vicente: hay que herirle en lo que, según parece, le es más querido, en su fortuna.

—¿Y cómo?

—Con una demanda de indemnización de perjuicios que le arruine... Treinta mil francos.

—¿Por qué no cincuenta mil?

—Tenéis razón, bien los vale. Desde mañana tendrá Vicente noticias de vos por medio del alguacil.

Clavé volvió á su casa gozoso y confiado.

Al otro día supo que Vicente había recibido la visita de un alguacil; y, dos días después, que había ido á la ciudad, de donde había regresado muy taciturno.

—¡La cosa marcha!—pensó.

A los pocos días parecióle que el joven trataba tímidamente de acercarse á él; pero le volvió desdeñosamente la espalda.

Por último, al domingo siguiente, Sacand se presentó en casa de Clavé, como encargado de presentar proposiciones de arreglo.

—¡Ah, ah! Parece que ha cambiado de modo de pensar, dijo Clavé. ¿Y qué proposiciones son esas?

Sacaud explicó entonces que Vicente reconocía que había cometido faltas que podían acarrearle una condena, pero que la cantidad reclamada por Clavé le parecía excesiva, y que creía mostrarse generoso ofreciendo diez mil francos.

Al oír estas palabras, fué presa Clavé de violenta cólera. ¡Conque no se trataba más que de discutir sobre la cantidad! Lo que ante todo se pedía era una reparación, y sólo había una posible, el matrimonio; pero ésta la exigía absoluta é inmediatamente.

Sacaud se retiró confuso, con la cara avinagrada de un embajador cuya misión ha fracasado.

El mismo volvió á los pocos días á anunciar que Vicente se rendía á discreción y consentía en casarse con Arsenia.

—¡Hace bien!—dijo severamente Clavé;— porque yo no le hubiera guardado ninguna consideración... ¿y por qué no viene él?

—Ya comprenderás que no se atreve...

—Pues qué, ¿me como yo acaso á la gente? Dile que le espero.

Fué Vicente, y Clavé tuvo la magnanimidad de no tratarle mal, si bien fué preciso que el joven confesase humildemente su falta y manifestase la firme resolución de repararla.

—Basta,—dijo Clavé.—Si hubiera otro medio de borrar tus majaderías, puedes estar seguro de que mi hija no sería para ti; pero, en fin, serás mi yerno, puesto que es preciso... Y, ahora, seamos buenos amigos, y dejemos lo pasado.

Y cogiéndole de la mano, le llevó al cuarto de Arsenia.

Esta, al ver á Vicente, se levantó encolerizada é hizo ademán de huir.

—¡No, padre mío!... Ya no le amo; se ha conducido indignamente conmigo.

—Verdad es; se ha conducido como un pillo; pero viene á implorar tu perdón. ¡Ea, muchacho, de rodillas!

Y deteniendo á Arsenia con una mano, con la otra obligó á Vicente á arrodillarse.

Hízolo éste de buen grado; pero la joven nada quería oír.

—No, padre; no le creo. No viene más que porque te tiene miedo.

—No digo que no. Pero, á pesar de eso, es sincero; te respondo de ello. ¡Y pobre de él si no lo fuera!... Os dejo. Desenredad vuestros asuntos como gustéis; pero de todos modos, á ponerse de acuerdo, y pronto.

Y salió triunfante.

Mientras llegaba el día de la boda, iba pun-

tualmente el novio á hacer la corte á su futura; y si algún día se retrasaba, Clavé le esperaba con gesto avinagrado.

Una noche, por broma, le pidió que retirase la querrela y la demanda de indemnización.

—¡Ah, tunante; te veo venir! Todavía quieres escapar. No; esa querrela seguirá suspendida sobre tu cabeza. ¡Te tengo cogido y no te soltaré!

Al celebrarse el contrato, se mostró fastuosamente liberal y constituyó una gran dote á su hija para humillar á su yerno.

Por fin llegó el día de la boda. Al rayar el alba ya estaba Clavé en pie, despertando á todos, dando disposiciones, gritando porque no se hacía nada. Dirigiéronse á la alcaldía, yendo Clavé á la cabeza de la comitiva.

Daba orgullosamente el brazo á su hija y se volvía de vez en cuando, como un sargento cuidando de sus soldados, para ver si le seguía la larga fila de invitados. En la alcaldía se incomodó porque Sacaud no se había puesto la banda: en la iglesia le pareció que los sacerdotes no acababan de salmodiar.

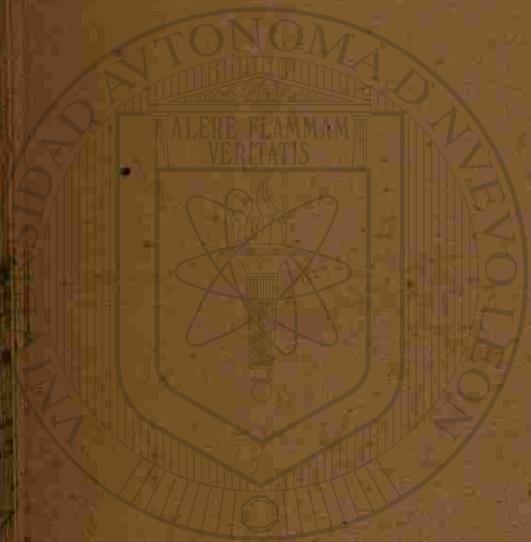
Al medio día volvieron á casa.

—Tuya es,—dijo Clavé,—echando á su hija en brazos de Vicente; hazla feliz, porque si no, ¡ya lo sabes, estoy yo aquí!... ¡Ahora, á comer!

A pesar del luto, todavía reciente, de los Minaut, quiso que las bodas se celebrasen de un modo extraordinario, echando la casa por la ventana; era su frase. Habo durante tres días una serie de festines homéricos, interrumpidos tan solo por bailes para los jóvenes y juegos de naipes para los viejos.

M. Pié-Rondal asistió el primer día á esta fiesta de familia. Delante del cubierto le habían puesto una enorme fuente de confitura, que representaba un palomar rematado por una magnífica paloma de azúcar. Era un obsequio alegórico.

FIN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



1887

SUPLEMENTO AL CATÁLOGO

DE LAS OBRAS QUE SON PROPIEDAD

DE



1887

EL COSMOS EDITORIAL



EX. UU. DE VENEZUELA
1885



EXPOSICIÓN LITERARIO-ARTÍSTICA
MADRID, 1884-85

CASA FUNDADA EN 1883

PREMIADA

en la Exposición Literario-Artística de Madrid (1884-85)
con diploma de primera clase,
y con la medalla de Instrucción Pública y el Busto del Libertador
por el Gobierno de los Estados Unidos de Venezuela

MADRID, ARCO DE SANTA MARÍA, 4, MADRID

1890

PRIMERA PARTE

LITERATURA

OBRAS DE ADOLFO BELOT (1)

Loca de amor.—Versión castellana de Juan J. de la Cerda: un tomo en 8.º mayor de 334 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

La culebra (continuación de *Loca de amor*).—Versión castellana de Juan J. de la Cerda: un tomo en 8.º mayor de 362 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

Las corbatas blancas.—Versión castellana de Angel de Luque: un tomo en 8.º mayor de 332 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

La explotación del secreto (continuación de *Las corbatas blancas*).—Versión castellana de Pedro Négrá: un tomo en 8.º mayor de 352 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

La pecadora.—Versión castellana de P. San Román: un tomo en 8.º mayor de 346 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Una luna de miel en Monte-Carlo.—Ilustrada con varias láminas.—Jugadores.—Salón y mesas de la ruleta y del treinta y cuarenta del Casino de Monte-Carlo.—Aventuras curiosas y divertidas de dos recién casados.—Su estancia en Monte-Carlo.—Guía del viajero y del jugador en aquella localidad.—Medios infalibles de perder el dinero.—Consejos que servirán acaso para ganar, ó al menos para defenderse: 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

Melinita.—Versión castellana de H. Regin: un tomo en 8.º mayor de más de 300 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Quinientas mujeres para un hombre sólo.—Versión española de EL COSMOS EDITORIAL: un tomo en 8.º mayor de 340 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

(1) Los pedidos de estas obras se dirigirán al Administrador de EL COSMOS EDITORIAL, Arco de Santa María, 4, bajo, Madrid, acompañando el importe en letras de fácil cobro, libranzas del Giro mutuo, sellos de Correos de la Península ó billetes de los Bancos de España, Inglaterra ó Francia: pero en el caso de enviar sellos ó billetes, es preciso certificar las cartas. Si por circunstancias especiales no fuera posible el envío de fondos bajo ninguna de las formas citadas, consúltese á la casa ó indicará otros medios á vuelta de correo.

OBRAS DE JULIO CLARETTE

(DE LA ACADEMIA FRANCESA)

Juan Mornas.—Versión castellana de P. San Román: un tomo en 8.º mayor de 320 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

Noris.—Costumbres del día.—Versión castellana de C. F.: un tomo en 8.º mayor de 333 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

La fugitiva.—Versión castellana de Miguel Bala: un tomo en 8.º mayor de 436 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

La querida.—Versión castellana de Angel de Luque: dos tomos en 8.º mayor de cerca de 700 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

El Señor Ministro.—Novela parisiense.—Versión castellana de Angel de Luque: dos tomos en 8.º mayor de cerca de 700 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

Santiago.—Versión castellana de C. Vidal: un tomo en 8.º mayor de 380 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Un diputado republicano (Michel Berthier).—Versión castellana de C. de Torre-Muñoz: un tomo en 8.º mayor de 320 páginas, 2,50 pts. en rústica y 3 en tela.

Una mujer de gancho.—Versión castellana de P. San Román: un tomo en 8.º mayor de 332 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El último foso.—Versión castellana de un redactor de EL COSMOS: dos tomos en 8.º mayor de más de 700 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

Roberto Burat.—Versión castellana de Miguel Bala: un tomo en 8.º mayor de 416 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El Príncipe Zilah.—Versión castellana de un redactor de EL COSMOS: un tomo en 8.º mayor de 348 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Los amores de un interno.—Versión castellana de Max. M. Velázquez: dos tomos en 8.º mayor de 760 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

La casa vacía.—Versión castellana de Teodoro de la P. Belmonte: un tomo en 8.º de 401 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

¡Candidato!—Versión castellana de Miguel Bala: un tomo en 8.º mayor de 404 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El hermoso Solignac.—Versión castellana de El Cosmos Editorial: dos tomos en 8.º mayor de cerca de 700 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

OBRAS DE JORGE OHNET

Lise Fleuron.—Versión castellana de José de Olave: un tomo en 8.º mayor de cerca de 500 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

El gran margal.—Versión castellana de J. de la Cerda: un tomo en 8.º mayor de 480 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

Las señoras de Croix-Mort.—Versión castellana de Carlos de Ochoa y Madrazo: un tomo en 8.º mayor de 300 páginas, 3 pesetas en rústica.

Negro y rosa.—Versión castellana de Carlos de Ochoa: un tomo en 8.º mayor de 328 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

Último amor.—Versión castellana de El Cosmos Editorial: un tomo en 8.º mayor de cerca de 350 páginas, 3,50 pesetas en rústica y 4 en tela.

OBRAS DE ALEJANDRO DUMAS

Paulina.—Pascual Bruno.—Versión castellana de D. E. de O.: un tomo en 8.º mayor de 415 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

Amaury.—Versión castellana de C. Vidal: un tomo en 8.º mayor de 482 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

OBRAS DE OCTAVIO FEUILLET

(DE LA ACADEMIA FRANCESA)

La muerta.—Versión castellana de Carlos de Ochoa y Carlos Frontaura: un tomo en 8.º mayor de 381 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

Los amores de Felipe.—Versión castellana de Miguel Bala: un tomo en 8.º mayor de 350 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

Un matrimonio en la aristocracia.—Versión castellana de Miguel Bala: un tomo en 8.º mayor de 312 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

El Conde Luis de Camors.—Versión castellana

de F. Norberto Castilla; un tomo en 8.º mayor de 370 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

La novela de un joven Pobre.—LA CONDESSITA.—Versión castellana de F. Norberto Castilla: un tomo en 8.º mayor de 412 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El viajero.—LA PARTIDA DE DAMAS.—ONESTA.—ALIX.—Versión castellana de C. de Ochoa: un tomo en 8.º mayor de 360 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

El divorcio de Julieta.—CARIBDIS Y SCILA.—EL CURA DE BOURRON.—Versión castellana de C. Vidal, 1,50 pesetas en rústica.

Honor de artista.—Versión castellana de El Cosmos Editorial: un tomo en 8.º mayor, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

OBRAS DE EMILIO GABORIAU

Matrimonios de aventura.—Versión castellana de Angel de Luque: un tomo en 8.º mayor de 350 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Los hombres de paja.—Versión castellana de Angel de Luque: un tomo en 8.º de 336 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El dinero de los otros (continuación de *Los hombres de paja*).—Versión castellana de C. Vidal: un tomo en 8.º mayor de 320 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El proceso Lerouge.—Versión castellana de Joaquina Balmaseda: un tomo en 8.º mayor de 420 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

(*La vida infernal*).—Pascual y Margarita.—Versión castellana de P. San Román: un tomo en 8.º mayor de 424 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

(*La vida infernal*).—Lía de Argeles (continuación de *Pascual y Margarita*).—Versión castellana de P. San Román: un tomo en 8.º mayor de 470 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

(*La cuerda al cuello*).—El incendio de Valpinson.—Versión castellana de Ricardo de Vargas: un tomo en 8.º mayor de 400 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

(*La cuerda al cuello*).—El veredicto.—Versión castellana de R. de Vargas: un tomo en 8.º mayor, 2,50 pesetas en rústica.

Los amores de una envenenadora.—Versión

castellana de Antonio Sendras Burín: un tomo en 8.º mayor de 350 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

(*Los esclavos de París*).—**Los delatores.**—Versión castellana de Joaquina Balmaseda: un tomo en 8.º mayor, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

(*Los esclavos de París*).—**Los secretos de la casa de Champdoce.**—Versión castellana de Joaquina Balmaseda: un tomo en 8.º mayor, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

El legajo núm. 113.—Versión castellana: dos tomos en 8.º mayor, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

El crimen de Orcival.—Versión castellana de D.ª Joaquina Balmaseda: dos tomos en 8.º mayor de más de 600 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

La canalla dorada.—Versión castellana de doña Joaquina Balmaseda: ídem íd. íd. de más de 650 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

El capitán Coutanceau.—Versión española de Mignel Bala: un tomo en 8.º mayor cerca de 400 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

OBRAS DE JORGE SAND

El castillo de Flamarande.—Versión castellana de P. San Román: un tomo en 8.º mayor de 324 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Los dos hermanos (continuación de *El castillo de Flamarande*).—Versión castellana de C. Vidal: un tomo en 8.º mayor de 320 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Mi hermana Juana.—Versión castellana de P. San Román: un tomo en 8.º mayor de 340 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Valentina.—Versión castellana de D. Eugenio de Ochoa, de la Real Academia Española: un tomo en 8.º mayor de 564 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

Cesarina Dietrich.—Versión castellana de doña Joaquina García Balmaseda: un tomo en 8.º mayor de 336 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El Marqués de Villemer.—Versión castellana de Joaquina Balmaseda: un tomo en 8.º con un bonito cromó en la cubierta, 1 peseta en rústica.

Indiana.—Versión castellana de D. Eugenio de Ochoa (de la Real Academia Española): un tomo en 8.º mayor de 368 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Juan de la Roca.—Versión castellana de C. San Román: un tomo en 8.º mayor de más de 340 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Mauprat.—Versión castellana de EL COSMOS EDITORIAL: un tomo en 8.º mayor de 500 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

OBRAS DE PAUL BOURGET

Mentiras.—Versión castellana de H. Giner de los Ríos: un tomo en 8.º mayor de 355 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Cruel enigma.—Versión castellana de C. Vidal: un tomo en 8.º mayor de 290 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Un crimen de amor.—Versión castellana de F. de Madrazo: un tomo en 8.º mayor de 323 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El Discípulo.—Versión castellana de Antolín San Pedro: un tomo en 8.º mayor de más de 320 páginas, 3 y 3,50.

OBRAS DE PIERRE LOTI

Mi hermano Ives.—Versión castellana de Antolín San Pedro: un tomo en 8.º mayor de 376 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Recuerdos de destierro.—Versión castellana de H. Giner de los Ríos: un tomo en 8.º mayor de 308 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Aziyadé.—Versión castellana de Siro García del Mazo: un tomo en 8.º mayor, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Flores de hastío.—Versión castellana de J. López Sendino: un tomo en 8.º mayor, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El Casamiento de Loti.—Versión castellana de Miguel Bala: un tomo en 8.º mayor de más de 300 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Madame Chrysanthème.—Versión castellana de C. Vidal: un tomo en 8.º mayor de más de 340 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

La historia de un Spahi.—Un tomo en 8.º mayor

de más de 800 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Japoneñas de otoño.—Un tomo en 8.º mayor, de 320 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

OBRAS DE ANDRÉ THEURIET

Pecado mortal.—Versión castellana de A. Vascano y Honoré d'Elthour: un tomo en 8.º mayor, de más de 300 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

La boda de Gerardo.—UNA ONDINA.—Versión castellana de Antolín San Pedro: un tomo en 8.º mayor de más de 350 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El Profesor de Tours (Michel Verneuil).—Versión castellana de José de Silas: un tomo en 8.º mayor de 348 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Elena.—Versión castellana de J. D.: un tomo en 8.º mayor, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Amor de otoño.—Versión castellana de Miguel Bala: un tomo en 8.º mayor de cerca de 320 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

¡Brabia!—Versión castellana de H. Giner de los Ríos: un tomo en 8.º mayor de más de 320 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El Diario de Tristán.—Versión española de Antolín San Pedro: un tomo en 8.º mayor, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Gertrudis y Verónica.—Un tomo en 8.º mayor, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

¡Siempre sola!—Versión castellana de El Cosmos Editorial: un tomo en 8.º mayor de 320 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El ahijado de un marqués.—Versión española de El Cosmos Editorial: un tomo en 8.º mayor, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

OBRAS DE EMILIO ZOLA

Germinal.—Versión castellana de Angel de Luque, segunda edición: dos tomos en 8.º mayor, de más de 1.000 páginas entre los dos tomos, 6 pesetas en rústica.

Su excelencia Eugenio Rougon.—Versión castellana de Juan de la Cerda: dos tomos en 8.º mayor, de cerca de 700 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica.

El vientre de París.—Versión castellana de En-

rique Meric: dos tomos en 8.º mayor, de más de 600 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica.

La confesión de Claudio.—Versión castellana de Angel de Luque: un tomo en 8.º mayor, de 380 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

La fortuna de los Rougon.—Versión castellana de Juan de la Cerda: dos tomos en 8.º mayor, de cerca de 700 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

La conquista de Plassans.—Versión castellana de Juan de la Cerda: dos tomos en 8.º mayor, de 700 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

Aneta Micoulin.—Versión castellana de Félix del Valle: un tomo en 8.º mayor, de 356 páginas, 3 pesetas en rústica.

La caída del Padre Mouret.—Versión castellana de J. Tadinca: dos tomos en 8.º mayor, de 700 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

Magdalena Ferat.—Versión castellana de Enrique Martínez: un tomo en 8.º mayor, de 444 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

Cuentos á Ninon.—A Ninon.—Simplicio.—El tarjetero de baile.—El ideal de amor.—El hada amorosa.—¡Sangre!—Los ladrones y el asno.—Hermana de los pobres.—Aventuras de Sidonio el grande y del pequeño Mederico.—Versión castellana de A. Mira: un tomo en 8.º mayor, de 350 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

Nuevos cuentos á Ninon.—Un baño.—Las frezas.—El gran Michú.—El Ayuno.—Los hombros de la Marquesa.—Mi vecino Santiago.—El paraíso de los gatos.—Lilia.—La leyenda del Capita azul del amor.—El herrero.—La crisis.—La aldeilla.—Recuerdos.—Las cuatro jornadas de Juan Gourdon.—Versión castellana de Siro García del Mazo: un tomo en 8.º mayor, de 370 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

Los misterios de Marsella.—Versión castellana de F. de Madrazo y Alvarez Veriña: dos tomos en 8.º mayor, de más de 730 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

La tierra.—Versión castellana de León Balzac: tercera edición, en un solo volumen de más de 500 páginas, minuciosamente corregida, 4 pesetas en rústica y 4,50 en tela.

OBRAS DE VARIOS AUTORES

ARAMIS.—*Literatura de Bonafoux*: un tomo, 3 pesetas en rústica.

ARAMBLET.—*Agnes*: narración del día: un tomo en 8.º mayor, 1 peseta en rústica.

ARMONICUS.—*La Gioconda*: ensayo crítico analítico sobre *La Gioconda*, ópera de A. Ponchielli: 0,50 pesetas en rústica.

BARBEY D'AUREVILLY.—*Lo que no muere*: versión castellana de Ricardo Pérez: un tomo en 8.º mayor de 496 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

BOUVIER.—*Las borgoñas del día*: versión castellana de Angel de Luque: dos tomos en 8.º mayor de cerca de 1.000 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica.

CANOVAS DEL CASTILLO (Antonio).—*La campana de Huesca*: *Crónica del siglo XII*: un tomo, 5 pesetas en rústica.

CANIZO.—*Justicia y Providencia*: novela de costumbres: un tomo en 8.º mayor de 432 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

CARMEN SILVA (S. M. la Reina de Rumania).—*Flores y perlas*.—Versión castellana de D.ª Faustina Sáenz de Melgar: un tomo en 8.º mayor de más de 340 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

CUBAS.—*El ángel del presidio*: novela: un tomo en 8.º mayor, 1,50 pesetas en rústica.

IDEM.—*La mortaja de limosna*: novela: un tomo en 8.º mayor, 1,50 pesetas en rústica.

IDEM.—*El panal de miel*: un tomo en 8.º mayor de 544 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

CUENTOS Y NOVELAS ESCOGIDAS de Balzac, Hoffmann, Edgar Poe, Scholl, etc., etc.: un tomo en 8.º mayor de 400 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

DELPIT (Eduardo).—*Las represalias de la vida*: versión castellana de Miguel Bala: un tomo en 8.º mayor de 416 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

DELPIT (Alberto).—*Como en la vida*: versión castellana de EL COSMOS EDITORIAL, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

Desaparecido.—Versión castellana de EL COSMOS EDITORIAL: un tomo en 8.º mayor 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

DICKENS.—*Días penosos*: versión castellana del

licenciado Barbadillo: un tomo en 8.º mayor de 524 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

EÇA DE QUEIROS.—*El primo Basilio*: versión castellana de un aprendiz de hacer novelas: dos tomos en 8.º mayor de cerca de 900 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica.

EDMOND.—*La leñadora*: versión castellana de Miguel Bala: un tomo en 8.º mayor de 436 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

ENAULT.—*Gabriela de Celestange*: versión castellana de A. de Luque: un tomo en 8.º mayor de 432 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

ENNERY.—*El Príncipe de Moria*: versión castellana de Ricardo de Hinojosa: un tomo en 8.º mayor de 384 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

FLAUBERT (Gustavo).—*Salammbó*: versión castellana de A. Mora: un tomo en 8.º mayor de 348 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

FORTUNIO.—*La Virgen de Belem*: versión castellana de Carlos B. Figueredo: un tomo en 8.º mayor de 400 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

GALERÍA DE DESGRACIADOS.—(Poesías por varios escritores y escritoras): un tomo en 8.º, 1 peseta en rústica.

GAUTHIER.—*Fortunio. La muerta enamorada*: versión castellana de un aprendiz de estilista: un tomo en 8.º de 372 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

IDEM.—*Novelas cortas*: (El vellocino de oro.—El nido de ruiseñores.—Una noche de Cleopatra.—El perrito de la Marquesa.—El Rey Candaule.—La cadena de oro): versión castellana de un aprendiz de estilista: un tomo en 8.º mayor de 332 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

HOUSSAYE.—*La comedianta*: versión castellana de un redactor de *El Cosmos*: un tomo en 8.º mayor de 400 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

LA CERDA.—*El gran problema*: un tomo en 8.º mayor de 416 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

IDEM.—*La tela de araña*: (Historia de una mujer): un tomo en 8.º mayor, 1 peseta en rústica.

LOPEZ GUIJARRO.—*Tierra y cielo*: un tomo, 3 pesetas en rústica.

MAHALIN.—*La bella horchatera*: versión castellana de J. Olave: dos tomos en 8.º mayor de cerca de 800 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica.

MALOT.—*Zyta la saltimbanquis*: versión castellana de Angel de Luque: un tomo en 8.º mayor de 360 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

MUSSET.—*La confesión de un hijo del siglo*: versión castellana de Ricardo Gil: un tomo en 8.º mayor de 320 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

ORTEGA MUNILLA.—*Orgía de hambre*: un tomo en 8.º mayor de 448 págs., 2,50 pesetas en rústica.

OSSORIO Y BERNARD.—*Cuadros de género trazados á pluma*: un tomo en 8.º, 2 pesetas en rústica.

IDEM.—*Romances de ciego*. (Poesías): un tomo en 8.º, 1 peseta en rústica.

IDEM.—*Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol*: un tomo en 8.º, 2 pesetas en rústica.

PIERRE SALES.—*Incendiario!* Versión castellana de Antolin San Pedro: un tomo en 8.º mayor de cerca de 400 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

RIVIERE.—*El combate de la vida*: versión castellana de Pedro Sañudo Autrán: tres tomos en 8.º mayor de 1.200 páginas entre los tres tomos, 7,50 pesetas en rústica.

SIMÓN (Julio).—*Dios, patria y libertad*: versión castellana de J. Orellis: un tomo en 4.º de 328 páginas, 5 pesetas en rústica.

SOLES EGUILAZ.—*En el quinto cielo*: un tomo en 8.º mayor de 428 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

TOLSTOI (Conde de).—*La guerra y la paz*: tres volúmenes en 8.º mayor de cerca de 1.200 páginas entre los tres, 6 pesetas en rústica y 7,50 en tela.

TRUEBA.—*El gabán y la chaqueta*: dos tomos en 8.º mayor de más de 700 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica.

VEGA (Federico de la).—*Menudencias filosóficas.*—*Cartas á Severo Seralún*: un tomo, 4 pesetas en rústica.

ULBACH.—*El suplicio de un padre ó la confesión de un sacerdote*: versión castellana de Carlos Nésgra: un tomo en 8.º mayor de 436 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

VASCANO.—*Javier Malo*: un tomo en 8.º mayor de 464 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

X.*.**—*Alliado de la dicha*: versión castellana de Enrique Nésgra: un tomo en 8.º mayor de 356 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

ZACCONE.—*Los dramas de la Bolsa*: versión castellana de Faustina Sáez de Melgar: un tomo en 8.º mayor de 436 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

WILKIE COLLINS.—*¿Señorita ó señora?* (Un drama de la vida privada): versión castellana de Angel de Luque: un tomo en 8.º mayor de 344 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

IDEM.—*El aparecido.*—Versión castellana de E. Godínez: un tomo en 8.º mayor de 324 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

La pista del crimen.—Versión castellana de EL COSMOS EDITORIAL: dos tomos en 8.º mayor, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

SEGUNDA PARTE

MEDICINA

CHARCOT.—*Lecciones sobre las enfermedades del sistema nervioso*, dadas en la Salpêtrière, coleccionadas y publicadas por Bourneville. Traducidas de la última edición francesa, por D. Manuel Flores y Plá, 1882: dos tomos en 4.º con 68 figuras intercaladas en el texto y 21 láminas cromo-litografiadas, con cerca de 1.100 páginas entre los dos tomos, 26 pesetas en rústica y 29 en pasta.

FONSSAGRIVES (obra de texto).—*Tratado de materia médica*, traducido y anotado por el doctor D. Francisco Javier de Castro, con una introducción de su traductor: tres tomos en 4.º con más de 2.000 páginas de lectura y profusión de grabados intercalados en el texto, 30 pesetas en rústica y 34,50 en pasta.

IDEM.—*Tratado de la higiene de la infancia*, traducido y anotado por D. Manuel Flores y Plá: un tomo en 4.º de 720 páginas, 10 pesetas en rústica y 11,50 en pasta.

IDEM.—*Higiene y saneamiento de las poblaciones*: versión castellana del doctor Eduardo Blanco Vázquez: un tomo en 4.º de cerca de 600 páginas, 6 pesetas en rústica y 7,50 en pasta.

IDEM (obra de texto).—*Formulario terapéutico para uso de los prácticos*: versión castellana de don Hipólito Carilla y Barrios: un tomo en 8.º mayor de 500

páginas, 5 pesetas en rústica y 6 en pasta (agotado).
JACCOUD.—Lecciones de Clínica Médica, dadas en el Hospital de la Piedad (primera serie, años 1883-84): versión castellana de D. Esteban Sánchez de Ocaña: un tomo en 4.º con 12 grabados intercalados en el texto y cerca de 600 páginas, 12,50 pesetas en rústica y 14 en pasta.

IDEM.—Lecciones de Clínica Médica, dadas en el Hospital de la Piedad (segunda serie, años 1884-85): versión castellana de D. Javier Santero: un tomo en 4.º con 36 grabados intercalados en el texto y cerca de 700 páginas, 12,50 pesetas en rústica y 14 en pasta.

IDEM.—Lecciones de Clínica Médica, dadas en el Hospital de la Piedad (tercera serie, años 1885-86): versión castellana de D. Javier Santero: un tomo en 4.º con 36 grabados intercalados en el texto y cerca de 700 páginas, 12,50 pesetas en rústica y 14 en pasta.

SANTERO (obra de texto).—Elementos de higiene privada y pública: dos tomos en 4.º con más de 1.400 páginas entre los dos tomos, 20 pesetas en rústica y 23 en pasta.

POUILLET.—Estudio médico-filosófico sobre las formas, las causas, los síntomas, las consecuencias y el tratamiento del onanismo en la mujer: un tomo en 8.º mayor de más de 200 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3,50 en pasta.

IDEM.—La espermatorea: Tratado de las pérdidas seminales, traducido de la última edición francesa: un tomo en 8.º mayor de más de 300 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3,50 en pasta.

IDEM.—Tratado de los flujos blenorragicos, contagiosos, agudos y crónicos del hombre y de la mujer, por el útero, la vulva, la vagina y el recto; de sus accidentes y de sus complicaciones, seguido de un estudio de los flujos blancos no contagiosos por los órganos genitales de los dos sexos: versión castellana del doctor D. Eduardo Blanco: un tomo en 8.º mayor de cerca de 600 páginas, 4 pesetas en rústica y 5 en pasta.

IDEM.—Estudio médico-psicológico sobre el onanismo en el hombre: versión castellana de D. José de Olave y Alonso: un tomo en 8.º mayor de cerca de 500 páginas, 3 pesetas en rústica y 4 en pasta.

DUMONTPALLIER.—La metaloscopia y la metaloterapia ó el burquismo, conferencias da-

das por el Dr. Dumontpallier, seguidas del estudio experimental sobre la Metaloscopia y la Metaloterapia del doctor Burq: versión castellana de D. Manuel Flores y Plá: un tomo en 4.º de más de 200 páginas, 3 pesetas en rústica y 4,25 en pasta.

NÚÑEZ.—Estudio médico del veneno de la tarántula, según el método de Hahnemann, precedido de un resumen histórico del tarantulismo y tarantismo, 1864: un tomo en 4.º mayor de más de 200 páginas, 5 pesetas en rústica y 6,50 en pasta.

VERDOS.—Acción terapéutica del alcohol en las pneumo y cardiopatías agudas: obra premiada por la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona: un tomo en 8.º mayor de 250 páginas, 2 pesetas en rústica y 3 en pasta.

AUDHOUL.—Tratado de las enfermedades del estómago: versión castellana de H. Carilla: un tomo en 8.º mayor de 424 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3,50 en pasta.

MARISCAL (Nicasio).—Higiene de la vista en las escuelas: obra laureada por la Sociedad Española de Higiene en el concurso público de 1887: forma un tomo en 8.º mayor de 292 páginas, ilustrado con 11 fotograbados, 2 pesetas en rústica y 3 en pasta.

Tratado de Medicina legal, de jurisprudencia médica y de toxicología, por Legrand du Saullé, médico del Hospital de la Salpêtrière de París, perito de los Tribunales, miembro fundador de la Sociedad de Medicina legal, etc., etc.; Georges Berryer, abogado del Tribunal de apelación de París, y Gabriel Pouchet, profesor agregado de la Facultad de Medicina de París, jefe del laboratorio del Hospital de Saint-Louis, perito de los Tribunales, etc., etc.: obra premiada por el Instituto de Francia. Traducida, anotada y aumentada con la legislación médico-legal española, la inglesa y las de las diferentes Repúblicas americanas, comparada y comentada por el Dr. D. Teodoro Yáñez y Font, profesor de Medicina Legal y Toxicología en la Facultad de Medicina de la Universidad Central, socio de varias Academias científicas nacionales y extranjeras; D. Carlos Núñez y Granés, licenciado en Derecho civil y canónico y en Derecho administrativo, abogado del ilustre Colegio de Madrid, exdiputado á Cortes, etc., y D. Eduardo Blanco, exmédico forense.

La obra forma cuatro magníficos tomos en 4.º, con

cerca de 3.000 páginas de clara y compacta lectura, y se vende en Madrid en EL COSMOS EDITORIAL, Arco de Santa María, 4, bajo, y en las principales librerías de Madrid y provincias, al precio de 50 pesetas en rústica, y 56 en pasta española.

Deseando esta empresa facilitar la adquisición de tan importantísima obra, ha resuelto venderla por tomos en la siguiente forma: El que desee adquirirla de este modo, remitirá al Sr. Administrador de EL COSMOS EDITORIAL 12 pesetas 50 céntimos, importe del tomo I, y además 75 céntimos de peseta para el certificado, si fuese de provincias, y recibirá dicho tomo certificado á vuelta de correo. Cuando le parezca oportuno volverá á remitir á dicho Sr. Administrador otras 12 pesetas 50 céntimos, importe del tomo II, con otros 75 céntimos para el certificado, y recibirá dicho tomo en la misma forma, y así sucesivamente hasta que haya adquirido los cuatro tomos de que consta la obra.

NOTA. A Ultramar se envía franca de porte por 55 pesetas, siendo en rústica, y por 60 pesetas en pasta.

Manual de técnica anatómica, que comprende todas las materias de la asignatura de Disección, por D. Federico Olóriz Aguilera, catedrático por oposición de Anatomía descriptiva en la Facultad de Medicina de Madrid, y exayudante disector y expofesor de Disección en la de Granada.

La obra forma un magnífico tomo en 4.º, con más de 900 páginas de lectura, siete magníficas láminas *autotípicas*, y cerca de cien grabados intercalados en el texto.

El precio de esta obra es el de 20 pesetas en rústica y 22 en pasta española, en Madrid y provincias.

Los pedidos de estas obras se dirigirán al Administrador de EL COSMOS EDITORIAL (Arco de Santa María, 4, bajo, Madrid), acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro, sellos de correos de la Península ó billetes de los Bancos de España, Inglaterra ó Francia; pero en el caso de enviar sellos ó billetes es preciso certificar las cartas. Si por circunstancias especiales no fuera posible el envío de fondos bajo ninguna de las formas expresadas, consúltese á la casa y ésta indicará á vuelta de correo otros medios.

